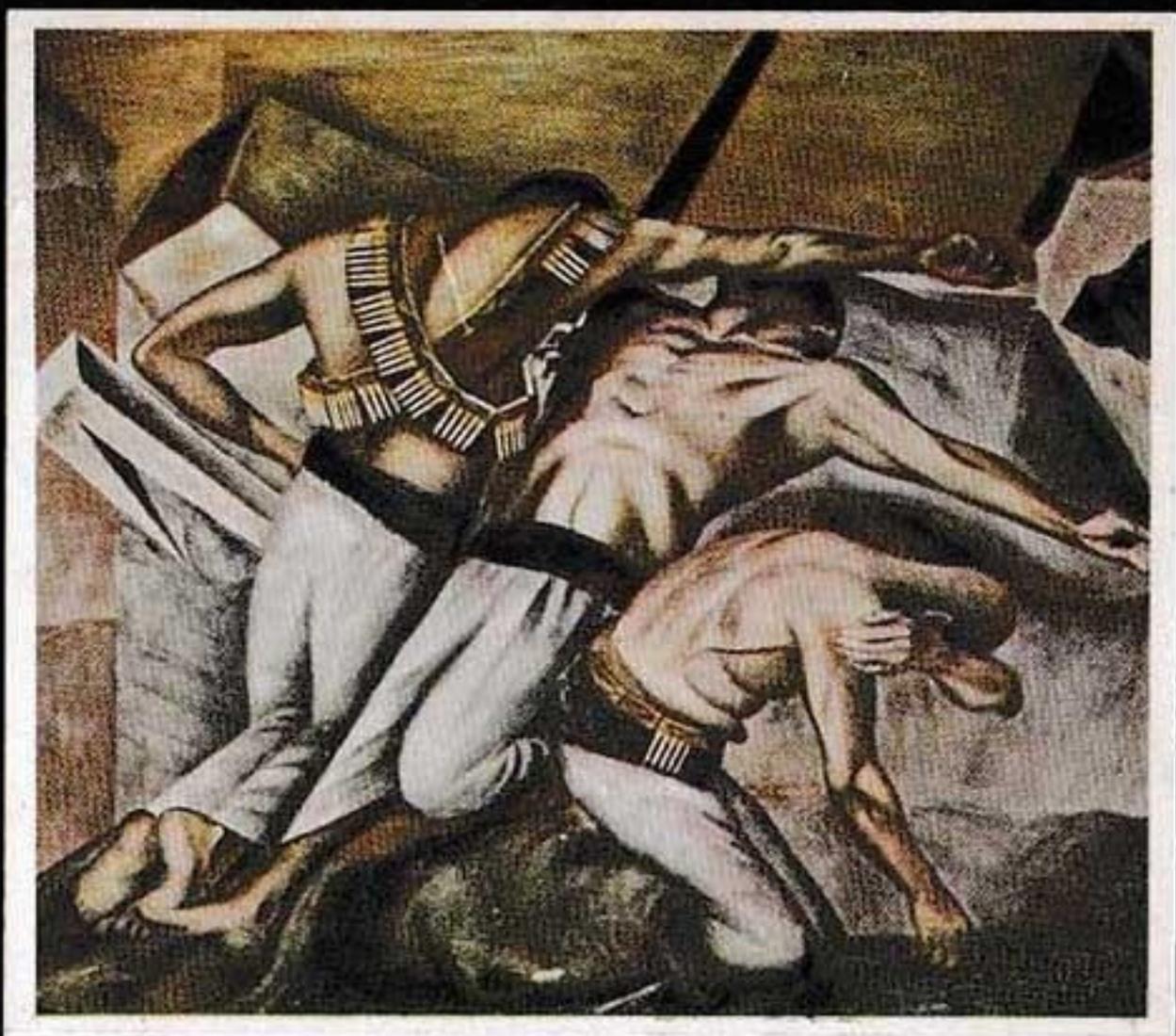


Mariano Azuela



Los de abajo

Edición de  
Marta Portal

Lectulandia

La Revolución fue el acontecimiento sociopolítico que conmocionó la conciencia colectiva del pueblo mexicano y facilitó a sus escritores y pensadores vías nuevas de expresión y autoconocimiento.

«Los de abajo» (1916) de Mariano Azuela, que narran un fragmento de historia viva, es la novela clásica de la Revolución Mexicana, primera de un género que ha sido cultivado hasta hoy mismo por los más renombrados escritores; obra que se ha convertido en referencia obligada en el nacimiento de la gran novela latinoamericana del siglo xx.

**Lectulandia**

Mariano Azuela

**Los de abajo (ed. Marta Portal)**

ePub r1.0

Titivillus 26.02.2017

Título original: *Los de abajo* (ed. Marta Portal)

Mariano Azuela, 1916

Edición: Marta Portal

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# ***Introducción***

## Azuela: introducción a su vida y obra

El doctor Azuela es un caso claro, sin alternativas y sin desmayo, de vocación coherente a lo largo de su larga vida. Cuando el 2 de marzo de 1952 México acogió los restos mortales del escritor en la Rotonda de los Hombres Ilustres, el patriota revolucionario, el médico abnegado y el escritor irrenunciable, perfilaban, en esa perspectiva definitoria de la muerte, la figura de un hombre cabal que había amado, sobre cualquier otra cosa, la verdad, la justicia y la vida.

Mariano Azuela nació el 1 de enero de 1873, en Lagos de Moreno, pequeña población de Jalisco, uno de los más grandes estados mexicanos, cuya capital es Guadalajara. El patronímico del lugar hace referencia a un hijo ilustre, Pedro Moreno, uno de los héroes de la Independencia de México, sobre cuya figura escribiría posteriormente Azuela una biografía novelada. Otro coterráneo ilustre fue el padre Agustín Rivera, historiador «acucioso y veraz», emparentado con la familia de la mujer de Azuela, de quien escribió, también, una biografía histórica, aligerada por la amenidad anecdótica.

Azuela es hijo de un comerciante modesto. Su infancia tiene como marco la tienda de abarrotes de su padre, «La Providencia» y el rancho familiar, en las afueras de Lagos, adonde la familia numerosa —siete hermanos— iba a pasar las vacaciones de verano. El despacho de abarrotes, que «los dos mayorcitos desempeñábamos satisfactoriamente»<sup>[1]</sup>, ayudando a la madre en ausencia del cabeza de familia, hubo de ser, sin duda, el primer gran vocabulario en que el futuro escritor aprendió a conocer los precios y los nombres de las cosas, y el escenario donde el diálogo surgía espontáneo entre las parroquianas que regatean o murmuran y el marchante que despacha y escucha. Y del mundo estrecho y recatado de la trastienda, a la amplitud del campo, a las perspectivas abiertas, a los horizontes rematados por las colinas, a los cielos de negras y revueltas nubes. Allí, en el rancho familiar, «La Providencia» también, completó ese otro vocabulario, el de la naturaleza y el clima, el de la ancestral sabiduría que reconoce cada hierba, cada olor, cada pájaro, y capta la intención del viento y del sol, los síntomas de los estados naturales.

Aprendizaje viril y endurecimiento indispensable, para captar un paisaje que será incompleto siempre si no se vive y se sufre<sup>[2]</sup>.

De niño estudió en el liceo del padre Guerra, en Lagos, donde acabó la primaria y los cuatro años de *facultad menor*. A los quince años pasa a la capital del Estado, Guadalajara, donde estudia un curso de «Moral y Religión», en el Seminario. Su estancia en el Seminario fue contingente, no respondía a ningún indicio vocacional. Prosigue los estudios preparatorios en el Liceo de Varones del Estado, y de ahí, a la Universidad; se inscribe en la Escuela de Medicina, donde, sin grandes prisas, se doctora.

Después de obtener su título, regresa a Lagos, se establece y empieza a ejercer su profesión. Se casa con su paisana Carmen Rivera.

Mis tareas de médico recién recibido en una población de doce mil habitantes y en un tiempo en que no aparecen todavía los especialistas, me obligan a ser médico, cirujano, partero, oculista, ginecólogo, psiquiatra, etc., sin más bagaje que el aprendizaje del índice de los libros de patología y terapéutica con que las escuelas lo arrojan a uno a la calle<sup>[3]</sup>.

Aunque él mismo confiesa no haber tenido nunca inclinación por la política militante, como ocurrió a muchos mexicanos en la primera década del siglo, el desacuerdo con el régimen de Porfirio Díaz lo lleva a la oposición activa, como simpatizante de Francisco I. Madero. Con el triunfo de la revolución maderista, es nombrado jefe político de Lagos.

En los últimos días de octubre de 1914, se incorpora al Estado Mayor de Julián Medina, general villista, quien después de la Convención de Aguascalientes había desconocido el gobierno provisional de Carranza. Azuela prestó sus servicios en el ejército villista como jefe del servicio médico con el grado de teniente coronel. En diciembre llega con las tropas a Guadalajara y es nombrado director de Instrucción Pública del Estado, cargo que desempeñó muy brevemente, pues al ser desalojados por los carrancistas, de derrota en derrota, se encontró en el norte, exiliado en Estados Unidos, en El Paso, Texas, «con un lío de papeles debajo de mi camisa de manta», que eran, no secretos de estado ni documentos de guerra, sino las primeras páginas originales de *Los de abajo*.

Regresa del exilio con la amargura de la derrota y el desencanto personal por el desastre a que abocaron sus primeros ardores revolucionarios. Ha de enfrentarse, además, con una situación económica grave: se habían perdido los ahorros de diez años de trabajo y tenía que mantener a la mujer y ocho hijos. Decide trasladarse a la capital, a la ciudad de México, y allí se instala en 1916, en una casa cerca del jardín de Santiago de Tlatelolco. En esta nueva etapa se había impuesto un lema: «querer es poder», y con sus cuarenta y cuatro años, su carrera de medicina, entusiasmo y fuerza de voluntad, *pudo*.

Pero, curiosamente, las puertas económicas de México se las abriría el pago de cien pesos, en concepto de derechos de autor, por un libro que tuvo escasa atención crítica, *Los caciques*, y que se publicó por entregas semanales en el periódico *El Universal*. Con esos cien pesos, el doctor Azuela «salió corriendo» a comprarse un traje para comenzar de una manera presentable a ejercer su profesión de médico.

El cielo se apiadó de mí, enviándome una epidemia de tifo y a renglón seguido la terrible influenza española. Cuanto médico había en México no bastábamos para atender a tantos enfermos. Yo regresaba agotado a mi casa y veía el terror en el rostro de mi mujer y de mis hijos, esperando de un momento a otro que me contagiara. Cuando pasó la racha devastadora tuve una clientela firme y constante en Peralvillo, que supe conservar hasta que dejé de ejercer mi profesión. Pobres habían sido mis clientes en mi tierra y pobres fueron los de la capital<sup>[4]</sup>.

Con motivo de una polémica periodística, la novela *Los de abajo*, que había pasado inadvertida, despierta el interés nacional y muy pronto el internacional, por la obra de Azuela. Se revisa críticamente toda su obra anterior. Bien consolidada su vocación de escritor, continuó, sin prisa y sin pausa, realizando su obra —veintitantos títulos—, en actividad paralela con su profesión de médico.

Se retira de la medicina a los veinticinco años de ejercicio profesional, y en el año 43 es nombrado Miembro Fundador de El Colegio Nacional. Da cursillos, conferencias, escribe retazos autobiográficos, y colabora en los diarios y revistas de la capital, y en el año 49 le es otorgado el Premio Nacional de Literatura. En esta ocasión, al agradecer el galardón, señaló que una significación importante del premio, que trascendía lo personal, era el hecho de concedérsele a un escritor independiente.

Como escritor independiente, mi norma ha sido la verdad. Mi verdad, si se quiere, pero de todos modos lo que yo he creído que es<sup>[5]</sup>.

No quiso pertenecer a la Academia Mexicana de la Lengua, porque, dijo, no sabía escribir correctamente<sup>[6]</sup>.

Dos veces al año regresaba a su tierra, al rancho de «La Providencia», a descansar, decía, pero «en realidad trabaja intensamente la mayor parte del día» (según Monterde). Pudo celebrar las bodas de oro con la que fuera compañera de su vida, disfrutar del cariño y la alegría de una gran familia, y vivir con tranquilidad y confianza esos años finales en que acusaba, a pesar de la lucidez, el paso del tiempo. «La vejez —dijo— es una serie de renunciaciones».

Mariano Azuela «fue un médico que escribía novelas. A veces el enfoque tan personal produjo arte; a veces no»<sup>[7]</sup>, dice Brushwood. Y bien es verdad que escribió sus obras paralelamente al ejercicio de su profesión de médico, pero tanto pudiera decirse que fue «un escritor que se ganaba la vida como médico» (por la dificultad que siempre ha supuesto «arriesgarse» a vivir de la literatura). Y su propia mujer, Carmen Rivera, veía con recelo, en los primeros tiempos de matrimonio, su vocación literaria, por pensar que lo absorbía demasiado y distraía mucho al médico.

Sin embargo, una y otra profesión no contendían en lo profundo, ya que para ejercerlas, como Azuela entendió su ejercicio, el amor a la vida ha de ser el núcleo irradiador. «Para ser escritor hay que perderle asco a la vida», dice un joven y airado novelista mexicano de hoy. Azuela, respetando la erudición y el amor al arte por el arte, considera legítima su opción personal:

Lo que palpita y se renueva en torno nuestro: la vida. Con el mismo placer hago memoria del olor del tomillo en el campo, que del humeante estercolero en los corrales de la ordeña y de la boyada.

Este amor a la vida en todas sus manifestaciones y el imperativo de verdad y sinceridad, con la propuesta de expresarse siempre con claridad y concisión, habían de dar la clave técnica de su obra: el realismo.

Su formación y su cronología son de finales del XIX, en pleno auge del realismo. Y si al estilo de época añadimos ese contacto directo con las realidades más auténticas y cotidianas —en la consulta médica, en el rancho, en la Revolución— en que se desarrolló su vida, la obra realista de Azuela es un resultado coherente de experiencia y visión del mundo.

Mi cosecha la levanté en los cuarteles, hospitales, restaurantes, fandangos, caminos carreteros, veredas, ferrocarriles y en todas partes<sup>[8]</sup>.

El joven estudiante de medicina simultaneaba las lecciones de los áridos textos con las lecturas solitas del momento: Zola, Balzac, Flaubert, Daudet, Goncourt<sup>[9]</sup>. Sobre todo, *Sor Filomena*, de Edmundo de Goncourt, por sus referencias a la vida de los estudiantes de medicina en París, le causó gran impresión. La impresión de las lecturas se conjugó con la impresión de la vida: una clase práctica de medicina interna, en la sala del Hospital de Guadalajara y un diagnóstico clínico: «tuberculosis, alcoholismo, neumonía...», fueron el incentivo para escribir un primer relato breve —tres cuartillas— que fue publicado en un semanario de la capital, «Impresiones de un estudiante», firmado con el seudónimo «Beleño».

Las primeras páginas editadas de Azuela datan de 1896, y ellas serán el núcleo de su primera novela, *María Luisa*, publicada años después de ser escrita, en 1907. *María Luisa* es novela primeriza, lineal en la presentación de los personajes, folletinesca en su dramático desenlace, atiplada por el tono victorhuguesco, prestigiado por el modernismo, pero que anticipa ya la actitud esencial de la novelística de Azuela: la auscultación desengañada de la circunstancia social contemporánea. «Pintará más las circunstancias que los hombres», dice Anderson Imbert<sup>[10]</sup>. Y de ahí, de esa exploración sintomática de las circunstancias, de esa denuncia de los males endémicos de la raza, ha de venirle ese pesimismo, esa connotación de desengaño que, impregnada de amargura o velada en ironía, traspasa casi toda su obra, ofreciéndonos un diagnóstico parecido al de nuestra picaresca: la irremediabilidad del determinismo social.

Palabras elogiosas de amigos íntimos y unas líneas del poeta Enrique González Martínez, en su revista *Arte*, fueron suficiente para decidir al novel a continuar seriamente cultivando el género. En su segunda novela, *Los fracasados*, el mundo cerrado de la provincia y el fanatismo de un sacerdote desencadenan un enfrentamiento ideológico entre clericalismo trasnochado y liberalismo *a ralenti*. El entusiasmo de un amigo poeta, el jatisciense José Becerra, unido a las felicitaciones escasas que mereció su segunda obra, y, acaso, los diez renglones desde España de Amado Nervo, corroboraron su vocación. A estas novelas siguieron *Sin amor* (1912) y *Mala Yerba* (1909), citada esta última expresamente en segundo lugar, a pesar de su cronología, porque está más entroncada, por su temática y su latente protesta, con la etapa siguiente de Azuela, la de la novela de la Revolución. Aunque, como

claramente demuestra Brushwood, no anuncia técnicas ni propone tesis arriesgadas, sino que sólo evidencia que su mirada apunta hacia adelante y acierta a encontrar la causa de los males en las instituciones que corrompen las relaciones humanas.

Esta primera etapa de Azuela corresponde todavía a la de la tradición liberal, antiporfirista, que era la de sus coetáneos Heriberto Frías, Federico Gamboa, López Portillo y el mismo Amado Nervo. *Mala Yerba*, la novela más lograda de Azuela de la etapa anterior a *Los de abajo*, está estrechamente relacionada con su profesión de médico (hubo de emitir dictamen en un caso de homicidio premeditado, y desde las primeras diligencias del proceso se interesó en los personajes encausados como novelista) y con su obra narrativa, pues el protagonista, Julián Andrade, es quien cerrará la producción azuelina al reaparecer en su última obra, *Esa sangre* (1956).

A Azuela se le conoce como «el novelista de la Revolución», porque inició el género en fecha auroral: 1911, con su novela *Andrés Pérez, maderista*, y porque en el conjunto «Escenas y cuadros de la Revolución Mexicana», que encabeza *Los de abajo* (1915), están contenidos los temas matrices de la novelística posterior e insinuados muchos de los conflictos político-sociales de gran parte de la historia del México contemporáneo<sup>[11]</sup>. De esta etapa son, además de las dos citadas, *Los caciques* (1917) y *Las moscas* (1918), ésta sobre la clase burocrática que, en los confusos primeros momentos de la Revolución triunfante, se comporta como los parásitos, revoloteando hasta posarse donde más conviene a su subsistencia. *Las tribulaciones de una familia decente* (1918) cierra el ciclo revolucionario de la narrativa de Azuela y relata las vicisitudes de una familia tradicional, de hacendados, que ven destruido su modo de vida y han de abrirse camino en la nueva situación. La familia desaparecerá gradualmente: algunos de sus miembros se integrarán al nuevo sistema, otros vivirán en la nostalgia del pasado. En opinión del doctor Monterde, que fue amigo personal de Azuela durante mucho años, probablemente el escritor hubiera insistido en el tema de la Revolución de haberle llegado con oportunidad el éxito de *Los de abajo*<sup>[12]</sup>.

Allá por los años 1921 y 1922, habiéndose mantenido en la brega literaria, con muy escasos beneficios económicos, sufragándose él mismo muchas de sus ediciones, y sin más estímulo que las palabras de ánimo de amigos fieles y notas salteadas en las páginas de alguna revista, tomó la resolución, como él dice, de «dar la campanada», adoptando la técnica más vanguardista del momento: emboscando los conceptos, torciendo los giros, acumulando las imágenes inconexas y oscureciendo la total expresión, para lograr el efecto de novedad. Con este «truco» escribió *La malhora* (1923), *El desquite* (1925) y *La luciérnaga* (1932), que constituyen lo que Monterde llama etapa de *hermetismo* de Azuela, y que otros críticos consideran como su etapa innovadora, no dando crédito total a su justificación de despecho. Hay que tener en cuenta el momento en que se produce este cambio expresivo en Azuela: es el momento innovador de las vanguardias y el arte en Europa: el futurismo italiano (el estridentismo será su secuela mexicana); el cubismo; el arte abstracto; la valoración

de lo fragmentario; el surrealismo; la nueva estética esperpéntica en Valle-Inclán...

Una breve muestra nos dará idea de cómo la sencillez primera se ha complicado:

Había dejado de llover, el cielo se despejaba en una inmensa plancha de zinc, la luna subía como pedazo de oblea y el aire zumbaba en tropelío desenfrenado de saetas (*La malhora*, O. C. pág. 961).

Para mí, supone una continuación temática en Azuela, ya que el motivo desencadenante es una vez más la preocupación social, y una voluntad de estilo, que es la afirmación de su vocación obstinada. Que él no haya encontrado en la nueva técnica el molde expresivo que le fuera más cómodo, es otra cuestión. Estas tres obras quedan en el conjunto de su narrativa como un periodo de transición, de crisis, cuyo alcance en la obra posterior y su significación en el contexto novelístico coetáneo, no ha sido estudiado, y que no habría que valorar tan desdeñosamente como hiciera el propio autor<sup>[13]</sup>.

Pero ni *La malhora* obtuvo el premio literario al que concursó, que se declaró desierto, ni el doctor Azuela dejó de escribir, a pesar de haber pensado muy seriamente en ello, sólo durante unos meses.

La atención del público y de la crítica y el relativo éxito económico vinieron —ya lo hemos dicho— de forma inesperada e indirecta —no por el procedimiento de asombrar oscureciendo—, con motivo de una polémica periodística. Después del éxito tardío y el reconocimiento general de *Los de abajo*, Azuela volvió a su estilo directo y a su expresión clara. En este momento, en este periodo intermedio, con el deseo de ensayar y probarse en una nueva disciplina, escribe sus biografías noveladas: *Pedro Moreno, insurgente*, del héroe laguense, y *Precursores*, tríptico de famosos guerrilleros bandoleros en la historia turbulenta de México.

En la última etapa novelística de Azuela alternan los ambientes ciudadanos y los de la provincia; los temas siguen siendo los de la evolución social del México posrevolucionario, y el de los usos y abusos del poder por los políticos. Adalbert Dessau<sup>[14]</sup>, subdivide esta última etapa por el contenido de las anécdotas, pegado a la historiografía, en «el ciclo anti-callista», «la etapa cardenista» y «últimas obras». Del primer momento es *El camarada Pan toja*, escrita en 1928 y no publicada hasta 1937. La anécdota es la de un diputado callista metido en turbios asuntos. Otra obra de este momento, *San Gabriel de Valdivias* (1938), critica el sistema de reforma agraria de Calles. Una y otra obras representan un ataque a la continuidad revolucionaria en el poder, desde el desencanto revolucionario de la ideología liberal democrática de Azuela.

Reflejos de la era cardenista son *Regina Landa* (1939), *Avanzada* (1940), *Nueva Burguesía* (1941), *La marchanta* (1944). El doctor Azuela continúa expresando su desacuerdo, denunciando el oportunismo político y la nueva burocracia, en que los líderes sindicales y agraristas han sustituido a los caciques de antaño. Esta última etapa de Azuela ha sido calificada por algunos críticos como contrarrevolucionaria. Creo que la explicación más objetiva de la actitud «moral» de Azuela en toda su obra,

y más acuciadamente en la etapa final, la da Brushwood, al considerar que Azuela es más un hombre del XIX que del XX<sup>[15]</sup>.

Azuela fue un ciudadano escrupuloso, humanitario, de ideas liberales y democráticas, avanzado para su momento, que vio la necesidad de un cambio social, y la revolución maderista configuró una esperanza para él. Amaba la justicia y la verdad, y la Revolución, hecha por los hombres y no por las ideas, trajo también flagrantes injusticias, falsedades y errores. Azuela no se calló; mostró su decepción y su desencanto<sup>[16]</sup>. «Descubrir nuestros males y señalarlos ha sido mi tendencia como novelista», dijo al concedérsele el Premio Nacional de Literatura<sup>[17]</sup>. Y, en este breve repaso a su vida y su obra, hemos podido ver como fue antiporfirista primero, anticarrancista, después, anticallista y anticardenista, sucesivamente. Hay siempre una lúcida desesperanza en este testigo de excepción de la historia contemporánea de México, que algunos no le han perdonado.

Se me acusa de no haber entendido la revolución; vi los árboles, pero no vi el bosque. En efecto, nunca pude glorificar pillos ni enaltecer bellaquerías. Yo envidio y admiro a los que sí vieron el bosque y no los árboles, porque esta visión es muy ventajosa económicamente.

Azuela fue autor de cuentos y relatos breves y escribió algunas obras de teatro, además de ver adaptadas al cine y a la escena algunas de sus novelas más conocidas. Póstumas se publicaron dos novelas: *La maldición* (1955) y *Esa sangre* (1956). *Esa sangre* redondea significativamente la producción de Azuela, cerrando el ciclo novelístico del autor, al regresar a la ficción novelesca el protagonista de una de sus primeras obras, *Mala Yerba*. Por la anécdota ha pasado la transformación social de medio siglo de Historia Mexicana. El transcurrir del tiempo en el narrador y en el personaje, nos ofrece un panorama en perspectiva del proceso narrativo del autor y de la transacción a que llegó entre su visión del mundo y el margen permitido por los condicionamientos históricos para un cambio real de la sociedad.

A pesar de las críticas, con frecuencia adversas, ante su actitud sistemáticamente disconforme y la austeridad de sus juicios, Azuela fue respetado y querido por sus connacionales y pudo realizar su obra, «decir lo que quiso», y manifestar su censura con entera libertad. Así lo reconoce el doctor Azuela, con su honestidad característica:

«Resentimiento personal no tuve ni he tenido con nadie. He podido escribir lo que he querido sin que ninguno de los gobiernos de la Revolución me haya molestado jamás».

## Génesis, descubrimiento y repercusión de *Los de abajo*

De *Los de abajo*, afirma su autor, que es un libro que se hizo solo; únicamente su imaginación lo ayudó a ordenar los hechos, a recrear los personajes principales, a dar consistencia de organismo vivo a una colección de apuntes, de gestos, de paisajes, de anécdotas...

En el territorio de Jalisco, sólo Julián Medina se levantó en armas contra el Gobierno, en Hostotipaquillo, al sur del Estado. Cuando Azuela lo conoció le hizo una gran impresión: era el tipo genuino del ranchero de Jalisco: valiente, ingenuo, generoso y fanfarrón.

A pesar de su incultura, poseía dotes de mando, y el grado de general se lo confirmaron, no los superiores, sino los hombres bravos que se levantaron con él. La descripción física que Azuela hace de Medina, en sus *Páginas autobiográficas*, coincide con la que de Demetrio Macías hace en la primera página de *Los de abajo*.

A ciertos rasgos del general Medina, Azuela añadió algunos gestos de valor temerario del joven Manuel Caloca, un muchacho de menos de veinte años «que se había ganado su grado de Coronel como los machos». En el combate de Guadalajara, cayó herido Manuel Caloca, y Azuela, como médico de la tropa, acompañó la evacuación del herido:

En angarillas lo condujimos desde Tepatitlán, atravesando la sierra por los cañones de Juchipila hasta Aguascalientes, Zona infestada de carrancistas, paisaje espléndido, desfiladeros donde se camina llevando las bestias de las riendas, a pie; hambre, sed, zozobra. La novela se hacía sola<sup>[18]</sup>.

Desde el primer momento de su incorporación a las tropas villistas, como médico, Azuela pensó en escribir sobre la Revolución, sin ningún argumento previo. Empezó a emborronar cuartillas en Guadalajara, allí bautizó al protagonista, Demetrio Macías; continuó escribiendo casi todas las noches, en Tepatitlán y en Chihuahua, y cuando se encontró en El Paso, exiliado, ya tenía el material de las dos terceras partes de la obra. La tercera y última parte la escribiría en la misma imprenta de *El Paso del Norte*, donde iba a comenzar a publicarse en forma de folletín.

El personaje Luis Cervantes es un tipo imaginario, construido con los rasgos negativos que la maledicencia achacaba al secretario real de Julián Medina. Pancraccio y el loco Valderrama son trasuntos de personajes reales. Y realísimos son «El Manteca», «La Codorniz», «El Meco», que entran en la ficción con los mismos cuerpos y motes que tuvieron:

Soldados carne de cañón, pobre gente que no fue dueña siquiera del nombre con que los bautizaron<sup>[19]</sup>.

La mayor parte de los sucesos narrados en la obra los conoció Azuela «de oídas», reconstruidos a partir de los relatos que le hacían sus camaradas revolucionarios. Hay

anécdotas vividas por el autor, pero literaturizadas, con vida propia en el nuevo organismo realizado.

En El Paso visitó a varios editores, ofreciéndoles la novela y tuvo que aceptar la proposición del dueño de *El Paso del Norte*: mil ejemplares de sobretiro y tres dólares a la semana a cuenta, mientras se publicaba en folletín en las columnas del periódico y mientras se hacía la impresión en libro.

Cuando los carrancistas tomaron Ciudad Juárez, Azuela aprovechó la confusión de las primeras horas para reintegrarse a territorio mexicano y regresar a Guadalajara. Nunca supo el fin que tuvieron los mil ejemplares de su novela que dejó al editor Gamiochipi y que constituyen la primera edición.

En el año 1920 hizo por su cuenta una segunda edición de *Los de abajo*, en la imprenta Razaster, de México, D. F. Esta modesta edición —de poco más de mil ejemplares— se repartió entre amigos y corresponsales en el extranjero. Hubo ejemplares durante cinco años en la librería de Andrés Botas, enclavada en el centro urbano de la capital, sin que el público y la crítica se enterasen.

Fue en el mes de diciembre de 1924, cuando un artículo de Julio Jiménez Rueda, en *El Universal*, titulado «El afeminamiento en la literatura mexicana», iba a dar lugar a una revisión de la narrativa inmediatamente anterior y a obligar a conocer y reconocer a *Los de abajo* como el reflejo fiel del periodo de agitación y tragedia que había conmovido las entrañas de la nación. Julio Jiménez Rueda se preguntaba en su artículo<sup>[20]</sup> por qué los escritores mexicanos seguían encerrados en sus torres de marfil, cuando la tragedia había soplado tan cerca; cómo no había aparecido una «obra poética que fuese cifra y compendio» de las agitaciones de la guerra civil, Francisco Monterde, un mes más tarde, el 25 de diciembre de 1924, responde en el mismo periódico con un artículo afirmativo: «Existe una literatura mexicana viril», y para probar su certeza cita la obra de Azuela, *Los de abajo*, «reflejo fiel de la hoguera de nuestras últimas revoluciones», que es desconocida fuera de unos cuantos literatos amigos suyos, a pesar de ser Azuela «el novelista de la revolución».

El 12 de enero de 1925, Victoriano Salado Álvarez, terció en la cuestión desde el *Excelsior*, con un titular interrogante también: «¿Existe una literatura mexicana moderna?». Y viene a decir que la que hay no es mexicana... «y a veces ni siquiera literatura»<sup>[21]</sup>. Al referirse a la obra de Azuela, citada por Monterde como ejemplar, declara que no ha leído tal obra, que «según parece es una curiosidad bibliográfica».

En *El Universal Ilustrado* apareció a continuación una encuesta sobre el tema polémico y se interrogaba a las figuras más representativas del momento: Federico Gamboa, Enrique González y Martínez, Salvador Novo, José Vasconcelos..., y también, al «recién» descubierto novelista, Azuela, El resultado de la encuesta nos lo acredita, no sólo como el primer novelista de la Revolución, sino que su propia respuesta lo sitúa en la avanzada, en la pre-vanguardia de las preocupaciones literarias de su tiempo, ya que en ella, sencillamente, remite a un artículo suyo, publicado ocho o nueve años antes, sobre el porvenir de la literatura mexicana, en el

que expresaba su duda de que los literatos de profesión sepan captar las palpitations del alma nacional.

Cuando el alma del pueblo está empapada en lágrimas y chorreando sangre todavía, nuestras lumbreras literarias escriben libros que se llaman *Senderos ocultos*, *La hora del Ticiano*, *El libro del loco amor*<sup>[22]</sup>.

Un estudiante, compañero de los hijos de Azuela, incipiente periodista, que no perdía ocasión de encarecer la obra de Azuela, publicó una entrevista al poeta parnasiano Rafael López, quien opina:

*Los de abajo* es lo mejor que se ha publicado en materia de novela de diez años a la fecha<sup>[23]</sup>.

*El Universal Ilustrado*, aprovechando el interés despertado, se decide a publicar la obra en cinco cuadernos semanales, anunciándola como «una creación palpitante de nuestra vida» y «la única novela de la Revolución». El primero de estos cuadernillos apareció el 29 de enero de 1925, el 24 de febrero, el quinto.

*El Universal Ilustrado* no pagó derechos de autor a Azuela por publicar su obra en el suplemento semanal: le entregaron cincuenta ejemplares gratis. Azuela tiene entonces cincuenta y tres años. Las ediciones en español de la obra se suceden en los países de lengua hispana, la mayoría, piratas:

Ninguno se ha tomado siquiera la molestia, no sólo de solicitar et permiso, pero ni de avisármelo siquiera<sup>[24]</sup>.

*Los de abajo* es traducida al inglés, francés, alemán, servio, y, posteriormente, al ruso, japonés, italiano...

Era el momento nacional de alto en el camino, de respiro tras la lucha armada y el periodo siguiente de magnicidios, de interrogación sobre el pasado inmediato, de autoconocimiento y autovaloración. *Los de abajo* «se descubrió» en el momento en que México comenzaba a preguntarse abiertamente: cómo, por qué, para qué, se hizo la Revolución. *Los de abajo* respondía, con verdad y con emoción, al primero de los interrogantes.

El mismo joven amigo de Azuela, Gabriel Ortega, Orteguita, como lo llama siempre el escritor, publicó una entrevista a Azuela, ilustrada con su fotografía, el mismo día en que se iniciaba la primera entrega de *Los de abajo*. Y Orteguita, un año más tarde, iba a ser el introductor de la obra de Azuela en el círculo de intelectuales de la capital de España. Gabriel Ortega fue destinado a Madrid, como corresponsal en España de *El Universal*. Este entusiasta admirador de Azuela traía el decidido propósito de difundir la obra del jalisciense allí donde encontrara quien le escuchase. El tema monolítico de su correspondencia con Azuela desde Madrid es *Los de abajo*. De la carta<sup>[25]</sup> en que da cuenta al escritor de la recepción de ejemplares, transcribimos lo más sustancial:

Señor don Mariano Azuela

Querido y admirado amigo:

Recibí veinte ejemplares de *Los de abajo*. Gracias. Los he distribuido: al pintor Héctor de la Torre, Díez-Canedo, Valle-Inclán<sup>[26]</sup>, al único Gustavo Durán, Cipriano Rivas Cherif, Manuel Azaña, etc. (...) Y ahora, hablemos de la novela: les ha impresionado brutalmente. Quisieran menos descuido. No sé si Díez-Canedo o Andrenio escribirán sobre ella, pero creo que sí. Yo le dije algo, sobre esto. El ejemplar de Rivas Cherif lo ha leído toda la tertulia del Regina-la-mía, y mis amigos aprenden en ella lo que significa para nosotros la frecuencia de la sangre.

En cartas posteriores, habla Ortega de sus gestiones editoriales y ya a finales de año, anuncia la edición española:

... saldrá en abril o mayo (...). En ediciones Biblos, que dirige uno de los editores más cultos y finos de España: Ángel Pumarega, hombre de izquierdas, avanzado, entusiasta. El libro lo ilustrará Gabriel García Maroto...

En efecto, el libro salió en España, en 1927, y tuvo un éxito grande. Hablaron de él críticos prestigiosos: Díez-Canedo, ya en septiembre del 26, en *El Sol*, y Ernesto Giménez Caballero, en la *Gaceta Literaria*, en el 27. En 1930 se hizo una segunda edición, en Espasa-Calpe. En 1928, el novelista francés Henri Barbusse<sup>[27]</sup> la hizo traducir y se publicó en la revista *Monde*, del partido comunista. Esta versión, *L'Ouragan*, para la cual no se solicitó autorización a Azuela, era muy deficiente y, posteriormente, se hizo una nueva versión francesa, *Ceux d'en bas*, en 1930, con prólogo de Valery Larbaud, El gran crítico francés y hombre de letras, señala el valor épico de la anécdota y la sobria eficacia descriptiva, que compara con la del clásico latino Tácito<sup>[28]</sup>. Giménez Caballero encuentra también ese carácter épico en la novela, «... donde es más bien un poema épico devenido novela. *Los de abajo*, en su sentido íntegramente histórico (de doble significado) es un romance. Un género mediéxico, infante, balbuceador, con ojos de niño...».

Tanto el prestigioso crítico mexicano, Manuel Pedro González, como Monterde, o el español Valbuena Briones, señalan la probable influencia que sobre la obra mural de José Clemente Orozco tuvo *Los de abajo*.

El gran poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, en carta a Azuela, de marzo de 1931, dice que leyó *Los de abajo* dos años antes, y cree que es «una obra definitiva de nuestro tiempo y nuestra América». La cataloga al lado de *Don Segundo Sombra*, *La vorágine* y *Canáa* (del brasileño Graça Aranha).

De *Los de abajo* se hizo una versión teatral, en 1929, que se representó en el Teatro Hidalgo, de México. Azuela no estuvo satisfecho con esta versión. Más tarde, en 1950, autorizó la versión que él mismo había revisado y editado, en 1938, en un volumen de Ediciones Botas, con otras dos piezas suyas. De *Los de abajo*, también se hizo una versión cinematográfica (alrededor del año 40), dirigida por Chano Ureta, con fotografías de Gabriel Figueroa, y los actores Miguel Ángel Ferriz, Domingo

Soler, Carlos López Moctezuma, Eduardo Arozamena, Esther Fernández e Isabela Corona. Azuela estuvo muy complacido con esta película que, decía, era la única satisfacción que de sus obras le habían dado el teatro y el cine. Por cierto que Azuela, al felicitar al director por la filmación, le pronosticó que correría la misma suerte que la novela: sería reconocida diez o quince años más tarde. Y el pronóstico se cumplió, pues la película pasó inadvertida, estuvo una semana en un local de estreno, luego, se proyectó, en la siguiente temporada, en los cines de barrio, con grandes Henos de público de clase modesta. La crítica cinematográfica ha reconocido, posteriormente, que *Los de abajo* es una de las mejores películas entre la media docena de buenas películas que se han hecho en México.

Y si como cree Carlos Fuentes, la novela de América Latina sufre un primer cambio cualitativo en la literatura de la revolución mexicana<sup>[29]</sup>, de la que es póstico *Los de abajo*, Monterde afirma que *Los de abajo* anticipó el neorrealismo en Iberoamérica. Pero también conviene preguntarse si no existía algún precedente. Valbuena Briones, en su *Historia de la literatura hispanoamericana*, señala un antecedente de *Los de abajo*, el relato breve de Rómulo Gallegos, *Los aventureros*, publicado en la revista *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, en febrero de 1912. Es la historia ficticia del insurgente Matías Rosalira, que se hizo fuerte en la sierra venezolana, con un montón de guerrilleros, a los que se une el doctor Avilita, dispuesto a convertirse en el respaldero intelectual de la montonera. Valbuena Briones piensa que existe un paralelismo entre Matías Rosalira y el doctor Avilita del venezolano, y Demetrio Macías y el curro Cervantes del mexicano, y que la tesis, en una y otra obra, es la misma. A mi entender, la tesis, unívoca en Gallegos, de «la captación por el intelectual del caudillo analfabeto», es sólo un aspecto de las múltiples y complejas interpretaciones que ofrece la lectura de Azuela; texto, éste, absolutamente plural y ambiguo, que introduce, por serlo, la modernidad en la novela iberoamericana. Hay un paralelismo, sí, ambiental; las grandiosas descripciones de la sierra son sinónimas en uno y otro relato, pero hay entre ellos la diferencia fundamental que existe «de lo vivo, a lo pintado». Rómulo Gallegos *cuenta* una aventura; Azuela evoca y refleja hechos que todavía alientan vida.

## La novela mexicana y la Revolución

La Revolución Mexicana es el acontecimiento socio-político que inspirará y vertebrará la novelística mexicana más importante del presente siglo. Este capítulo impar de la narrativa mexicana se conoce en la historia de la literatura hispanoamericana como *La novela de la Revolución Mexicana*.

La Revolución se inicia con el levantamiento de Madero y el derrocamiento de la dictadura de Porfirio Díaz. Asesinado Madero en 1913, Carranza se pronuncia en contra de Victoriano Huerta y asume el cargo de primer jefe constitucionalista. Zapata seguía en armas en el Sur, desde 1910. Villa no había licenciado su poderosa División del Norte. Orozco, Obregón, Felipe Ángeles, reclutan tropas en distintos puntos de la nación y se declaran en contra o a favor del primer jefe. La lucha armada dura años, en parte porque al sentimiento primero solidario en contra de la injusticia, se viene a superponer la ambición de poder de los caudillos y las luchas de las distintas facciones entre sí por el control de la situación. Zapata será asesinado en el año 20, Villa en el 23, el general Serrano en el 27, ¡en el 19 ha muerto ajusticiado Felipe Ángeles...!, en el 27, Arnulfo Gómez, candidato antirreeleccionista a la presidencia, es pasado por las armas en Veracruz. En el 28, el propio Obregón es asesinado, dos semanas después de haber sido elegido presidente por segunda vez. Los magnicidios cesan cuando el control queda definitivamente en manos de Calles y se crea el P.N.R., que encubre un monopolio de poder.

Desde el primer periodo presidencial de Obregón, en 1920, a la derrota y muerte de Carranza, la Revolución había entrado en su fase administrativa y estabilizadora. Esta fase está marcada por un fuerte nacionalismo, como propuesta política de cohesión interna, para poder llevar a cabo las pretendidas reformas revolucionarias. La culminación de esta etapa reformista se dio en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas, 1934-40, quien supo aunar el sentir general de la nación, que lo apoyó unánimemente en su más trascendental medida política: la expropiación de las empresas petroleras extranjeras. Después, la política nacional revolucionaria entra en una fase de institucionalización; sintomática es la nueva denominación del Partido político: P.R.I., Partido Revolucionario Institucional.

La Revolución Mexicana es un movimiento confuso en sus orígenes, si exceptuamos la madurez histórica de un pueblo, cansado de la injusticia y del caciquismo, y que siente la asfixia de un «Orden y Progreso» mantenidos por la represión. Un pueblo en el que una emergente clase media veía cerradas sus perspectivas de participación y se ahogaba en la inmovilidad de las clases sociales que la dictadura mantenía. En este mundo social, en que los valores prestigiosos de la clase preeminente eran importados de Europa, surge la Revolución como un cambio cualitativo. La Revolución es el tiempo nuevo, el tiempo dinámico, que va a hacer posibles los cambios de fortuna, los encuentros azarosos, los heroísmos y las brutalidades. Hay trasvase de gentes, de Norte a Sur, expectativas de cambio; todo

ello da al pueblo una conciencia nacional. El pueblo se atreve a ser, exterioriza su intimidad, se inicia en el ejercicio de su actividad social comunitaria. Esa comunión entrañada del pueblo en la Revolución explica que hombres y gestos destacados de la misma sean asimilados fácilmente: *son pueblo*.

La literatura es la conciencia de un pueblo. La novela de la Revolución Mexicana es el interrogante que inquiere sobre ese drama en que han participado todos los mexicanos. La novela de la Revolución Mexicana es el medio<sup>[30]</sup> y la expresión de un proceso colectivo de doble vertiente, que Brushwood llama «proceso simultáneo de extroversión e introversión»<sup>[31]</sup>, una pregunta hacia dentro, sobre el sentido de la mexicanidad, y una pregunta hacia fuera, sobre el sentido de la mexicanidad en relación con el exterior.

Cumplida la etapa militar y restablecido el orden, el espíritu revolucionario se orienta en un sentido nacionalista que reivindica la tradición mestiza. La entera situación de convivencia nacional había sido puesta en tela de juicio, el arte también habría de sufrir una convulsión innovadora. Los escritores se vuelven hacia los momentos del pasado inmediato, y encuentran allí el material vivo que ha puesto al descubierto el alma nacional. «De la noche a la mañana, la novela —dice Brushwood— se volvió la novela de la Revolución Mexicana». Los novelistas ahondan en sus propias experiencias personales, recogen anécdotas, hinchán los recuerdos, recrean episodios, engarzan acontecimientos dispersos en el tiempo y el espacio... El novelista de esta primera etapa es realista<sup>[32]</sup>, quiere dar, como Bernal Díaz de la Conquista, «la verdadera historia», pero, forzosamente, su visión es local y su interpretación parcial. Novela de testimonio, más que obra de arte. Copia gestos y palabras en primeros planos, destacando tanto el heroísmo como la monstruosidad. El narrador está muy próximo a los sucesos y traslada al papel los movimientos de los hombres cuya psicología explota en la lucha fratricida: machismo, brutalidad, falsa sumisión, inclinación a la mentira y al engaño..., son los rasgos que esta novela documental saca a la luz de su enfoque superficial. Lo que sí predomina en esta primera etapa de la novela de la Revolución, es una propuesta de conocimiento, de ahondamiento en el ser nacional.

Ese conocimiento primero, esa versión espontánea de los rasgos negativos de la raza y las limitaciones sociales, habría de cuajar más tarde en los estudios de la obra de pensadores insignes: Ramos, en primer lugar, Alfonso Reyes, Vasconcelos, Leopoldo Zea, Uranga, Villoro, Usigli, Octavio Paz... y su propuesta de «autognosis», es decir, la propuesta intelectual de una ontología del ser mexicano.

Azuela fue el iniciador de esta etapa activa, renovadora y original de las letras mexicanas.

comprender que la función de la novela es la de recoger lo que no siendo todavía historia, o siéndolo ya, pero sin orden ni concierto, puede ser leyenda moderna o epopeya social contemporánea<sup>[33]</sup>.

Sus novelas de la década de 1910 a 1920 son las más importantes que se escribieron en México con temática revolucionaria.

A mediados de la década siguiente, se produce un aldabonazo a la atención nacional —y el enorme eco internacional— sobre *Los de abajo*, que había pasado inadvertida<sup>[34]</sup>. En 1926 comienza a publicar en *El Universal* Martín Luis Guzmán sus «recuerdos revolucionarios», que saldrán en forma de libro, *El águila y la serpiente*, en el año 1928, en España. En 1929 publicará este autor, también en España, una gran novela revolucionaria, *La sombra del caudillo*, en la que se condensan literaria y anecdóticamente, dos momentos políticos de la posrevolución, y refleja la fascinación por la acumulación de poder y la frialdad con que se decretaron ciertos magnicidios. A partir de este momento, en la década de los 30, el tema monolítico de la narrativa mexicana es la Revolución.

Los escritores que habían tornado parte en la contienda (o los militares, como Urquiza), o los jóvenes que la «escucharon» fascinados en la retaguardia, empiezan a contar «su» visión de la Revolución. De esta etapa son las obras de Nellie Campobello, *Cartucho*, de López y Fuentes, *Acampada*, *Mi general*, *Tierra*, de Rafael F. Muñoz, *Vámonos con Pancho Villa*, de José Rubén Romero, *Apuntes de un lugareño*, *Mi caballo, mi perro y mi rifle*, de Vasconcelos, su autobiografía novelada que se inicia con *Ulises criollo*, de Francisco Urquiza, *Tropa vieja*, etc..., que, en los mismos títulos ya nos informan de la temática monopolística. El carácter testimonial y la técnica realista aconsejan al escritor la forma de diario, autobiografía novelada, o gavilla de cuadros y episodios, engarzados sin estructura aparente, sin lógica y sin conexión psicológica. Pero esta carencia de instrumentación literaria cuadra maravillosamente a la descripción de la realidad que se trata de reflejar: una realidad en movimiento, *en hechura*, que se sucede a sí misma como improvisada a cada instante. Esta visión del acontecer, que se va haciendo y transformando con la Revolución misma, da en la novela una visión sutil, dialéctica, de la realidad, que, posteriormente, ha tratado de incorporarse como técnica.

A finales de la década de los 30, aparece una obra, *El resplandor* (1937), de Mauricio Magdaleno, que se ha valorado como obra indigenista. En el sexenio presidencial de Lázaro Cárdenas, una de las propuestas políticas fue la reivindicación del indígena como elemento integrante constitutivo de la realidad nacional<sup>[35]</sup>. *El resplandor* es obra indigenista, sí, pero también tiene más amplio significado: introduce en el relato una visión retrospectiva, histórica, como principio de causalidad que explique los ciclos encadenados de las explotaciones del indígena, hasta abocar a la más cruel y desesperanzada: la que ejerce el revolucionario de la propia clase, de la propia raza. En *El resplandor* se da, también, una mayor complejidad técnica: el atisbo de un monólogo interior y un breve retazo onírico, se engarzan a una narración zigzagueante en el tiempo.

Para mí, la obra de Magdaleno inicia una segunda etapa en esta narrativa; etapa que tiene tres novelas muy diferentes entre sí, pero representativas de una mayor

complejidad, de una mayor profundización y de una visión abarcadora de las condiciones del pasado nacional. Estas novelas son, la ya citada, *El resplandor, El luto humano* (1943), de José Revueltas, y *Al filo del agua* (1947), de Agustín Yáñez. *El luto humano* es una novela faulkneriana, existencial, en la que un grupo de hombres y mujeres, acosados por la muerte, *saben que* han sido engañados, que mueren solos, que ni la religión, ni la Revolución, ni los Sindicatos, les han dado una justificación del dolor y las dificultades del vivir. Sólo minutos antes de perecer ahogados tienen una vaga conciencia lúcida de que mueren redimiendo algo. La obra de Yáñez, *Al filo del agua*, es la primera versión moderna del pasado revolucionario; la Revolución tiene en la novela un valor dialéctico y no necesario, como solía ser en los relatos del primer ciclo de esta novelística.

En la década siguiente aparece la obra extraordinaria de Juan Rufo, *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955),

cerrando para siempre —y con llave de oro— la temática documental de la Revolución<sup>[36]</sup>.

A pesar de la opinión autorizada de Carlos Fuentes, es difícil señalar el agotamiento de una temática, aunque el modo «documental» sí parezca superado, pero este modo lo estaba ya, superado, antes de Rulfo.

Y en cuanto a la temática, todavía en el año 69, Luis Adolfo Domínguez, comentando la novela de Fernando del Paso, dice que

*José Trigo* puede ser ventajosamente la obra que cierre toda una serie, cuya temática ha agotado a la Revolución, a los cristeros, a los indígenas y a los caciques, como únicos representantes de asuntos nacionales<sup>[37]</sup>.

Y Antonio Magaña Esquivel<sup>[38]</sup> no tiene inconveniente en considerar la propia obra de Fuentes *La región más transparente* (1957) como novela de la Revolución, perteneciente a la tercera etapa, es decir, a la de la mirada retrospectiva.

Así creemos que puede entenderse el momento siguiente, o tercera etapa del proceso narrativo, ya que los escritores que lo configuran eran niños o nacieron en los años de la Revolución, y se encontraron con una situación nacional en que la referencia política de gobierno era la Revolución. En un mundo socio-político estancado, que renuncia a su propio destino revolucionario y se actúa demagógicamente, con consignas revolucionarias, ellos, los jóvenes novelistas, se sitúan en un umbral analítico, que, para romper con el entorno, tiene que lanzar una denuncia desmitificante del «mal uso» que los gobiernos hicieron del acontecimiento primordial.

En el 62 escribirá Fuentes *La muerte de Artemio Cruz*, estableciendo la dialéctica entre la Revolución y el neocapitalismo que propiciaron los gobiernos posrevolucionarios (también, acaso, aludiendo simbólicamente, en el título a «la muerte» de la Revolución). Elena Garro, en el 63, trae a las páginas de su excelente

libro, *Los recuerdos del porvenir*, el momento del conflicto cristero, en la etapa de desfanatización del Presidente Calles. Agustín Yáñez reincide en el tema revolucionario, *La creación* (1957), que es el discurso literario sobre la posición del artista en los círculos politizados de la capital. Insistirá en el tema agrario, en *Las tierras flacas* (1962), y, muy recientemente, en el 73, dará *Las vueltas del tiempo*, novela escrita a continuación de *Al filo del agua*, que no quiso publicar antes por las posibles repercusiones. En ella se entretajan vivencias, comentarios, se desvelan relaciones y asuntos turbios del pasado reciente, traídos a colación por un suceso histórico desencadenante: la tarde del entierro de Calles (en el año 1945).

Ibargüengoitía, en el 64, contempla el acontecer político y el proceso literario con ojos burlones y escribe el «pastiche» de la novela de la Revolución, *Los relámpagos de agosto*, que obtiene el Premio «Casa de las Américas», de Cuba. En el 66, Fernando del Paso nos da esa obra arquetípica, *José Trigo*, intento de historia acumulada, sincronía y diacronía, y en esa condensación anecdótica hay conflicto cristero, tema ferrocarrilero y simbolismo revolucionario. También el tema indigenista y la marginación del indígena en la participación nacional, ha seguido siendo propuesta esporádica de los narradores: *Juan Pérez Jolote* (1948), de Ricardo Pozas, es un monólogo antropológico de un indio tzotzil, que en un momento dado se integra a la tropa revolucionaria. *Oficio de Tinieblas* (1962), de Rosario Castellanos refleja la «reacción» de los ladinos en una ciudad del Sur del país, en connivencia con el clero, para contrarrestar el plan de reforma y mejora indigenista del gobierno de Cárdenas. Aún, en el año 69, podemos reseñar una novela revolucionaria, *Hasta no verte, Jesús mío*, de Elena Poniatowska, que en bastantes aspectos parece la versión artística de «la antropología de la pobreza», de Oscar Lewis, o la interpretación poética de *Los hijos de Sánchez*<sup>[39]</sup>. Y, más cerca aún, en 1972, Carlos Valdés publica *La voz de la tierra* y recrea el tiempo caótico de los postreros días de la Revolución Mexicana.

Paralela a esta novela que explora el pasado nacional y sigue *procesando* el *statu quo* a que dio origen la Revolución, en México se escribe también una novela que podríamos encuadrar en un «americanismo universalista», es decir, la novela que refleja la situación del hombre en una circunstancia —generalmente urbana— común al hombre de hoy; el hombre amenazado por los neocolonialismos de la técnica, el superdesarrollo y la masificación, y cada vez en una soledad más grave.

Y en los novelistas que inciden en el tema nacional, la actitud respecto al presente, que viene de un pasado histórico inmediatamente anterior, es pesimista; *traicionada, incumplida, demagogizada, mitificada, aburguesada, corrompida*, viene a decir de la Revolución su discurso narrativo. Esta actitud pesimista, tradicional ya desde los primeros narradores de la Revolución (que le valió a Azuela opiniones que lo tachaban de contrarrevolucionario), tiene sus detractores también y su autocrítica. Una escritora, como Rosario Castellanos, nada sospechosa de reacción, respondiendo críticamente al interrogante de invalidación que se plantea Carlos Fuentes en *La*

*región más transparente, dice:*

Es cierto que la Revolución Mexicana, desde el gobierno de Ávila Camacho, ha dejado ganar muchas posiciones a la reacción. Pero es cierto que el intelectual, en vez de dar la voz de alerta, se ha sumado de buena gana al coro de plañideras que se apresuran a enterrar lo que no saben aún si es ya cadáver o si conserva gérmenes vivos que es preciso desarrollar y defender. Y aun coincidiendo que la Revolución fuese ya un cadáver, ¿por qué no lanzar el primer grito de rebeldía y buscar las orientaciones necesarias para una nueva revolución? No hay que cultivar siempre la oscura preferencia por el fracaso, por la abstención, por la muerte<sup>[40]</sup>.

Los novelistas mexicanos del presente, o no se refieren a la situación política como heredera desvirtuada del movimiento revolucionario, porque piensan que incluso criticarla es seguir haciéndola, ayudar a los políticos a conservarla en su estatus aburguesado, o bien, al enfrentar en sus obras presente y pasado, quisieran seguir siendo fieles al impulso generoso primero que provocó la conmoción nacional; pero este impulso, alejado en el tiempo y en el espacio que lo originaron, se ha vuelto contra su propia esencia: *cambio, rebeldía, novedad*.

La descripción de la sociedad contemporánea de México es una crítica cruel (y justa) del mundo que ha creado nuestra Revolución, pero la violencia misma de esa crítica engendra inmediatamente la evocación de otra realidad: los años encendidos de la lucha armada. La crítica se vuelve creación de un mito y el mito está amenazado siempre por la crítica<sup>[41]</sup>.

Es decir, para procesar en el discurso narrativo *la mala configuración del ideal revolucionario*, el novelista *remitifica la Revolución en su estallido popular y en sus ideales primeros*. A la vez, este método de denuncia de *la ruptura del ideal* por la gestión política posterior, entraña una mitificación subsidiaria: ellos, los novelistas, se reservan para sí —desde la buena fe— el papel simbólico —o misional— de críticos del *stablishment*; se ven a sí mismos como protagonistas-antagonistas de la ideología política en el poder. Es decir, mitologizan su propia vocación crítica.

## Análisis de *Los de abajo*

Si no existe fenómeno natural ni de la vida humana que no sea capaz de interpretación mítica y que no reclame semejante interpretación<sup>[42]</sup>, hay obras literarias, como *Los de abajo*, que parecen exigir el enfoque mítico, para poder captar su estructura y toda la riqueza y la trascendencia de sus imágenes.

Lo que Azuela transmite al lector en la obra es su *visión* del acontecer revolucionario mexicano. Para compartir plenamente su *visión*, es necesario asumir la perspectiva histórica de su obra, su historicidad. En una atenta lectura nos damos cuenta de que en ella lo importante es la función significativa,

ni el estilo, ni el modo de la narración, ni la sintaxis, sino la historia relatada<sup>[43]</sup>.

¿De dónde la acentuación de la función significativa?

Lo mítico adquiere su *efectividad* significativa porque entraña y juega con unas constantes humanas (colectividad) que le otorgan atemporalidad<sup>[44]</sup>.

El mito es una proyección de la vida social, una respuesta que fue dada, en un tiempo lejano, a una realidad. Pero si esa respuesta tuvo carácter individual, tuvo, asimismo, valor representativo para una colectividad, debido a unas tensiones y a unas aspiraciones de la misma. Al repetirse estas constantes, el mundo sigue repitiendo ciertos mitos, en los que se responde, o en los que busca responderse, actualizando en cada oportunidad los elementos meramente circunstanciales de la misma, para acceder a la connivencia y a la interpretación colectivas.

El relato épico y la novela han venido a ocupar el lugar que los mitos y los cuentos populares ocupaban en las sociedades tradicionales.

En la novela *Los de abajo*, la estructura mítica de la aventura del héroe ensambla el conjunto de cuadros y episodios verosímiles de la historia contemporánea de México. Pero los elementos históricos vienen a ser las variantes accidentales que repiten las tensiones y las aspiraciones de una colectividad: *la mejoría de una situación*.

Bien es verdad que el autor se atiene a ciertos datos y a sucesos históricos, pero, en cambio, utiliza el tiempo con toda la libertad de su creación imaginaria, condensándolo o dilatándolo, a voluntad. Para Mircea Eliade es esta voluntad o deseo de acceder a otros ritmos temporales, que muestra la literatura contemporánea, lo que prueba que el hombre moderno conserva aún residuos de un «comportamiento mitológico»<sup>[45]</sup>.

Las huellas de este comportamiento mitológico se vislumbran también en el deseo de recobrar la intensidad con que se ha vivido, o conocido una cosa *por primera vez*.

La novela de Azuela (lo sabemos por su biografía) es una respuesta individual — y colectiva— a un ánimo de decepción y de derrota. Es una búsqueda de la época beatífica de los comienzos, y, a la vez, la aspiración a un anacronismo que acierte a fundir, en un tiempo sin medida, la figura del héroe mítico y lo mejor de los ideales del autor, asegurándose, por su discurrir atemporal, la vigencia de unos valores que la sociedad temporal aún no ha realizado. Azuela no nos dice que Demetrio muere: *sigue apuntando con el cañón del fusil...* Y esos puntos suspensivos son la suspensión intemporal de la actitud del héroe, «ese pasado siempre futuro y siempre dispuesto a ser presente, *a presentarse*», como dice Octavio Paz.

*Los de abajo* tuvo, desde su relanzamiento, una aceptación general como novela clásica de la Revolución Mexicana. Este valor *universal*, aceptado, de representatividad, reitera su carácter mítico y refleja la *simpatía* con que se acepta y se trata de insertar en una tradición. En las primeras críticas a *Los de abajo* se trató de encontrarle analogías con la epopeya medieval, con el feudalismo franco, o con «el tema eterno de la sangre, de la voluptuosidad y de la muerte». Igualmente, se ha querido ver similitud en la obra con las narraciones rusas inspiradas en la Revolución de Octubre. Si es en su propia sociedad, ha tenido una aceptación colectiva, con carácter de naturalidad, que ha llevado a buscar los trasuntos históricos de algunos de sus personajes ficticios. Y estos personajes y sus funciones han ido repitiéndose en la literatura mexicana posterior, dándoles el proceso intelectual toda su vigencia mítica. Tal es el caso de Camila, la muchacha aldeana, que «se roba al paso» el militar revolucionario, que volveremos a encontrar reencarnada en Regina, personaje femenino de *La muerte de Artemio Cruz* (1962), o en Julia, de *Los recuerdos del porvenir* (1963). El personaje Cervantes, intelectual, asesor, secretario e ideólogo de los caudillos ignorantes, será tipo frecuente en esta narrativa, y su máxima exacerbación, posiblemente, el Manuel de la Reguera de *La negra Angustias* (1944).

Pero es la figura del protagonista, Demetrio Macías, la que lleva mayor carga mitificante. Con rasgos de jefe revolucionario histórico —como lo declara el propio Azuela—, Julián Medina o Manuel Caloca, es un personaje que se alza por encima de esa caracterización individual, para alcanzar una talla genérica excepcional. Es el jefe revolucionario *que Azuela hubiera querido para sí*, para seguirlo hasta la muerte. En él ha puesto una carga importante de afectividad, de emotividad, consiguiendo despegarlo de la medida cotidiana, a tal punto que su grandeza es un poco irreal. El carisma de que goza y la rara ecuanimidad de sus decisiones, son cualidades que configuran un misterioso poder en el héroe, que le viene de fuera, de lejos.

En los archivos de Azuela existe una respuesta a un cuestionario inlocalizado, que es significativa de la emoción creadora de que hablábamos, y de las cualidades excepcionales del héroe. «¿Piensa que el personaje Demetrio es típico del mayor número de los jefes revolucionarios?».

Lejos de ser un típico revolucionario, el Demetrio Macías de mi obra es un tipo excepcional, como que ha sido creación mía.

## Estructura mítica

En la sintaxis de todo comportamiento humano, tanto en la conducta real de los hombres como en su conducta literaria, se dan tres funciones que están en la base de todo proceso situado en el tiempo y en el espacio<sup>[46]</sup>: la función inicial, que abre la posibilidad al proceso; la función que realiza esta posibilidad, y la función que cierra el proceso.

Estas tres funciones se hallan en la unidad nuclear del proceso o rito de iniciación del héroe mítico: *separación-iniciación-retorno*<sup>[47]</sup>. Es decir, una situación inicial de la que se parte, para pasar a otra situación de cambio, en que se tratará de alcanzar o de conseguir algo, para llegar a una tercera instancia de recapitulación, en que el héroe ha logrado la mejoría o se ha degradado en el intento. Es el esquema básico de todo proyecto humano.

Tres son las partes en que se divide la novela *Los de abajo*, conciliables con el esquema propuesto por Campbell de la aventura del héroe mítico. Para establecer el correlato estructural, reproduciremos el enunciado de los mitemas que describe Campbell en *El héroe de las mil caras*, apud Juan Villegas.

En la primera etapa o momento de *la separación*:

1. *La llamada a la aventura, o señales de la vocación del héroe.*
2. *La ayuda sobrenatural.*
3. *El cruce del umbral.*
4. *El vientre de la ballena, o el paso al reino de la noche.*

De la segunda etapa, la de *la iniciación*, en las pruebas y victorias de la realización, distingue estas situaciones:

1. El camino de las pruebas.
2. *El encuentro con la diosa.*
3. *La mujer como tentación.*
4. *La reconciliación con el padre.*
5. *Apoteosis.*
6. *La gracia última.*

La etapa del *retorno*, o reintegración al mundo del que se partió, contiene:

1. *La negativa al regreso o el mundo negado.*
2. *La huida mágica o la fuga de Prometeo.*
3. *El rescate del mundo exterior.*
4. *El cruce del umbral del regreso.*
5. *La posesión de los dos mundos.*

## 6. *La libertad para vivir.*

Naturalmente, el esquema de Campbell se refiere a la aventura del héroe mitológico, es un tiempo fabuloso, en que semidioses u hombres sobrenaturales realizaban proyectos de redención de la colectividad. La aventura mítica del héroe contemporáneo es la aventura «de un héroe problemático que busca valores auténticos en un mundo degradado», como vio Lukács, por ello los mitemas clásicos sufren desplazamientos, deformaciones, o se hallan en estado residual o embrionario, o atrofiados. La tercera etapa, particularmente, adopta en la moderna problemática un diferente desarrollo. El héroe alcanza un conocimiento o un poder, y puede no utilizarlo en beneficio de la comunidad. O, una vez iniciado en el mundo exterior, no regresa al mundo del que partió, o bien está en posesión de los dos mundos: pero su recapitulación es una transacción: tiene más poder, pero está más enajenado; es más libre pero está más degradado; puede comunicar más saber a la comunidad, pero ese saber más puede significar penar más y omite transmitirlo, etc.

Las primeras páginas de *Los de abajo*, el primer capítulo de la Primera Parte, nos introducen, de inmediato, en el hogar del héroe Demetrio Macías. El discurso narrativo presenta un enunciado de acción: la irrupción violenta de los militares en el hogar de Demetrio. Se da la presentación indirecta del héroe: de boca de sus enemigos, Limón, el lugar, es conocido por ser la tierra del *famoso* Demetrio Macías. Hay un intento de violación de la mujer de Demetrio. Se interpone la figura del héroe, que, con su sola presencia, hace desistir y huir a los agresores. En este primer capítulo, el hogar de Demetrio queda deshecho. La mujer va a cobijarse a casa del suegro, Demetrio sale en opuesta dirección. Después de varias horas de huida, mira a lo lejos y ve que su casa arde en llamas.

Con concisión verbal y ritmo rápido, se nos da esa situación inicial del esquema mítico, situación de «perseguido» de Demetrio, insostenible, que obliga a la separación de la mujer y empuja a la aventura, al cambio.

También se da ya aquí, tempranamente, una nota sintomática del carácter misterioso del héroe. «¡Mátalos!», «¿Por qué no los mataste?», pide y pregunta la mujer de Demetrio, que ha sufrido el atropello verbal de los militares. Una razón de orden superior, que ni a los lectores ni a la mujer se nos alcanza, ha debido de tener: «¡Seguro que no les tocaba todavía!».

En el mundo dislocado en que se mueve el héroe contemporáneo, la *ayuda sobrenatural* suele representarla cualquier señal o presencia profana. En *Los de abajo*, el incendio del hogar puede ser el auto de fe, la señal simbólica, que otorga al héroe su carta de rebeldía, el rito de la irreversibilidad —la separación definitiva— de un tiempo consumido: ahora sí, *ya es la hora*.

El héroe, separado de la mujer y del hogar, inicia su camino. Después de muchas horas de ascenso, comienza el descenso, en la sombra, al fondo del barranco. En la progresión dinámica del texto narrativo, que sigue el caminar del héroe, se interpola

el pensamiento monologado de Demetrio —y será la única vez que asistiremos a su proceso mental. Por medio de este breve monólogo, el narrador amplía nuestros conocimientos del personaje y confirma, *desde dentro*, su situación y su sentimiento de «perseguido».

El discurso narrativo, se hace, a ratos referencial, descriptivo, o mejor, contemplativo, de la naturaleza, que acompaña, como un decorado, los pasos medidos del hombre.

En el mismo capítulo II, continúa la marcha del héroe, del reino de la noche, que atravesó sólo, al encuentro con sus pares, que lo aclaman como jefe. Se inicia, ya claramente, el camino de pruebas de la etapa de *iniciación*, con la primera escaramuza de Demetrio y sus hombres frente a las tropas federales. Causan importantes bajas (más de 500, dirá, refiriéndolo, en la etapa de regreso) al enemigo y pierden dos hombres. Demetrio es herido en una pierna. En los capítulos III y IV, Demetrio con una veintena de hombres, constituidos ya en compacto grupo, sigue avanzando por las escarpaduras del terreno montañoso, transportado él en una camilla de mano. En el discurso narrativo se van dibujando los rasgos fisionómicos y la índole de los personajes secundarios, a medida que avanza la acción, en el tiempo y en el espacio. Esporádicamente, se produce el encuentro con los campesinos serranos, que los acogen generosamente. El discurso narrativo se hace referencial, para introducir, de boca de un modesto ranchero, el testimonio colectivo de la dura situación social de la clase pobre (pág. 88): el gesto de rebelión del héroe y su aprestamiento para enfrentar a los gubernamentales, tiene la connivencia moral de los de su clase.

El capítulo V es muy importante porque introduce un personaje que *no es de los de abajo*: un curro, es decir, un señorito de ciudad. El foráneo aparece insultando a los hombres de Demetrio: «estúpido», «clase de brutos». Este personaje incorpora el mitema del *encuentro*. El curro Cervantes será el *maestro* o *consejero* de Demetrio, aportándole una nueva visión del mundo, que ampliará sus conocimientos y los horizontes de su acción.

De nuevo, y frente al extraño, se repite la nota de rara equidad del carácter de Demetrio. Difiere la ejecución del sospechoso, aunque se lo piden sus correligionarios, y no da explicaciones; su reserva muestra una singular autoridad.

Todo el capítulo VI, característico del discurso referencial, nos informa, desde un enunciado descriptivo, de la personalidad del recién llegado Cervantes. El sujeto de la enunciación ve por detrás del personaje su rápida transformación política: desde reaccionario federal, a neo-revolucionario acomodaticio. En este enunciado descriptivo —y valorativo, en la ironía reticente— de la mudanza psicológica de Cervantes, se interpola, también, brevemente, el discurso del narrador, o enunciado del sujeto de la enunciación, con su propio comentario:

¡Más he aquí que hoy, al llegar apenas con sus correligionarios, en vez de recibirle con los brazos

abiertos, lo encapillan en una zahúrda! (pág. 97).

En los capítulos VII, VIII, IX, X y XI, el dinamismo de la acción se remansa en orden a la convalecencia del héroe. La tregua intensifica las relaciones de los hombres entre sí y se estrechan con los vecinos de la comunidad rancho en donde se alojan. En este lapsus, el curro Cervantes va ganándose la simpatía y la confianza de Demetrio, y no pierde ocasión de «captar» las mentes obtusas de sus oyentes, retratándolos como víctimas del rico (pág. 99).

La llegada al poblado de unos arribeños pone a Cervantes en la pista de que las facciones revolucionarias del país están a punto de dar al traste con el gobierno de Huerta. Planea la incorporación del grupo a Natera, antes de la toma de Zacatecas, batalla decisiva en la derrota definitiva del huertismo. En las páginas 113, 114, 115 y 116 tiene lugar el diálogo decisivo entre el héroe y su consejero e iniciador político.

Cervantes ha intuido la talla de Demetrio Macías y su ambición quiere hacerse un hueco a su sombra. En su discurso trata de encauzar la rebelión y la lucha de francotirador de Demetrio hacia «la causa» revolucionaria nacional, para que a la victoria de la Revolución el poder y la fortuna sean compartidos.

El héroe sólo aspira a *ganar el derecho de volver en paz a su tierra*. Su instructor insiste en que la causa personal de huida ha de integrarse en el gran movimiento social de reivindicación de los derechos del pueblo. Las palabras-arenga —insinceras, no importa— del intelectual se abren paso en la mente de Demetrio y suscitan la realidad, incitan al héroe y a sus hombres a hacerlas suyas. Cervantes proporciona a la guerrilla la ortodoxia —aunque sea la demagogia— revolucionaria.

Los capítulos XIV y XV conforman la despedida de Demetrio del poblado que lo acogió herido, los aprestos para la nueva etapa de pruebas, la separación de una nueva presencia femenina que alivió —con su tonadita— la obligada postración. Ha sido, en fin, la acampada para la prevención, la instrucción y adoctrinamiento políticos.

En los capítulos XVI y XVII, un enunciado de acción, de ritmo violento y rápido, presenta el segundo hecho de armas del héroe y sus hombres, la segunda importante victoria, esta vez asaltando el acuartelamiento de las tropas gubernamentales.

El capítulo XVII corresponde al mitema de *la reconciliación con el padre*. Es la llegada de Demetrio a Fresnillo y la presentación al general revolucionario Natera, del Ejército de Villa. El encuentro tiene toda la carga simbólica que el momento precisa: el héroe da un paso decisivo para insertarse en el mundo exterior, y el mundo, representado en Natera, lo acoge y le otorga categoría y grado: ya es coronel revolucionario.

En este capítulo, el discurso narrativo introduce una novedad técnica, semánticamente muy interesante: el metadiscurso, o enunciado que comenta y valora el proceso anterior de la enunciación. Por boca de un nuevo personaje, Alberto Solís, Demetrio oye *el relato de sus hazañas*:

Alberto Solís (...) lo felicitó efusivamente por sus hechos de armas, por sus aventuras, que lo habían hecho famoso, siendo conocidas hasta de los mismos hombres de la poderosa División del Norte.

Y Demetrio, encantado, oía el relato de sus hazañas, compuestas y aderezadas de tal suerte, que él mismo no las conociera. Por lo demás, aquello tan bien sonaba a sus oídos, que acabó por contarlas más tarde en el mismo tono y aún por creer que así habíanse realizado (pág. 135).

Asistimos ya, en el texto, a la mitificación de la figura del héroe por la colectividad que narra sus hechos, y lo que es más, a la mitificación y al poder creador de la palabra, que, una vez más (antes fue en la pág. 116, de boca de Cervantes), tiene la capacidad de fundirse en pensamiento y vida: Demetrio *cree* ya que *así* ha sucedido.

El personaje Solís, sin una justificación paradigmática clara, sirve para «completar» nuestro conocimiento de la personalidad de Cervantes, y, también, para evacuar la carga de desilusión que sobre el desarrollo de la Revolución acumula el narrador.

En el capítulo xx se hace, mediante un discurso referencial, la presentación hiperbólica de la figura del guerrero mítico: Villa. En este capítulo se da la valoración colectiva, magnificada, del famoso revolucionario real. Hay retórica inflacionista en los atributos de presentación, y la reticencia del narrador queda explícita en el mismo texto: «Habló en tono un tanto irónico Alberto Solís».

El capítulo XXI es también referencial, aunque la acción no se detiene durante la conversación de los dos intelectuales, pero el tiempo se enlentece. Así, de modo indirecto, por el discurso testimonial y valorativo de Solís, tenemos la referencia de la mayor hazaña guerrera de Demetrio Macías y sus hombres en la toma de Zacatecas. El personaje pretextual Solís, aeda de la figura del héroe y de la desilusión del autor, muere neciamente, al margen del combate, al margen de la línea argumental de la aventura del héroe. Los dos intelectuales, guarecidos del fragor de la lucha, simbolizan la picaresca antiheroica.

La Segunda Parte de la obra coincide con *la apoteosis*, y el enunciado narrativo parece celebrarla triunfalmente con «el champaña que ebulle en burbujas...» de la primera proposición. Es el triunfo, la victoria, el relato inflacionista de las acciones de guerra; la fiesta, el alboroto, la tentación de la mujer, los excesos de los vencedores: el saqueo, la borrachera, la pendencia gratuita, el desenfreno, las arbitrariedades sin causa... El héroe participa en todo, pero no llega al exceso, no se desmanda, mantiene una cierta serenidad que lo preserva por encima de sus hombres.

*La gracia última*, o momento culminante de la etapa de iniciación e incorporación al mundo exterior, es, simbólicamente, el ascenso a general que se le concede. El águila, insignia del grado de general, es figura emblemática del escudo nacional mexicano, en que un águila está a punto de devorar una serpiente. Y simboliza —allí, en el escudo, y aquí, en el texto y en la biografía del héroe— ese anhelo de redención de la raza.

Al lado de la figura incontaminada —a pesar de que acepta infantilmente el

halago— e ingenua del héroe, Luis Cervantes, secretario y exegeta del proceso revolucionario, no olvida el provecho propio y va agenciándose un sustancioso botín.

La etapa tercera de la aventura del héroe, la del regreso, el retorno al mundo de que partió, la inicia Demetrio en plena gloria, rodeado de su Estado Mayor. La partida se encamina hacia un acto simbólico: la violación y registro de la casa del cacique, su incendio, luego. La acción es el contrapunto de la quema del hogar de Demetrio, la señal profana —e inconsciente— de la iniciación de un tiempo nuevo. El héroe ha salido al mundo, empujado por la injusticia, ha sufrido duras pruebas, ha alcanzado poder y reconocimiento, ha de talionar un débito: realizar el acto de injusticia paralelo al que lo lanzó al mundo. Y de nuevo, una nota más sobre su código personal de valores que es síntoma de su proceder «misterioso»: no consiente que se saquee la casa sambenitada: «Nadie comprendió el extraño proceder del general».

El héroe ha accedido a una situación de triunfo; su causa ha vencido a la injusticia gobiernista. Pero la victoria no parece llevarle a ninguna parte o, al menos, no «al mundo de la patria verdadera de las cosas». El primer signo de alerta<sup>[48]</sup>, la primera llamada al abandono, proviene del «iniciador», del consejero áulico, que devuelve la pregunta con que por primera vez lo interrogó Demetrio: «¿Qué causa defenderíamos ahora?» (pág. 166), «¿Pos cuál causa defendemos nosotros?» (pág. 93), había sido el interrogante del héroe no iniciado. Ahora el consejero duda, no entiende *a qué se quedarían ya*; ya no tiene la seguridad de las consignas revolucionarias, que eran el motivo que inflamaba su oratoria. Demetrio no sabe hablar, no puede corresponderle con un largo parlamento, pero es ya el héroe iniciado, en plena madurez, sólo sabe, *siente, que no es cosa de hombres abandonar la partida*.

En los capítulos VII, VIII, IX, X, XI y XII de esta Segunda Parte, se introducen, paulatinamente, los signos de la descomposición de la convivencia del grupo y de la degradación de la misma lucha: la única batalla que les ordenan librar resulta ser una fácil matanza de insulsos fanáticos<sup>[49]</sup>. En estos capítulos, la joven campesina que cuidó al héroe herido, es traída con engaño al batallón de Demetrio. Tras la violación, la joven va «cobrando voluntá» al general y asistimos al inicio de un idilio rudimentario. Pero vamos ya en el camino de la degradación y nada dura: la mujer-tentación, encarnada en la soldadera La Pintada, en un rapto de celos, asesinará a la mujer-ilusión del héroe. Con el crimen, la soldadera es separada del grupo. Se cierra, así, el mitema de la mujer-aventura.

Los indicios han ido produciéndose en el enunciado descriptivo: «la tristeza gris de las calles», «el silencio de terror de los moradores», la tristeza incalificable de Demetrio y la concomitante de Camila, la murria de los más allegados, el presentimiento expreso del héroe: «a mí me va a suceder algo»..., y van configurando un cuadro de corrupción paulatina, un descrédito del ideal, que aparece sin sentido y vacío de contenido.

Derrotado el usurpador Huerta, la lucha continúa; ahora, entre las mismas facciones revolucionarias contendientes. En el último párrafo de la Segunda Parte,

nos consta la cesación del héroe a pelear ya por los ideales en los que se ha identificado. El héroe *cede su identidad* y se precipita a la derrota.

La Tercera Parte, brevísima, es el epílogo resignado del héroe, el camino de regreso a ninguna parte. Las contradicciones geográficas, la confusión de las consignas de los superiores, el abandono del instructor (que no tiene ya de qué instruir) que se ha puesto a salvo en el extranjero, hambre, sed y hosquedad por los pueblos que atraviesan, los comentarios sediciosos de la tropa, la noticia de la derrota del guerrero mítico Villa, son síntomas del desahucio:

Pero a Demetrio se le contrajo la frente como si algo muy negro hubiera pasado por sus ojos (pág. 197).

Los signos son cada vez más claros. El camino de regreso es vertiginoso, aunque tiene las notas de contrapunto con los hitos del de iniciación. El héroe llora, escuchando el canto del poeta loco Valderrama, que se ha unido a la tropa. Nuevas señales de hosquedad y enemistad del pueblo, de las colectividades que atraviesan, hacia los revolucionarios, contrastan con la actitud de bienvenida de antaño.

Al héroe, su filiación política, lo lleva a la derrota, y, estrategia intuitivo, lo sabe. No obstante, conserva esa grandeza cimera. Con la parquedad de expresión que le es característica, sabe dar una vez más (páginas 203-204) lección de disciplina, de resistencia y de valor a sus tropas resabiadas.

La partida llega, en el capítulo v de la Tercera Parte, a Juchipila, al lugar de donde partió el núcleo primero. Las frases de la tropa, en el enunciado de acción, son apreciativas del contraste ambiental de las dos etapas: «Ahora, ya no nos quieren», «vivas y hasta cohetes nos echaban antes», «vamos ya de “rota batida”...».

En el capítulo VI de esta última parte, el círculo se va cerrando cada vez más. El héroe reencuentra a la esposa y al hijo. Demetrio se asombra del envejecimiento de la mujer en menos de dos años. Este avejentamiento de la figura de ella es el reflejo de la propia vejez prematura y del cansancio moral del hombre. Sin embargo, hay un estremecimiento, un vuelco en el corazón del héroe: al reparar en la reproducción en el hijo de las mismas líneas de acero de su rostro y el brillo flamante de sus ojos. El ciclo está a punto de cerrarse, pero esa vida del hijo, físicamente reproducción fiel, apenas comienza.

En posesión de los dos mundos, el destino no le dejará elegir. Ha adquirido conocimiento, experiencia, poder; ha participado en el mundo exterior, podría retirarse a la vida campesina, pero sin explicaciones, sin una dialéctica psicológica, *sabe* que no. Y este saber no lo ha adquirido; es una matriz genesiaca, que viene de antes, que viene de lejos.

Por tercera vez, ahora de boca de *un otro* que es casi *él mismo*, su propia mujer, se formula la pregunta nuclear: «¿Por qué pelean...?». La respuesta es: la inercia de las acciones humanas, de las reacciones en cadena: «Mira esa piedra como ya no se para...»<sup>[50]</sup>.

El círculo se cierra con una emboscada en la misma sierra, en el mismo terreno donde el héroe obtuvo su primera victoria. Queda solo. Mueren a su lado sus más fieles soldados. Apunta y no yerra un tiro. Muere matando. El héroe ha regresado, a la muerte que lo identificará. Una roca, enorme y suntuosa, como pórtico de vieja catedral, entroniza a Demetrio Macías en la galería de los héroes míticos. *Sigue*, porque es un pasado siempre futuro y siempre dispuesto a ser presente<sup>[51]</sup>.

### *Visión del mundo*

Lo que hemos visto hasta ahora es el segmento biográfico del héroe que actualiza, sin rigideces, con algunas modificaciones, el esquema de la estructura mítica y sus etapas. Pero lo que da esa acentuada significación a la novela, de que hablábamos al principio de este análisis, es que la aventura del héroe es interpretada (en el sentido de vivida realmente) conjuntamente por la colectividad; es un suceso paralelo y contemporáneo que vive la nación (por algo la versión de *El Paso* se subtitula: «Cuadros y escenas de la Revolución actual»). «Los segmentos biográficos del héroe y del movimiento revolucionario crecen en la obra en tensión y convergen»<sup>[52]</sup>. Convergen y se abrazan, como las nubes de humo y polvo que ve Solías ascender, después de la toma de Zacatecas, y que se borran en la nada. De ese abrazo, entre el héroe y el proceso revolucionario, podemos abstraer la visión del mundo del autor, su interpretación del acontecer político revolucionario.

*Los de abajo* no es representativa de toda la Revolución Mexicana; lo es de un aspecto parcial de la misma y de una etapa cronológica precisa, de 1913 a 1915. Asistimos al levantamiento de un grupo de modestos campesinos, algunos infractores, otros gente pobre del pueblo, a quienes persigue la justicia gobiernista, y se ven en la precisión de esconderse en las escarpaduras del terreno que tan bien conocen. Ese descontento local del grupo coincide con descontentos similares de otros grupos alzados en distintos lugares de la nación. A los desheredados se les hace patente el «orden» opresor e injusto que sufren, y les llena de satisfacción las bajas que en la guerrilla causan a las tropas que *mantienen* ese orden.

Ahora bien, este sentimiento de descontento e injusticia *se inserta* en el proceso revolucionario nacional. La causa de los proscritos, víctimas y delincuentes, que forman las filas de Demetrio Macías, se transformará en una toma de conciencia más amplia cuando una vaga ideología la llene de sentido y adquiera su legalización en el nuevo orden, su estatus revolucionario. Dos son los momentos de esta inserción: el primer momento, el del diálogo del intelectual seudorrevolucionario con el revolucionario intuitivo: «¿Pos cuál causa peleamos nosotros?».

La causa, un tanto dudosa, de Cervantes proporciona consignas ideológicas al héroe y al grupo.

El segundo momento es el de la inserción oficial: la integración de la partida de Macías en el Ejército villista, el reconocimiento del grado de coronel a Demetrio.

Después de la victoria, y presintiéndose un caos de luchas personalistas por el poder conquistado, el consejero áulico duda y devuelve al protagonista, la pregunta por pasiva: «¿Qué causa defenderíamos ahora...?». En efecto, Villa es derrotado, y el asesor de Demetrio se autoexilia con el botín, pero el revolucionario intuitivo se ha iniciado en la lucha y no desertará. Siente que no es cosa de hombres. El código personal de valores del héroe no se desvela, pero los lectores sabemos, también, que su conducta es ejemplar: no responde a principios, sí a intuiciones. Del mismo modo que sus razones no están claras, su porvenir es enigmático; se sitúa en el nivel de los seres superiores; esa inaccesibilidad a la interpretación de sus razones —querida así, inaccesible, por el autor, no hay que olvidarlo— es la que lo hace inmarcesible. Atraviesa, de retirada, el camino de la degradación, pero su ser no se contamina.

Son «los de abajo», es decir, las gentes del pueblo, los que hacen la Revolución y los que menos hablan de ella. En la obra, la dialéctica revolucionaria corre a cargo de los personajes semiintelectuales, Luis Cervantes, Alberto Solís y el loco Valderrama. Son, sin duda, estos personajes de «enmedio» los que proyectan en sus palabras la concepción de Azuela de la Revolución.

Solís, el hombre que fue a la Revolución con fe y entusiasmo, los ha perdido ya en el proceso de la enunciación en que lo encontramos. Ahora bien, su decepción proviene de los hombres, de lo que él llama «raza irredenta», «pueblo sin ideales, pueblo de tiranos»... Como si Azuela nos dijese que el fracaso está en el hombre, no en el proyecto.

La opinión del loco Valderrama, por loco y por poeta, nos remite a una admiración irracional, es el amor a la fuerza cósmica de la revolución, a lo que tiene de volcán, o de huracán, incluso —creemos— a la palabra misma, que con su sonoridad de trueno, es un estampido fónico.

La interpretación de Luis Cervantes, por ser la menos idealista, y a pesar de ser la más subjetiva, la más *interesada*, o, precisamente, por serlo, es para nosotros la versión más objetiva.

La situación del gobierno federal de Huerta es insostenible, por ser una involución, un regreso al porfirismo, que ya el pueblo no consentirá. Cuando él, Cervantes, trama unirse a los revolucionarios, cuenta que de su lado está la victoria. Nunca duda de que Demetrio tendrá acceso al poder, que obtendrá su ascenso militar. En la Segunda Parte, los desmanes, la crueldad y la violencia sin causa de la tropa, parecen indicar *la incapacidad del pueblo para retener o administrar el poder emergente de la lucha*. Se produce, a la vez, el fraccionamiento en la cumbre, la ruptura entre los grandes jefes revolucionarios; es *el desvío de la causa nacional hacia el caudillismo*. Demetrio otorga su «voto ciego» a la facción villista. Ello implica la continuación de la lucha, durante un tiempo imprevisible y con un resultado problemático. Cervantes se auto-exilia.

Nuestra «lectura» del proceso revolucionario ha de seguir sola en adelante, deducir de la acción y de lo que ya sabemos de los hombres que la interpretan su

sentido. Demetrio ha dado y mantiene su voto fatalista a «la causa de Villa». El héroe ha encontrado su identidad en la lucha y esa identidad de líder revolucionario le ha sido revalidada por un general villista. Renunciar a esa fidelidad, sería renunciar a su filiación, renunciar a ser hombre.

En la Tercera Parte, el ritmo narrativo fluye rápido, se precipita. La confusión de movimientos, los desplazamientos sin sentido, las idas y venidas sin objetivo, configuran ese vértigo final que cierra, de manera rotativa, el libro. La anécdota ha sido un movimiento circular, de rotación. Como tal, infiere la repetición, la vuelta cíclica. Claro es que la evaluación en la obra, *en esta vuelta*, que nos ha relatado Azuela, es pesimista, es un fracaso.

No obstante, la figura del héroe ha crecido en la prueba. Si las reflexiones de Solís sobre la raza son sombrías, no cabe duda de que el tipo de esa raza, Demetrio Macías, es de un temple ejemplar: una rara dignidad, una innata ecuanimidad, dotes de mando, valor, lealtad al superior, solidaridad insobornable hacia los suyos. Ese hijo, que es su fiel reproducción, y la concepción cíclica de la existencia, conforman una esperanza en el porvenir: cuando el héroe reencarnado, en posesión de los dos mundos, pueda hacer coincidir la necesidad con la libertad.

## Estilo y lenguaje

El estilo de *Los de abajo* es el de la técnica realista, predominando el discurso narrativo o enunciado de acción. Es una obra de acción y movimiento; la palabra-acción nos da la representación directa del acontecer. El procedimiento elíptico en el diálogo —utilizando el medio diálogo—, la elusión de los procesos psicológicos, la falta de ilación cronológica o lógica de las secuencias, dan dinamismo a la acción, igual que el hecho de que los enunciados sean preferentemente de partida, de llegada, de marcha, de tránsito, es decir, de movimiento, con muy breves acampadas.

El discurso descriptivo, o el enunciado referencial, suele ser descriptivo de la naturaleza:

Cuando escaló la cumbre, el sol bañaba la altiplanicie en un lago de oro. Hacia ta barranca se veían rocas enormes rebanadas; prominencias erizadas como fantásticas cabezas africanas; los pitahayos como dedos anquilosados de coloso; árboles tendidos hacia el fondo del abismo... (pág. 80).

O valorativo de los hombres, a veces conjugada la apreciación en los términos mismos de la descripción simbiótica:

De lo alto del cerro se veía un costado de la Bufa, con su crestón, como testa empenachada de altivo rey azteca. La vertiente, de seiscientos metros, estaba cubierta de muertos, con los cabellos enmarañados, manchadas las ropas de tierra y de sangre, y en aquel hacinamiento de cadáveres calientes, mujeres haraposas iban y venían como famélicos coyotes esculcando y despojando (pág. 143).

Pero, como novelista iniciado en el XIX, Azuela, todavía introduce en la narración su propio comentario, en un discurso del narrador, por el que se hace presente y opina el propio sujeto de la enunciación, causando una intrusión —desviando o alejando momentáneamente— en la referencia primera del enunciado, por ejemplo:

¡Más he aquí que hoy, al llegar apenas con sus correligionarios, en vez de recibirle con los brazos abiertos, lo encapillan en una zahúrda! (pág. 97).

O:

Como no todo el mundo congenia y a veces el alcohol es mal consejero, naturalmente hubo sus diferencias... (pág. 135).

Se dan, pues, tres niveles de discurso, el meramente narrativo, el referencial y el autorreferencial.

A pesar de esta limitación estilística, que supone —para nuestro gusto— la intrusión del autor en la narración, y que remite —o descubre— el proceso de la enunciación, los pecados son muy leves —por breves— y no llegan a resultar enfadosos. En compensación, en la obra encontramos ya anuncio de técnicas y estilos vanguardistas, como son ciertos retazos de descripciones de técnica cubista:

El torbellino de polvo, prolongado a buen trecho a lo largo de la carretera, rompióse bruscamente en masas difusas y violentas, y se destacaban pechos hinchados, crines revueltas, narices trémulas, ojos ovoides, patas abiertas y como encogidas al impulso de la carrera, (págs. 171-172).

Asimismo, pueden apreciarse algunos elementos de la técnica de lo grotesco (que servía en ese mismo momento a Valle-Inclán para expresar su desilusión y su crítica). El más frecuente es el procedimiento de animalización de los personajes: «como hormiga arriera ascendió la crestería», «la Pintada se volvió un alacrán», «se miraron cara a cara como dos perros desconocidos que se olfatean con desconfianza», «el guerrero invicto ejerce a distancia ya su gran fascinación de boa»... etc.

La muerte del personaje Solís, intelectual que ha estado picarescamente guarecido en el fragor de la batalla, se describe casi esperpénticamente, desposeyéndola de todo sentido dramático, casi deshumanizándola, al modo igualmente de la técnica grotesca:

Sintió un golpecito seco en el vientre, y como si las piernas se le hubiesen vuelto de trapo, resbaló de la piedra. Luego le zumbaron los oídos... Después, oscuridad y silencio eternos... (pág. 144).

En cuanto al lenguaje, podríamos decir del habla de *Los de abajo*, como de la esperpéntica, que es un habla «chapuzada en pueblo».

La novela de Azuela introduce en la narrativa, además de la ambigüedad en el código de valores, y de la novedad del tema, el habla del pueblo mexicano. Es una auténtica revolución en la novela, porque da carta de naturaleza a las expresiones del habla popular. Los personajes hablan según a la clase a la que pertenecen: el pueblo de abajo, el habla llana del campesino; los «curros», un idioma castellano indiferenciado. Y aún dentro del habla popular, en la obra hay matizaciones distintas. Los vecinos de la comunidad serrana donde acampa la guerrilla de Demetrio, «hablan peor» que los mismos revolucionarios. Sus expresiones son más arcaicas y deformes. Los distintos niveles del habla dan un particularismo caracterizador a cada uno de los grupos sociales que interpretan la anécdota en la obra.

## Esta edición

Para preparar esta edición de *Los de abajo* hemos tenido en cuenta el texto de la edición de *Obras Completas*, de Azuela, del Fondo de Cultura Económica, que incluye la novela en el primer volumen, publicado en 1958. Es, obviamente, la versión definitiva de la obra, según las últimas revisiones del autor.

En el Prólogo a estas *Obras Completas* se dice que se han respetado las variantes —no siempre prolijas— que el autor introdujo al reeditar sus obras. Mi propósito era el de cotejar la primera edición de *Los de abajo* con la del Fondo, y recoger las variantes al pie de página con las notas correspondientes. Las pesquisas para dar físicamente con esta primera edición, la de El Paso, fueron largas. Consultado el doctor Monterde (a través de los buenos oficios de Mariana Frenk), sobre la posible localización del libro, nos envió al profesor Englekirk, de California, como afortunado poseedor de un ejemplar. Mientras aguardábamos noticias de corresponsales en México y de Englekirk, hemos compulsado las ediciones de Biblos, 1927 (la primera española), y la de Aguilar, en el tomo I de *La Novela de la Revolución Mexicana*. Las variantes en la edición de Biblos no reflejan más que una discretísima intervención de Azuela, a lo largo de los veintitantos años que separan esta edición de la del Fondo. Las variantes que hemos apreciado en la de Aguilar, más que de autor, parecen ligeras intervenciones de un corrector profesional (seguramente el de la editorial). El profesor Englekirk nos informó amablemente de la aparición reciente de un libro, *Azuela and the Mexican Underdogs* (1979), de Stanley L. Robe, que incluía por primera vez la versión de *Los de abajo* tal y como se publicó en las columnas del periódico *El Paso del Norte*.

En efecto, en el libro del profesor Robe hemos podido leer la primera versión de *Los de abajo*, publicada en folletín, desde el 27 de octubre de 1915 al 21 de noviembre del mismo año, en 23 entregas. Un juego de ejemplares del periódico se encuentra en la Biblioteca de México de la capital mexicana, y el texto de Robe es la fotocopia de las columnas del periódico, exceptuadas las entregas 14 y 15, que no existen, y que el profesor Robe ha sustituido por las secciones correspondientes de la edición en rústica del libro que se publicó en la misma imprenta de «El Paso del Norte», 1916.

Cotejadas las dos versiones, el número y el volumen de las variantes resulta ser tal que hube de desistir de mi primer propósito de recogerlas íntegramente. Hubiera construido un contexto desproporcionado en que las notas de vocabulario y aclaraciones históricas, geográficas y lingüísticas, correlativas a las de variantes, naufragarían en un fárrago de numeraciones, citas y enunciados, más voluminoso que el texto. He optado por dar una muestra comparativa del estado de la primera y la última ediciones en el Apéndice final. La elección del primer capítulo no es casual: junto con el último son los menos castigados por la revisión posterior de Azuela, y, sin embargo —a pesar de ser de los más resistentes al cambio—, es bastante

demostrativo de las sustituciones, los cambios léxicos y el desglose de secuencias que se observa a lo largo del texto en el cotejo de las dos versiones.

Puede decirse que este capítulo I es la muestra de las correcciones menores que efectuó Azuela. ¿En qué consisten las mayores intervenciones? Se amplían escenas, se desarrollan episodios, se matizan expresiones coloquiales, se caracterizan fuertemente algunos personajes y hasta se introduce uno nuevo: el Valderrama de la Tercera Parte, no existe en la versión de El Paso. La más extensa interpolación en la segunda versión de *Los de abajo* se produce en esta Tercera Parte. A partir del capítulo I, de esta parte, después de la lectura de la carta de Luis Cervantes, pág. 194, y del interrogante, siete líneas más abajo: «¿Pos no acabamos ya con la Federación?», se introduce un nuevo material que amplía el citado capítulo I, se prolonga en el II y el III, y viene a coincidir con la edición de El Paso en «Asomó Juchipila...», frase inicial del IV. En estos dos capítulos y medio, el personaje Valderrama y los secundarios «auxiliares», los desertores villistas, entran en escena, ampliando la perspectiva política —de la que carecía Azuela en una redacción «sobre la marcha»— e intensificando —por boca de Valderrama— la nota compleja de la decepción y fascinación que ejerce la Revolución. A la vez, la repercusión de la noticia de la derrota de Villa, en Demetrio y sus hombres, transmite coherentemente el sentimiento agudizado de fracaso y la pérdida de moral que culminarán en la escena final. Estructural y semánticamente, la extensa ampliación textual se justifica.

El personaje Cervantes es quizá el más afectado por la segunda versión. Su personalidad queda más definida y completa. El capítulo VI de la Primera Parte es completamente nuevo. Ese soliloquio del personaje nos da sus antecedentes y su evolución psicológica; con este monólogo ya sabemos con quién hemos de habérmolas. Posteriormente, en la pág. 178, las 20 líneas de la transacción frustrada entre Cervantes y la Codorniz, que faltan en la edición de El Paso, remiten recurrentemente al carácter de «aprovechado» que Azuela concibió como propio del *curro*.

Como ejemplo de ampliación de escenas, podemos citar la luctuosa del asesinato de Camila. A la frase; «Un grito estridente y un cuerpo que se desploma arrojando sangre a borbotones», en la edición de El Paso, sigue: «Nadie se atrevió a detenerla». «Se alejó muda y sombría... etc.», así hasta el final. Se ha interpolado, por tanto, en la nueva versión, el enfrentamiento verbal y tenso de Demetrio y la soldadera encelada (las diez líneas de la versión del Fondo, página 183).

Cada palabra y cada frase han sido reconsideradas, y de las últimas, pocas se libran de un cambio léxico o sintáctico. «All chapters reveal a careful and thoughtful rewriting», dice Stanley L. Robe. El profesor Robe, que ha realizado una minuciosa y perspicaz labor de rastreo de los orígenes y el entorno de *Los de abajo*, ha compulsado la extensión física de las dos versiones: la de El Paso tiene 27.600 palabras, la definitiva, 33.000. «The combination of major and minor emendations is of such a magnitude —concluye el profesor Robe— that to all intents and purposes

Azuela has prepared a text that is practically new».

Ahora bien, lo que se deduce de todo este proceso, que podríamos llamar el segundo «descubrimiento» de *Los de abajo*, es que la obra que alcanzó renombre universal y que ocupa en la novelística mexicana contemporánea el lugar preeminente de «novela póstica» de la Revolución, o la novela más representativa de la esencia de la Revolución, es el texto que comentaristas, críticos, estudiosos y traductores han utilizado: la segunda versión de *Los de abajo*, que Azuela publicó en 1920, en la Imprenta Razaster, de México, y de la cual las sucesivas ediciones, hasta llegar a la definitiva del Fondo, son reediciones someramente corregidas. El texto que publica el profesor Robe (y que desde el 72 está en la biblioteca México) es de gran valor para un estudio estilístico o de idiolecto de obra, ya que proporciona el estado inicial de la misma, que a la manera de un borrador ha sido castigado, reconsiderado y desarrollado en una versión definitiva. Hay que añadir que, a pesar de la abrumadora amplitud de las variantes, no afectan al sentido de la obra ni a la anécdota y su desarrollo; matizan las conversaciones y perfilan más acusadamente la idiosincrasia de algunos personajes. La trama refleja el movimiento espontáneo e irrazonado de la Revolución y un entorno político y social inmediato a los hechos<sup>[53]</sup>. En la perspectiva posterior de la revisión del autor no se modifica su significado profundo a través del curso del acontecer novelesco, fiel siempre a una realidad que se produce como improvisada a cada instante.

Las notas a pie de página son aclaratorias de mexicanismos, de vocabulario de difícil acceso al lector no mexicano y explicatorias de algunas expresiones lingüísticas frecuentes en el habla mexicana. Con estas notas van, asimismo, las de los nombres propios y las de acontecimientos históricos aludidos en la trama, que he creído pueden ampliar la visión sociopolítica de la lectura.

Para el vocabulario he consultado y me he servido, en primer lugar, de la muy valiosa aportación del profesor Castro Leal, en su edición de Aguilar de *La Novela de la Revolución Mexicana*; asimismo, utilicé los vocabularios de americanismos de Augusto Malaret y de Francisco Javier Santamaría. Algunos términos los conozco por experiencia directa de mi estancia en México y de la lectura asidua de textos literarios mexicanos y los defino según los entiendo. También el Epistolario de Azuela me aclaró alguna terminología. Por último, para completar mi información, he acudido a los buenos oficios del escritor José Fuentes Mares, que en la Embajada de México en Madrid tuvo la amabilidad de aclarar las dudas más reacias.

# Bibliografía

## OBRAS DE INTERÉS GENERAL SOBRE LA NOVELA MEXICANA CONTEMPORÁNEA

- ALEGRÍA, Fernando, *Breve historia de la novela hispanoamericana*, México, Ediciones de Andrea, 1965.
- AUB, Max, *Guía de narradores mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.
- BRUSHWOOD, John S., *México en su novela*, México, Fondo de Cultura Económica, *pássim*, 1973.
- DESSAU, Adalbert, *La novela de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- DÍEZ CANEDO, E., *Letras de América*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- GONZÁLEZ, Manuel Pedro, *Trayectoria de la novela en México*, México, Botas, 1951.
- LANGKORD, Walter M., *La novela mexicana*, México, Diana, 1975.
- MARTÍNEZ, José Luis, *Literatura Mexicana, Siglo XX*, México, Antigua Librería Robredo, tomo I, 1950.
- «La Literatura», capítulo LX1, de *México: cincuenta años de Revolución* (varios autores), México, Fondo de Cultura Económica. 1962.
- MOORE, Ernest Richard, *Studies in the Mexican novel*, Nueva York, Cornell University, Itaca, 1940.
- MORTON, F, Rand, *Los novelistas de la Revolución Mexicana*, México, Editorial Cultura, 1949.
- OCAMPO DE GÓMEZ, Aurora, y Prado Velázquez, Ernesto, *Diccionario de escritores mexicanos*, México, U.N.A.M., 1967.
- OCAMPO, Aurora M., *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, México, U.N.A.M., antología crítica, 1980.
- PORTAL, Marta, *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, Madrid, Ediciones de

Cultura Hispánica, 1977. Nueva edición: Madrid, Espasa Calpe, Selecciones Austral, 1980.

SOMMERS, Joseph, Yáñez, Rulfo, *Fuentes: la novela mexicana moderna*, Caracas, Monte Avila, 1968.

TORRES RIOSECO, Arturo, *Novelistas contemporáneos de América*, Santiago de Chile, 1939, págs. 11-14.

— *La gran literatura iberoamericana*, Buenos Aires, EMECE, 1951.

VALBUENA BRIONES, Ángel, *Literatura hispanoamericana*, Barcelona, Gustavo Gili, capítulo XXI, 1967.

VALADÉS, Edmundo, y Leal, Luis, *La Revolución v las letras*, México, INBA, 1960.

#### OBRAS Y RESEÑAS CRÍTICAS SOBRE AZUELA Y LOS DE ABAJO

ÁLVAREZ, Carlos, «Mariano Azuela: versión teatral de *Los de abajo*», en *Papeles de Son Annadans*, núm. 247 (octubre, 1976).

AZUELA, Mariano, *Obras Completas*, Prólogo de Francisco Monterde (págs. VI-XXI), México, Fondo de Cultura Económica, tomos I y II, 1958, tomo III, 1960.

— *Páginas autobiográficas*. Prólogo de Francisco Monterde, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

— *Epistolario y Archivo*, Recopilación y notas de Beatrice Berler, México, U.N.A.M., 1969.

BEALS, Carleton, Prólogo a la traducción al inglés de *Los de abajo: The Underdogs*, Nueva York, Brentano, 1929.

BRYCE ECHENIQUE, Alfredo, «La historia novelada...», *El Sol de México en la Cultura*, núm. 91 (27 de junio, 1976).

CARACCILO FREIJO, «¿El suicidio de Demetrio?», en «Hojas de crítica» de *Revista Universidad de México*, núm. 7 (3 de marzo, 1959).

CARBALLO, Enmanuel, «La novela mexicana antes y después de la Revolución», en «La Cultura en México», *Siempre*, número 100 (15 de enero, 1964), págs. II-IV.

- CASTRO LEAL, Antonio, Introducción General y Prólogo a la obra de Azuela, en tomo 1 de *La novela de la Revolución Mexicana*, México, Aguilar, 1960.
- CHUMACERO, Alí, «El centenario de Mariano Azuela», en «Revista Cultural» de *El Universal* (15 de julio, 1973), pág. 4.
- DÍAZ-PLAJA, Guillermo, «Presencias americanas... V, 1921: Mariano Azuela», *La Estafeta Literaria*, núm. 544 (15 de julio, 1974).
- DIDIER, Jean, «Realidad ideal y realidad antagónica en *Los de abajo*», *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto, 1972).
- DISSELHOFF, Hans Dietrich, Prólogo a la traducción al alemán de *Los de abajo: Die Kotte*, Berlín, 1930.
- EDREIKA, Orlando, «Una cala en la técnica de Mariano Azuela», *Cuadernos Americanos*, núm. 5 (septiembre-octubre, 1971).
- ENGLEKIRK, John E., *El «Descubrimiento» de Los de abajo*, México, Imprenta Universitaria, 1935.
- EYZAGUIRRE, Luis, *El héroe en la novela hispanoamericana del siglo xx*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1973.
- FERNÁNDEZ, Sergio, *Retratos del fuego y la ceniza*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.
- GALLEGOS, Abrán, «El lenguaje popular en las novelas de Mariano Azuela», tesis. México, Escuela de Verano de la U.N.A.M., 1950.
- HASHIMOTO, Renato, *La trayectoria literaria de Mariano Azuela*, tesis, México, Escuela de Verano de la U.N.A.M., 1953.
- HKRST, Gerhard, R., *Mexican society as seen by Mariano Azuela*, Nueva York, Abra, 1977.
- KERCHEVILLE, F. M., «El liberalismo de Azuela», *Revista Iberoamericana*, vol. 3, núm. 6 (6 de mayo, 1941).
- KUTEISCHIKOVA, Vera N., «Un punto de vista soviético...», en «Diorama de la Cultura», *Excelsior* (31 de enero, 1971).
- LARBAUD, Valery, Prólogo a la traducción francesa de *Los de abajo: Ceux d'en bas*, París, 1939.
- LEAL, Luis, *Mariano Azuela, vida obra*, México, Ediciones de Andrea, 1961.
- «Mariano Azuela, novelista médico», *Revista Hispánica Moderna*, año XXVIII, núms. 2-4 (abril-octubre, 1962), páginas 295-303.

- LUIS, Carlos R., «*Los de abajo*, narración crítica», *Filología*, XV, 1971, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, páginas 125-133.
- MENTON, Seymour, «La estructura épica de *Los de abajo* y un prólogo especulativo», *Hispania*, vol. L, núm. 4 (diciembre, 1967), págs. 1001-11.
- MOJARRO, Tomás, «Conciencia moral de un cataclismo», *El sol de México en la Cultura*, núm. 75 (7 de marzo, 1976).
- MONSIVÁIS, Carlos, «En el centenario de Mariano Azuela», en «La Cultura en México», *Siempre*, núm. 586 (2 de mayo, 1973).
- MONTERDE, Francisco, «La etapa de hermetismo en la obra del doctor Mariano Azuela», *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio, 1952), págs. 286-88.  
— *Mariano Azuela y la crítica mexicana*, México, SEP (Sep/Setentas), 1973.
- MONTERDE, Francisco, y Mauricio Magdaleno, *Mariano Azuela en su centenario*, México, Ediciones del Seminario de Cultura Mexicana, 1974.
- MOORE, Ernest R., «Novelists of the Mexican Revolution. Mariano Azuela», en *Mexican Life*, vol. CVI, núm. 8 (agosto, 1940), págs. 21-24, 52-61.
- OCAMPO, Aurora, «Paralelo entre *Los de abajo* y *El águila y la serpiente*», *Letras Nuevas*, núm. 1 (noviembre-diciembre, 1957), págs. 20-24.
- ORTIZ MONASTERIO, Francisco, Prólogo a la traducción checa de *Los de abajo*: *Demetrio Tizdola*, Praga, 1935.
- ROBE, Stanley L., «Dos comentarios de 1915 sobre *Los de abajo*», *Revista Iberoamericana*, núm. 91 (abril-junio, 1975).  
— *Azuela and the Mexican Underdogs*, California, University of California Press, 1979.
- ROBLEDO ESPARZO, Celia Elvira, «Expresión de la realidad mexicana en las letras de Mariano Azuela», *Armas y Letras*, año 5, segunda época, núms. 1-2 (enero-junio, 1962), páginas 25-45.
- SALADO ALVAREZ, Victoriano, «Las obras del doctor Mariano Azuela», *Excelsior*, 4 de febrero, 1925.
- SÁNCHEZ, Porfirio, «La deshumanización del hombre en *Los de abajo*», *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero, 1974).
- VALADÉS, Edmundo, «En el centenario de Mariano Azuela», en «La Cultura en México», *Siempre*, núm. 386 (2 de mayo, 1973).

## *Los de abajo*

# FOLLETIN NUM. 1

DE

## "EL PASO DEL NORTE"

Está asegurada la propiedad de la obra y no podrá reimprimirse sin  
nuestro consentimiento

---

---

Mariano Azuela

# LOS DE ABAJO

CUADROS Y ESCENAS  
DE LA  
REVOLUCION ACTUAL

PRIMERA PARTE

I

Portada de la primera edición (El Paso, 1916)

# PRIMERA PARTE

## I

—Te digo que no es un animal... Oye cómo ladra el *Palomo*... Debe ser algún cristiano...

La mujer fijaba sus pupilas en la oscuridad de la sierra.

—¿Y que fueran siendo federales<sup>[54]</sup>? —repuso un hombre que, en cuclillas, yantaba en un rincón, una cazuela en la diestra y tres tortillas<sup>[55]</sup> en taco en la otra mano.

La mujer no le contestó; sus sentidos estaban puestos fuera de la casuca.

Se oyó un ruido de pesuñas en el pedregal cercano, y el *Palomo* ladró con más rabia.

—Sería bueno que por sí o por no te escondieras, Demetrio.

El hombre, sin alterarse, acabó de comer; se acercó un cántaro y, levantándolo a dos manos, bebió agua a borbotones. Luego se puso en pie.

—Tu rifle está debajo del petate<sup>[56]</sup> —pronunció ella en voz muy baja.

El cuartito se alumbraba por una mecha de sebo. En un rincón descansaban un yugo, un arado, un otate<sup>[57]</sup> y otros aperos de labranza. Del techo pendían cuerdas sosteniendo un viejo molde de adobes, que servía de cama, y sobre mantas y desteñidas hilachas dormía un niño.

Demetrio ciñó la cartuchera a su cintura y levantó el fusil. Alto, robusto, de faz bermeja, sin pelo de barba, vestía camisa y calzón de manta<sup>[58]</sup>, ancho sombrero de soyate<sup>[59]</sup> y guaraches<sup>[60]</sup>.

Salió paso a paso, desapareciendo en la oscuridad impenetrable de la noche.

El *Palomo*, enfurecido, había saltado la cerca del corral. De pronto se oyó un disparo, el perro lanzó un gemido sordo y no ladró más.

Unos hombres a caballo llegaron vociferando y maldiciendo. Dos se apearon y otro quedó cuidando las bestias.

—¡Mujeres..., algo de cenar!... Blanquillos<sup>[61]</sup>, leche, frijoles, lo que tengan, que venimos muertos de hambre.

—¡Maldita sierra! ¡Sólo el diablo no se perdería!

—Se perdería, mi sargento, si viniera de borracho como tú...

Uno llevaba galones en los hombros, el otro cintas rojas en las mangas.

—¿En dónde estamos, vieja<sup>[62]</sup>?... ¡Pero con una!... ¿Esta casa está sola?

—¿Y entonces, esa luz?... ¿Y ese chamaco?... ¡Vieja, queremos cenar, y que sea pronto! ¿Sales o te hacemos salir?

—¡Hombres malvados, me han matado mi perro!... ¿Qué les debía ni qué les comía mi pobrecito *Palomo*?

La mujer entró llevando a rastras el perro, muy blanco y muy gordo, con los ojos claros ya y el cuerpo suelto.

—¡Mira nomás qué chapetes<sup>[63]</sup>, sargento!... Mi alma, no te enojas, yo te juro volverte tu casa un palomar; pero ¡por Dios!...

*No me mires airada...*

*No más enojos...*

*Mírame cariñosa,*

*luz de mis ojos—,*

acabó cantando el oficial con voz aguardentosa.

—Señora, ¿cómo se llama este ranchito<sup>[64]</sup>? —preguntó el sargento.

—Limón —contestó hosca la mujer, ya soplando las brasas del fogón y arrimando leña.

—¿Conque aquí es Limón<sup>[65]</sup>?... ¡La tierra del famoso Demetrio Macías!... ¿Lo oye, mi teniente? Estamos en Limón.

—¿En Limón?... Bueno, para mí... ¡plin!... Ya sabes, sargento, si he de irme al infierno, nunca mejor que ahora..., que voy en buen caballo. ¡Mira nomás qué cachetitos de morena!... ¡Un perón<sup>[66]</sup> para morderlo!...

—Usted ha de conocer al bandido ese, señora... Yo estuve junto con él en la Penitenciaría de Escobedo<sup>[67]</sup>.

—Sargento, tráeme una botella de tequila<sup>[68]</sup>; he decidido pasar la noche en amable compañía con esta morenita... ¿El coronel?... ¿Qué me hablas tú del coronel a estas horas?... ¡Que vaya mucho a...! Y si se enoja, pa mí... ¡plin!... Anda, sargento, dile al cabo que desensille y eche de cenar. Yo aquí me quedo... Oye, chatita, deja a mi sargento que fría los blanquillos y caliente las gordas<sup>[69]</sup>; tú ven acá conmigo. Mira, esta carterita apretada de billetes es sólo para ti. Es mi gusto. ¡Figúrate! Ando un poco borrachito por eso, y por eso también hablo un poco ronco... ¡Cómo que en Guadalajara dejé la mitad de la campanilla y por el camino vengo escupiendo la otra mitad!... ¿Y qué le hace...? Es mi gusto. Sargento, mi botella, mi botella de tequila. Chata, estás muy lejos; arrímate a echar un trago. ¿Cómo que no?... ¿Le tienes miedo a tu... marido... o lo que sea?... Si está metido en algún agujero dile que salga..., pa mí ¡plin!... Te aseguro que las ratas no me estorban.

Una silueta blanca llenó de pronto la boca oscura de la puerta.

—¡Demetrio Macías! —exclamó el sargento despavorido, dando unos pasos atrás.

El teniente se puso de pie y enmudeció, quedóse frío e inmóvil como una estatua.

—¡Mátalos! —exclamó la mujer con la garganta seca.

—¡Ah, dispense, amigo!... Yo no sabía... Pero yo respeto a los valientes de veras.

Demetrio se quedó mirándolos y una sonrisa insolente y despreciativa plegó sus líneas.

—Y no sólo los respeto, sino que también los quiero... Aquí tiene la mano de un amigo... Está bueno, Demetrio Macías, usted me desaira... Es porque no me conoce, es porque me ve en este perro y maldito oficio... ¡Qué quiere, amigo!... ¡Es uno pobre, tiene familia numerosa que mantener! Sargento, vámonos; yo respeto siempre la casa de un valiente, de un hombre de veras.

Luego que desaparecieron, la mujer abrazó estrechamente a Demetrio.

—¡Madre mía de Jalpa<sup>[70]</sup>! ¡Qué susto! ¡Creí que a ti te habían tirado el balazo!

—Vete luego a la casa de mi padre —dijo Demetrio.

Ella quiso detenerlo; suplicó, lloró; pero él, apartándola dulcemente, repuso sombrío:

—Me late que van a venir todos juntos.

—¿Por qué no los mataste?

—¡Seguro que no les tocaba todavía!

Salieron juntos; ella con el niño en los brazos.

Ya a la puerta se apartaron en opuesta dirección.

La luna poblaba de sombras vagas la montaña.

En cada risco y en cada chaparro, Demetrio seguía mirando la silueta dolorida de una mujer con su niño en los brazos.

Cuando después de muchas horas de ascenso volvió los ojos, en el fondo del cañón, cerca del río, se levantaban grandes llamaradas.

Su casa ardía...

## II

Todo era sombra todavía cuando Demetrio Macías comenzó a bajar al fondo del barranco. El angosto talud de una escarpa era vereda, entre el peñascal veteados de enormes resquebrajaduras y la vertiente de centenares de metros, cortada como de un solo tajo.

Descendiendo con agilidad y rapidez, pensaba:

«Seguramente ahora sí van a dar con nuestro rastro los federales, y se nos vienen

encima como perros. La fortuna es que no saben veredas, entradas ni salidas. Sólo que alguno de Moyahua<sup>[71]</sup> anduviera con ellos de guía, porque los de Limón, Santa Rosa<sup>[72]</sup> y demás ranchitos de la sierra son gente segura y nunca nos entregarían... En Moyahua está el cacique que me trae corriendo por los cerros, y éste tendría mucho gusto en verme colgado de un poste del telégrafo y con tamaña<sup>[73]</sup> lengua de fuera...».

Y llegó al fondo del barranco cuando comenzaba a clarear el alba. Se tiró entre las piedras y se quedó dormido.

El río se arrastraba cantando en diminutas cascadas; los pajarillos piaban escondidos en los pitahayos<sup>[74]</sup>, y las chicharras monorrítmicas llenaban de misterio la soledad de la montaña.

Demetrio despertó sobresaltado, vadeó el río y tomó la vertiente opuesta del cañón. Como hormiga arriera ascendió la crestería, crispadas las manos en las peñas y ramazones, crispadas las plantas sobre las guijas de la vereda.

Cuando escaló la cumbre, el sol bañaba la altiplanicie en un lago de oro. Hacia la barranca se veían rocas enormes rebanadas; prominencias erizadas como fantásticas cabezas africanas; los pitahayos como dedos anquilosados de coloso; árboles tendidos hacia el fondo del abismo. Y en la aridez de las peñas y de las ramas secas, albeaban las frescas rosas de San Juan como una blanca ofrenda al astro que comenzaba a deslizar sus hilos de oro de roca en roca.

Demetrio se detuvo en la cumbre; echó su diestra hacia atrás; tiró del cuerno que pendía a su espalda, lo llevó a sus labios gruesos, y por tres veces, inflando los carrillos, sopló en él. Tres silbidos contestaron la señal, más allá de la crestería frontera.

En la lejanía, de entre un cónico hacinamiento de cañas y paja podrida, salieron, unos tras otros, muchos hombres de pechos y piernas desnudos, oscuros y repulidos como viejos bronces.

Vinieron presurosos al encuentro de Demetrio.

—¡Me quemaron mi casa! —respondió a las miradas interrogadoras.

Hubo imprecaciones, amenazas, insolencias.

Demetrio los dejó desahogar; luego sacó de su camisa una botella, bebió un tanto, limpióla con el dorso de su mano y la pasó a su inmediato. La botella, en una vuelta de boca en boca, se quedó vacía. Los hombres se relamieron.

—Si Dios nos da licencia —dijo Demetrio—, mañana o esta misma noche les hemos de mirar la cara otra vez a los federales. ¿Qué dicen, muchachos, los dejamos conocer estas veredas?

Los hombres semidesnudos saltaron dando grandes alaridos de alegría. Y luego redoblaron las injurias, las maldiciones y las amenazas.

—No sabemos cuántos serán ellos —observó Demetrio, escudriñando los semblantes—. Julián Medina<sup>[75]</sup>, en Hostotipaquillo, con media docena de pelados<sup>[76]</sup> y con cuchillos afilados en el metate<sup>[77]</sup>, les hizo frente a todos los cuicos<sup>[78]</sup> y

federales del pueblo, y se los echó<sup>[79]</sup>...

—¿Qué tendrán<sup>[80]</sup> algo los de Medina que a nosotros nos falte? —dijo uno de barba y cejas espesas y muy negras, de mirada dulzona; hombre macizo y robusto.

—Yo sólo les sé decir —agregó— que dejo de llamarme Anastasio Montañés si mañana no soy dueño de un máuser, cartuchera, pantalones y zapatos. ¡De veras!... Mira, Codorniz, ¿voy que no me lo crees? Yo traigo media docena de plomos adentro de mi cuerpo... Ai que diga mi compadre Demetrio si no es cierto... Pero a mí me dan tanto miedo las balas, como una bolita de caramelo. ¿A que no me lo crees?

—¡Que viva Anastasio Montañés! —gritó el Manteca.

—No —repuso aquél—; que viva Demetrio Macías, que es nuestro jefe, y que vivan Dios del cielo y María Santísima.

—¡Viva Demetrio Macías! —gritaron todos.

Encendieron lumbre con zacate<sup>[81]</sup> y leños secos, y sobre los carbones encendidos tendieron trozos de carne fresca. Se rodearon en torno de las llamas, sentados en cuclillas, olfateando con apetito la carne que se retorció y crepitaba en las brasas.

Cerca de ellos estaba, en montón, la piel dorada de una res, sobre la tierra húmeda de sangre. De un cordel, entre dos huizaches<sup>[82]</sup>, pendía la carne hecha cecina, oreándose al sol y al aire.

—Bueno —dijo Demetrio—; ya ven que aparte de mi treinta-treinta<sup>[83]</sup>, no contamos más que con veinte armas. Si son pocos, les damos hasta no dejar uno; si son muchos aunque sea un buen susto les hemos de sacar.

Aflojó el ceñidor de su cintura y desató un nudo, ofreciendo del contenido a sus compañeros.

—¡Sal! —exclamaron con alborozo, tomando cada uno con la punta de los dedos algunos granos.

Comieron con avidez, y cuando quedaron satisfechos, se tiraron de barriga al sol y cantaron canciones monótonas y tristes, lanzando gritos estridentes después de cada estrofa.

### III

Entre las malezas de la sierra durmieron los veinticinco hombres de Demetrio Macías, hasta que la señal del cuerno los hizo despertar. Pancracio la daba de lo alto de un risco de la montaña.

—¡Hora<sup>[84]</sup> sí, muchachos, pónganse changos<sup>[85]</sup>! —dijo Anastasio Montañés, reconociendo los muelles de su rifle.

Pero transcurrió una hora sin que se oyera más que el canto de las cigarras en el herbazal y el croar de las ranas en los baches.

Cuando los albores de la luna se esfumaron en la faja débilmente rosada de la aurora, se destacó la primera silueta de un soldado en el filo más alto de la vereda. Y tras él aparecieron otros, y otros diez, y otros cien; pero todos en breve se perdían en las sombras. Asomaron los fulgores del sol, y hasta entonces pudo verse<sup>[86]</sup> el despeñadero cubierto de gente: hombres diminutos en caballos de miniatura.

—¡Mírenlos qué bonitos! —exclamó Pancracio—. ¡Anden, muchachos, vamos a jugar con ellos!

Aquellas figuritas movedizas, ora<sup>[87]</sup> se perdían en la espesura del chaparral, ora negreaban más abajo sobre el ocre de las peñas.

Distintamente se oían las voces de jefes y soldados.

Demetrio hizo una señal: crujieron los muelles y los resortes de los fusiles.

—¡Hora! —ordenó con voz apagada.

Veintiún hombres dispararon a un tiempo, y otros tantos federales cayeron de sus caballos. Los demás, sorprendidos, permanecían inmóviles, como bajorrelieves de las peñas.

Una nueva descarga, y otros veintiún hombres rodaron de roca en roca, con el cráneo abierto.

—¡Salgan, bandidos!... ¡Muertos de hambre!

—¡Mueran los ladrones nixtamaleros<sup>[88]</sup>!...

—¡Mueran los comevacas<sup>[89]</sup>!...

Los federales gritaban a los enemigos, que, ocultos, quietos y callados, se contentaban con seguir haciendo gala de una puntería que ya los había hecho famosos.

—¡Mira, Pancracio —dijo el Meco, un individuo que sólo en los ojos y en los dientes tenía algo de blanco—; ésta es para el que va a pasar detrás de aquel pitayo! ... ¡Hijo de...! ¡Toma!... ¡En la pura calabaza! ¿Viste?... Hora pal que viene en el caballo tordillo... ¡Abajo, pelón<sup>[90]</sup>!...

—Yo voy a darle una bañada al que va horita por el filo de la vereda... Si no llegas al río, mocho<sup>[91]</sup> infeliz, no quedas lejos... ¿Qué tal?... ¿Lo viste?...

—¡Hombre, Anastasio, no seas malo!... Empréstame tu carabina... ¡Ándale, un tiro nomás!...

El Manteca, la Codorniz y los demás que no tenían armas las solicitaban, pedían como una gracia suprema que les dejaran hacer un tiro siquiera.

—¡Asómense si son tan hombres!

—Saquen la cabeza... ¡hilachos<sup>[92]</sup> piojosos!

De montaña a montaña los gritos se oían tan claros como de una acera a la del

frente.

La Codorniz surgió de improviso, en cueros, con los calzones tendidos en actitud de torear a los federales. Entonces comenzó la lluvia de proyectiles sobre la gente de Demetrio.

—¡Huy! ¡Huy! Parece que me echaron un panal de moscos en la cabeza —dijo Anastasio Montañés, ya tendido entre las rocas y sin atreverse a levantar los ojos.

—¡Codorniz, hijo de un...! ¡Hora adonde les dije! —rugió Demetrio.

Y, arrastrándose, tomaron nuevas posiciones.

Los federales comenzaron a gritar su triunfo y hacían cesar el fuego, cuando una nueva granizada de balas los desconcertó.

—¡Ya llegaron más! —clamaban los soldados.

Y presa de pánico, muchos volvieron grupas resueltamente, otros abandonaron las caballerías y se encaramaron, buscando refugio, entre las peñas. Fue preciso que los jefes hicieran fuego sobre los fugitivos para restablecer el orden.

—A los de abajo... A los de abajo —exclamó Demetrio, tendiendo su treinta-treinta hacia el hilo cristalino del río.

Un federal cayó en las mismas aguas, e indefectiblemente siguieron cayendo uno a uno a cada nuevo disparo. Pero sólo él tiraba hacia el río, y por cada uno de los que mataba, ascendían intactos diez o veinte a la otra vertiente.

—A los de abajo... A los de abajo —siguió gritando encolerizado.

Los compañeros se prestaban ahora sus armas, y haciendo blancos cruzaban sendas apuestas.

—Mi cinturón de cuero si no le pego en la cabeza al del caballo prieto. Préstame tu rifle, Meco...

—Veinte tiros de máuser y media vara de chorizo por que me dejes tumbar al de la potranca mora... Bueno... ¡Ahora!... ¿Viste qué salto dio?... ¡Como venado!...

—¡No corran, mochos!... Vengan a conocer a su padre<sup>[93]</sup> Demetrio Macías...

Ahora de éstos partían las injurias. Gritaba Pancraccio, alargando su cara lampiña, inmutable como piedra, y gritaba el Manteca, contrayendo las cuerdas de su cuello y estirando las líneas de su rostro de ojos torvos de asesino.

Demetrio siguió tirando y advirtiendo del grave peligro a los otros, pero éstos no repararon en su voz desesperada sino hasta que sintieron el chicote<sup>[94]</sup> de las balas por uno de los flancos.

—¡Ya me quemaron!<sup>[95]</sup> —gritó Demetrio, y rechinó los dientes—. ¡Hijos de...!

Y con prontitud se dejó resbalar hacia un barranco.

## IV

Faltaron dos: Serapio el charamusquero<sup>[96]</sup> y Antonio el que tocaba los platillos en la Banda de Juchipila<sup>[97]</sup>.

—A ver si se nos juntan más adelante —dijo Demetrio.

Volvían desazonados. Sólo Anastasio Montañés conservaba la expresión dulzona de sus ojos adormilados y su rostro barbado, y Pancraccio la inmutabilidad repulsiva de su duro perfil de prognato.

Los federales habían regresado, y Demetrio recuperaba todos sus caballos, escondidos en la sierra.

De pronto, la Codorniz, que marchaba adelante, dio un grito: acababa de ver a los compañeros perdidos, pendientes de los brazos de un mezquite<sup>[98]</sup>.

Eran ellos Serapio y Antonio. Los reconocieron, y Anastasio Montañés rezó entre dientes:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

—Amén —rumorearon los demás, con la cabeza inclinada y el sombrero sobre el pecho.

Y apresurados tomaron el cañón de Juchipila, rumbo al norte, sin descansar hasta ya muy entrada la noche.

La Codorniz no se apartaba un instante de Anastasio. Las siluetas de los ahorcados, con el cuello flácido, los brazos pendientes, rígidas las piernas, suavemente mecidos por el viento, no se borraban de su memoria.

Otro día<sup>[99]</sup> Demetrio se quejó mucho de la herida. Ya no pudo montar su caballo. Fue preciso conducirlo desde allí en una camilla improvisada con ramas de robles y haces de yerbas.

—Sigue desangrándose mucho, compadre Demetrio —dijo Anastasio Montañés. Y de un tirón arrancóse una manga de la camisa y la anudó fuertemente al muslo, arriba del balazo.

—Bueno —dijo Venancio—; eso le para la sangre y le quita la dolencia.

Venancio era barbero; en su pueblo sacaba muelas y ponía cáusticos y sanguijuelas. Gozaba de cierto ascendiente porque había leído *El judío errante*<sup>[100]</sup> y *El sol de mayo*<sup>[101]</sup>. Le llamaban *el doctor*<sup>[102]</sup>, y él, muy pagado de su sabiduría, era hombre de pocas palabras.

Turnándose de cuatro en cuatro, condujeron la camilla por mesetas calvas y pedregosas y por cuevas empinadísimas.

Al mediodía, cuando la calina sofocaba y se obnubilaba la vista, con el canto incesante de las cigarras se oía el quejido acompasado y monocorde del herido.

En cada jacalito<sup>[103]</sup> escondido entre las rocas abruptas, se detenían y descansaban.

—¡Gracias a Dios! ¡Un alma compasiva y una gorda copeteada<sup>[104]</sup> de Chile<sup>[105]</sup> y

frijoles<sup>[106]</sup> nunca faltan! —decía Anastasio Montañés eructando.

Y los serranos, después de estrecharles fuertemente las manos encallecidas, exclamaban:

—¡Dios los bendiga! ¡Dios los ayude y los lleve por buen camino!... Ahora van ustedes; mañana correremos también nosotros, huyendo de la leva, perseguidos por estos condenados del gobierno, que nos han declarado guerra a muerte a todos los pobres; que nos roban nuestros puercos, nuestras gallinas y hasta el maicito que tenemos para comer; que queman nuestras casas y se llevan nuestras mujeres, y que, por fin, donde dan con uno, allí lo acaban como si fuera perro del mal<sup>[107]</sup>.

Cuando atardeció en llamaradas que tiñeron el cielo en vivísimos colores, pardearon unas casucas en una explanada, entre las montañas azules. Demetrio hizo que lo llevaran allí.

Eran unos cuantos pobrísimos jacales de zacate, diseminados a la orilla del río, entre pequeñas sementeras de maíz y frijol recién nacidos.

Pusieron la camilla en el suelo, y Demetrio, con débil voz, pidió un trago de agua.

En las bocas oscuras de las chozas se aglomeraron chomites<sup>[108]</sup> incoloros, pechos huesudos, cabezas desgreadas y, detrás, ojos brillantes y carrillos frescos.

Un chico gordinflón, de piel morena y reluciente, se acercó a ver al hombre de la camilla; luego una vieja, y después todos los demás vinieron a hacerle ruedo.

Una moza muy amable trajo una jícara de agua azul. Demetrio cogió la vasija entre sus manos trémulas y bebió con avidez.

—¿No quiere más?

Alzó los ojos: la muchacha era de rostro muy vulgar, pero en su voz había mucha dulzura.

Se limpió con el dorso del puño el sudor que perlaba su frente, y volviéndose de un lado, pronunció con fatiga:

—¡Dios se lo pague!

Y comenzó a tiritar con tal fuerza, que sacudía las yerbas y los pies de la camilla. La fiebre lo aletargó.

—Está haciendo sereno y eso es malo pa la calentura —dijo señá Remigia, una vieja enchomitada, descalza y con una garra<sup>[109]</sup> de manta al pecho a modo de camisa.

Y los invitó a que metieran a Demetrio en su jacal.

Pancraccio, Anastasio Montañés y la Codorniz se echaron a los pies de la camilla como perros fieles, pendientes de la voluntad del jefe.

Los demás se dispersaron en busca de comida.

Señá Remigia ofreció lo que tuvo: chile y tortillas.

—Afigúrense..., tenía güevos, gallinas y hasta una chiva parida; pero estos malditos federales me limpiaron.

Luego, puestas las manos en bocina, se acercó al oído de Anastasio y le dijo:

—¡Afigúrense..., cargaron hasta con la muchachilla de señá Nieves!...

## V

La Codorniz, sobresaltado, abrió los ojos y se incorporó.

—¿Montañés, oíste?... ¡Un balazo!... Montañés... Despierta...

Le dio fuertes empujones, hasta conseguir que se removiera y dejara de roncar.

—¡Con un...! ¡Ya estás moliendo!<sup>[110]</sup>... Te digo que los muertos no se aparecen... —balbució Anastasio despertando a medias.

—¡Un balazo, Montañés!...

—Te duermes, Codorniz, o te meto una trompada...

—No, Anastasio; te digo que no es pesadilla... Ya no me he vuelto a acordar de los ahorcados. Es de veras un balazo; lo oí clarito...

—¿Dices que un balazo?... A ver, daca<sup>[111]</sup> mi máuser...

Anastasio Montañés se restregó los ojos, estiró los brazos y las piernas con mucha flojera, y se puso en pie.

Salieron del jacal. El cielo estaba cuajado de estrellas y la luna ascendía como una fina hoz. De las casucas salió rumor confuso de mujeres asustadas, y se oyó el ruido de armas de los hombres que dormían afuera y despertaban también.

—¡Estúpido!... ¡Me has destrozado un pie!

La voz se oyó clara y distinta en las inmediaciones.

—¿Quién vive?...

El grito resonó de peña en peña, por crestones y hondonadas, hasta perderse en la lejanía y en el silencio de la noche.

—¿Quién vive? —repitió con voz más fuerte Anastasio, haciendo ya correr el cerrojo de su máuser.

—¡Demetrio Macías! —respondieron cerca.

—¡Es Pancracio! —dijo la Codorniz regocijado. Y ya sin zozobras dejó reposar en tierra la culata de su fusil.

Pancracio conducía a un mozalbete cubierto de polvo, desde el fieltro americano hasta los toscos zapatones. Llevaba una mancha de sangre fresca en su pantalón, cerca de un pie.

—¿Quién es este curro<sup>[112]</sup>? —preguntó Anastasio.

—Yo estoy de centinela, oí ruido entre las yerbas y grité: «¿Quién vive?». «Carranzo», me respondió este vale<sup>[113]</sup>... «¿Carranzo...? No conozco yo a ese gallo...». Y toma tu Carranzo<sup>[114]</sup>: le metí un plomazo en una pata...

Sonriendo, Pancracio volvió su cara lampiña en solicitud de aplausos.

Entonces habló el desconocido.

—¿Quién es aquí el jefe?

Anastasio levantó la cabeza con altivez, enfrentándosele.

El tono del mozo bajó un tanto.

—Pues yo también soy revolucionario. Los federales me cogieron de leva y entré

a filas; pero en el combate de anteayer conseguí desertarme, y he venido, caminando a pie, en busca de ustedes.

—¡Ah, es federal!... —interrumpieron muchos, mirándolo con pasmo.

—¡Ah, es mocho! —dijo Anastasio Montañés—. ¿Y por qué no le metiste el plomo mejor en la mera chapa<sup>[115]</sup>?

—¡Quién sabe qué mitote<sup>[116]</sup> trai! ¡Quesque quiere hablar con Demetrio, que tiene que icirle quién sabe cuánto!... Pero eso no le hace, pa todo hay tiempo como no arrebatan —respondió Pancracio, preparando su fusil.

—Pero ¿qué clase de brutos son ustedes? —profirió el desconocido.

Y no pudo decir más, porque un revés de Anastasio lo volteó con la cara bañada en sangre.

—¡Fusilen a ese mocho!...

—¡Hórquenlo!...

—¡Quémenlo..., es federal!...

Exaltados, gritaban, aullaban preparando ya sus rifles.

—¡Chist..., chist..., cállense!... Parece que Demetrio habla —dijo Anastasio, sosegándolos.

En efecto, Demetrio quiso informarse de lo que ocurría e hizo que le llevaran al prisionero.

—¡Una infamia, mi jefe, mire usted..., mire usted! —pronunció Luis Cervantes, mostrando las manchas de sangre en su pantalón y su boca y su nariz abotagadas.

—Por eso, pues, ¿quién jijos de un... es usted? —interrogó Demetrio.

—Me llamo Luis Cervantes, soy estudiante de medicina y periodista. Por haber dicho algo en favor de los revolucionarios, me persiguieron, me atraparon y fui a dar a un cuartel...

La relación que de su aventura siguió detallando en tono declamatorio causó gran hilaridad a Pancracio y al Manteca.

—Yo he procurado hacerme entender, convencerlos de que soy un verdadero correligionario...

—¿Corre... qué? —inquirió Demetrio, tendiendo una oreja.

—Correligionario, mi jefe..., es decir, que persigo los mismos ideales y defiendo la misma causa que ustedes defienden.

Demetrio sonrió:

—¿Pos cuál causa defendemos nosotros?...

Luis Cervantes, desconcertado, no encontró qué contestar.

—¡Mi qué cara pone!... ¿Pa qué son tantos brincos?... ¿Lo tronamos<sup>[117]</sup> ya, Demetrio? —preguntó Pancracio, ansioso.

Demetrio llevó su mano al mechón de pelo que le cubría una oreja, se rascó largo rato, meditabundo; luego, no encontrando la solución, dijo:

—Sálganse... que ya me está doliendo otra vez... Anastasio, apaga la mecha. Encierren a ése en el corral y me lo cuidan Pancracio y Manteca. Mañana veremos.

## VI

Luis Cervantes no aprendía aún a discernir la forma precisa de los objetos a la vaga tonalidad de las noches estrelladas, y buscando el mejor sitio para descansar, dio con sus huesos quebrantados sobre un montón de estiércol húmedo, al pie de la masa difusa de un huizache. Más por agotamiento que por resignación, se tendió cuan largo era y cerró los ojos resueltamente, dispuesto a dormir hasta que sus feroces vigilantes le despertaran o el sol de la mañana le quemara las orejas. Algo como un vago calor a su lado, luego un respirar rudo y fatigoso, le hicieron estremecerse; abrió los brazos en torno, y su mano trémula dio con los pelos rígidos de un cerdo, que, incomodado seguramente por la vecindad, gruñó.

Inútiles fueron ya todos sus esfuerzos para atraer el sueño; no por el dolor del miembro lesionado, ni por el de sus carnes magulladas, sino por la instantánea y precisa representación de su fracaso.

Sí; él no había sabido apreciar a su debido tiempo la distancia que hay de manejar el escalpelo, fulminar latrofaciosos<sup>[118]</sup> desde las columnas de un diario provinciano, a venir a buscarlos con el fusil en las manos a sus propias guaridas. Sospechó su equivocación, ya dado de alta como subteniente de caballería, al rendir la primera jornada. Brutal jornada de catorce leguas, que lo dejaba con las caderas y las rodillas de una pieza, cual si todos sus huesos se hubieran soldado en uno. Acabólo de comprender ocho días después, al primer encuentro con los rebeldes. Juraría, la mano puesta sobre un Santo Cristo, que cuando los soldados se echaron los máuseres a la cara, alguien con estentórea voz había clamado a sus espaldas: «¡Sálvese el que pueda!». Ello tan claro así, que su mismo brioso y noble corcel, avezado a los combates, había vuelto grupas y de estampida no había querido detenerse sino a distancia donde ni el rumor de las balas se escuchaba. Y era cabalmente a la puesta del sol, cuando la montaña comenzaba a poblarse de sombras vagarosas e inquietantes, cuando las tinieblas ascendían a toda prisa de la hondonada. ¿Qué cosa más lógica podría ocurrírsele si no la de buscar abrigo entre las rocas, darles reposo al cuerpo y al espíritu y procurarse el sueño? Pero la lógica del soldado es la lógica del absurdo. Así, por ejemplo, a la mañana siguiente su coronel lo despierta a broncos puntapiés y le saca de su escondite con la cara gruesa a mojicones. Más todavía: aquello determina la hilaridad de los oficiales, a tal punto que, llorando de risa, imploran a una voz el perdón para el fugitivo. Y el coronel, en vez de fusilarlo, le larga un recio puntapié en las posaderas y le envía a la impedimenta como ayudante de cocina.

La injuria gravísima habría de dar sus frutos venenosos. Luis Cervantes cambia de chaqueta desde luego, aunque sólo *in mente* por el instante. Los dolores y las miserias de los desheredados alcanzan a conmoverlo; su causa es la causa sublime del pueblo subyugado que clama justicia, sólo justicia. Intima con el humilde soldado y,

¡qué más!, una acémila muerta de fatiga en una tormentosa jornada le hace derramar lágrimas de compasión.

Luis Cervantes, pues, se hizo acreedor a la confianza de la tropa. Hubo soldados que le hicieron confianzas temerarias. Uno, muy serio, y que se distinguía por su temperancia y retraimiento, le dijo: «Yo soy carpintero; tenía mi madre, una viejita clavada en su silla por el reumatismo desde hacía diez años. A medianoche me sacaron de mi casa tres gendarmes; amanecí en el cuartel y anopecí a doce leguas de mi pueblo... Hace un mes pasé por allí con la tropa... ¡Mi madre estaba ya debajo de la tierra!... No tenía más consuelo en esta vida... Ahora no le hago falta a nadie. Pero, por mi Dios que está en los cielos, estos cartuchos que aquí me cargan no han de ser para los enemigos... Y si se me hace el milagro (mi Madre Santísima de Guadalupe me lo ha de conceder), si me le junto a Villa<sup>[119]</sup>..., juro por la sagrada alma de mi madre que me la han de pagar estos federales».

Otro, joven, muy inteligente, pero charlatán hasta por los codos, dipsómano y fumador de marihuana, lo llamó aparte y, mirándolo a la cara fijamente con sus ojos vagos y vidriosos, le sopló al oído: «Compadre..., aquéllos..., los de allá del otro lado..., ¿comprendes?... aquéllos cabalgan lo más granado de las caballerizas del Norte y del interior, las guarniciones de sus caballos pesan de pura plata... Nosotros, ¡pst!..., en sardinas buenas para alzar cubos de noria..., ¿comprendes, compadre? Aquéllos reciben relucientes pesos fuertes; nosotros, billetes de celuloide de la fábrica del asesino<sup>[120]</sup>... Dije...».

Y así todos, hasta un sargento segundo contó ingenuamente: «Yo soy voluntario, pero me he tirado una plancha. Lo que en tiempos de paz no se hace en toda una vida de trabajar como una mula, hoy se puede hacer en unos cuantos meses de correr la sierra con un fusil a la espalda. Pero no con éstos “mano”<sup>[121]</sup>..., no con éstos...».

Y Luis Cervantes, que compartía ya con la tropa aquel odio solapado, implacable y mortal a las clases, oficiales y a todos los superiores, sintió que de sus ojos caía hasta la última telaraña y vio claro el resultado final de la lucha.

—¡Mas he aquí que hoy, al llegar apenas con sus correligionarios, en vez de recibirle con los brazos abiertos lo encapillan en una zahúrda!

Fue de día: los gallos cantaron en los jacales; las gallinas trepadas en las ramas del huizache del corral se removieron, abrían las alas y esponjaban las plumas y en un solo salto se ponían en el suelo.

Contempló a sus centinelas tirados en el estiércol y roncando. En su imaginación revivieron las fisonomías de los dos hombres de la víspera. Uno, Pancraccio, agüerado<sup>[122]</sup>, pecoso, su cara lampiña, su barba saltona, la frente roma y oblicua, untadas<sup>[123]</sup> las orejas al cráneo y todo de un aspecto bestial. Y el otro, el Manteca, una piltrafa humana: ojos escondidos, mirada torva, cabellos muy lacios cayéndole a la nuca, sobre la frente y las orejas; sus labios de escrofuloso entreabiertos eternamente.

Y sintió una vez más que su carne se achinaba<sup>[124]</sup>.

## VII

Adormilado aún, Demetrio paseó la mano sobre los crespos mechones que cubrían su frente húmeda, apartados hacia una oreja, y abrió los ojos.

Distinta oyó la voz femenina y melodiosa que en sueños había escuchado ya, y se volvió a la puerta.

Era de día: los rayos del sol dardeaban entre los popotes<sup>[125]</sup> del jacal. La misma moza que la víspera le había ofrecido un apastito<sup>[126]</sup> de agua deliciosamente fría (sus sueños de toda la noche), ahora, igual de dulce y cariñosa, entraba con una olla de leche desparramándose de espuma.

—Es de cabra, pero está regüena... Ándele, nomás aprébela...

Agradecido, sonrió Demetrio, se incorporó y, tomando la vasija de barro, comenzó a dar pequeños sorbos, sin quitar los ojos de la muchacha.

Ella, inquieta, bajó los suyos.

—¿Cómo te llamas?

—Camila.

—Me cuadra el nombre, pero más la tonadita...

Camila se cubrió de rubor, y como él intentara asirla por un puño, asustada, tomó la vasija vacía y se escapó más que de prisa.

—No, compadre Demetrio —observó gravemente Anastasio Montañés—; hay que amansarlas primero... ¡Hum, pa las lepras que me han dejado en el cuerpo las mujeres!... Yo tengo mucha experiencia en eso...

—Me siento bien, compadre —dijo Demetrio haciéndose el sordo—; parece que me dieron fríos; sudé mucho y amanecí muy refrescado. Lo que me está fregando<sup>[127]</sup> todavía es la maldita herida. Llame a Venancio para que me cure.

—¿Y qué hacemos, pues, con el curro que agarré anoche? —preguntó Pancracio.

—¡Cabal, hombre!... ¡No me había vuelto a acordar!...

Demetrio, como siempre, pensó y vaciló mucho antes de tomar una decisión.

—A ver, Codorniz, ven acá. Mira, pregunta por una capilla que hay como a tres leguas de aquí. Anda y róble la sotana al cura.

—Pero ¿qué va a hacer, compadre? —preguntó Anastasio pasmado.

—Si este curro viene a asesinarme, es muy fácil sacarle la verdad. Yo le digo que lo voy a fusilar. La Codorniz se viste de padre y lo confiesa. Si tiene pecado, lo trueno: si no, lo dejo libre.

—¡Hum, cuánto requisito!... Yo lo quemaba y ya —exclamó Pancracio despectivo.

Por la noche regresó la Codorniz con la sotana del cura. Demetrio hizo que le llevaran el prisionero.

Luis Cervantes, sin dormir ni comer en dos días, entraba con el rostro demacrado y ojeroso, los labios descoloridos y secos.

Habló con lentitud y torpeza.

—Hagan de mí lo que quieran... Seguramente que me equivoqué con ustedes...

Hubo un prolongado silencio. Después:

—Creí que ustedes aceptarían con gusto al que viene a ofrecerles ayuda, pobre ayuda la mía, pero que sólo a ustedes mismos beneficia... ¿Yo qué me gano con que la revolución triunfe o no?

Poco a poco iba animándose, y la languidez de su mirada desaparecía por instantes.

—La revolución beneficia al pobre, al ignorante, al que toda su vida ha sido esclavo, a los infelices que ni siquiera saben que si lo son es porque el rico convierte en oro las lágrimas, el sudor y la sangre de los pobres...

—¡Bah!..., ¿y eso es como a modo de qué?... ¡Cuando ni a mí me cuadran los sermones! —interrumpió Pancracio.

—Yo he querido pelear por la causa santa de los desventurados... Pero ustedes no me entienden..., ustedes me rechazan... ¡Hagan conmigo, pues, lo que gusten!

—Por lo pronto nomás te pongo esta reata en el gaznate... ¡Mi' qué rechonchito y qué blanco lo tienes!

—Sí, ya sé a lo que viene usted —repuso Demetrio con desabrimiento, rascándose la cabeza—. Lo voy a fusilar, ¿eh?...

Luego, volviéndose a Anastasio:

—Llévenselo..., y si quiere confesarse, tráiganle un padre...

Anastasio, impasible como siempre, tomó con suavidad el brazo de Cervantes.

—Véngase pa acá, curro...

Cuando después de algunos minutos vino la Codorniz ensotonado, todos rieron a echar las tripas.

—¡Hum, este curro es repicolargo! —exclamó—. Hasta se me figura que se rió de mí cuando comencé a hacerle preguntas.

—Pero ¿no cantó nada?

—No dijo más que lo de anoche...

—Me late<sup>[128]</sup> que no viene a eso que usted teme, compadre —notó Anastasio.

—Bueno, pues denle de comer y ténganlo a una vista.

## VIII

Luis Cervantes, otro día, apenas pudo levantarse. Arrastrando el miembro

lesionado vagó de casa en casa buscando un poco de alcohol, agua hervida y pedazos de ropa usada. Camila, con su amabilidad incansable, se lo proporcionó todo.

Luego que comenzó a lavarse, ella se sentó a su lado, a ver curar la herida, con curiosidad de serrana.

—¡Oiga!, ¿y quién lo insiñó a curar?... ¿Y pa qué jirvió la agua?... ¿Y los trapos, pa qué los coció?... ¡Mire, mire, cuánta curiosidá pa todo!... ¿Yeso que se echó en las manos?... ¡Pior!... ¿Aguardiente de veras?... ¡Ande, pos si yo creiba que el aguardiente nomás pal cólico era güeno!... ¡Ah!... ¿De moo es que usté iba a ser dotor?... ¡Ja, ja, ja!... ¡Cosa de morirse uno de risa!... ¿Y por qué no le regüelve mejor agua fría?... ¡Mi' qué cuentos!... ¡Qesque animales en la agua sin jervir!... ¡Fuchi!... ¡Pos cuando ni yo miro nada!...

Camila siguió interrogándole, y con tanta familiaridad, que de buenas a primeras comenzó a tutearlo.

Retraído a su propio pensamiento, Luis Cervantes no la escuchaba más.

«¿En dónde están esos hombres admirablemente armados y montados, que reciben sus haberes en puros pesos duros de los que Villa está acuñando en Chihuahua<sup>[129]</sup>? ¡Bah! Una veintena de encuerados<sup>[130]</sup> y piojosos, habiendo quien cabalgara en una yegua decrepita, matadura de la cruz a la cola. ¿Sería verdad lo que la prensa del gobierno y él mismo habían asegurado, que los llamados revolucionarios no eran sino bandidos agrupados ahora con un magnífico pretexto para saciar su sed de oro y de sangre? ¿Sería, pues, todo mentira lo que de ellos contaban los simpatizadores de la revolución? Pero si los periódicos gritaban todavía en todos los tonos triunfos y más triunfos de la federación, un pagador recién llegado de Guadalajara había dejado escapar la especie de que los parientes y favoritos de Huerta abandonaban la capital rumbo a los puertos, por más que éste seguía aúlla que aúlla: “Haré la paz cueste lo que cueste”. Por tanto, revolucionarios, bandidos o como quisiera llamárseles, ellos iban a derrocar al gobierno; el mañana les pertenecía; había que estar, pues, con ellos, sólo con ellos».

—No, lo que es ahora no me he equivocado —se dijo para sí, casi en voz alta.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Camila—; pos si yo creiba ya que los ratones te habían comido la lengua.

Luis Cervantes plegó las cejas y miró con aire hostil aquella especie de mono enchomitado, de tez bronceada, dientes de marfil, pies anchos y chatos.

—¿Oye, curro, y tú has de saber contar cuentos?

Luis hizo un gesto de aspereza y se alejó sin contestarla.

Ella, embelesada, le siguió con los ojos hasta que su silueta desapareció por la vereda del arroyo.

Tan abstraída así, que se estremeció vivamente a la voz de su vecina, la tuerta María Antonia, que, fisgoneando desde su jacal, le gritó:

—¡Epa, tú!... dale los polvos de amor... A ver si ansina cal...

—¡Pior!... Ésa será usté...

—¡Si yo quijiera!... Pero ¡fuche<sup>[131]</sup>!, les tengo asco a los curros...

## IX

—Señá Remigia, emprésteme unos blanquillos, mi gallina amaneció echada<sup>[132]</sup>. Allí tengo unos señores que quieren almorzar.

Por el cambio de la viva luz del sol a la penumbra del jacalucho, más turbia todavía por la densa humareda que se alzaba del fogón, los ojos de la vecina se ensancharon. Pero al cabo de breves segundos comenzó a percibir distintamente el contorno de los objetos y la camilla del herido en un rincón, tocando por su cabecera el cobertizo tiznado y brillante.

Se acurrucó en cuclillas al lado de señá Remigia y echando miradas furtivas adonde reposaba Demetrio, preguntó en voz baja:

—¿Cómo va el hombre?... ¿Aliviado?... ¡Qué güeno!... ¡Mire, y tan muchacho! ... Pero en toavía está retedescolorido... ¡Ah!... ¿De moo es que no le cierra el balazo?... Oiga, señá Remigia, ¿no quere que le hagamos alguna lucha<sup>[133]</sup>?

Señá Remigia, desnuda arriba de la cintura, tiende sus brazos tendinosos y enjutos sobre la mano del metate y pasa y repasa su nixtamal.

—Pos quién sabe si no les cuadre —responde sin interrumpir la ruda tarea y casi sofocada—; ellos train su dotor y por eso...

—Señá Remigia —entra otra vecina doblando su flaco espinazo para franquear la puerta—, ¿no tiene unas hojitas de laurel que me dé pa hacerle un cocimiento a María Antonia?... Amaneció con el cólico<sup>[134]</sup>...

Y como, a la verdad, sólo lleva pretexto para curiosear y chismorrear, vuelve los ojos hacia el rincón donde está el enfermo y con un guiño inquiere por su salud.

Señá Remigia baja los ojos para indicar que Demetrio está durmiendo...

—Ande, pos si aquí está usted también, señá Pachita..., no la había visto...

—Güenos días le dé Dios, ña<sup>[135]</sup> Fortunata... ¿Cómo amanecieron?

—Pos María Antonia con su «superior<sup>[136]</sup>»... y, como siempre, con el cólico...

En cuclillas, pónese cuadril a cuadril con señá Pachita.

—No tengo hojas de laurel, mi alma —responde señá Remigia suspendiendo un instante la molienda; aparta de su rostro goteante algunos cabellos que caen sobre sus ojos y hunde luego las dos manos en un apaste, sacando un gran puñado de maíz cocido que chorrea una agua amarillenta y turbia—. Yo no tengo; pero vaya con señá

Dolores: a ella no le faltan nunca yerbitas.

—Ña Dolores dende anoche se jue pa la cofradía. A sigún razón vinieron por ella pa que juera a sacar de su cuidado a la muchachilla de tía Matías.

—¡Ande, señá Pachita, no me lo diga!...

Las tres viejas forman animado corro y, hablando en voz muy baja, se ponen a chismorrear con vivísima animación.

—¡Cierto como haber Dios en los cielos!...

—¡Ah, pos si yo jui la primera que lo dije: «Marcelina está gorda y está gorda»! Pero naiden me lo quería creer...

—Pos pobre criatura... ¡Y pior si va resultando con que es de su tío Nazario!...

—¡Dios la favorezca!...

—¡No, qué tío Nazario ni qué ojo de hacha!... ¡Mal ajo pa los federales condenados!...

—¡Bah, pos aistá otra enfelizada más!...

El barullo de las comadres acabó por despenar a Demetrio.

Asilenciáronse un momento, y a poco dijo señá Pachita, sacando del seno un palomo tierno que abría el pico casi sofocado ya:

—Pos la mera verdá, yo le traiba al señor estas sustancias..., pero sigún razón está en manos de médico...

—Eso no le hace, señá Pachita...; es cosa que va por juera...

—Señor, dispense la parvedá...; aquí le traigo este presente —dijo la vejarruca acercándose a Demetrio—. Pa las morragias de sangre no hay como estas sustancias...

Demetrio aprobó vivamente. Ya le habían puesto en el estómago unas piezas de pan mojado en aguardiente, y aunque cuando se las despegaron le vaporizó mucho el ombligo, sentía que aún le quedaba mucho calor encerrado.

—Ande, usted que sabe bien, señá Remigia —exclamaron las vecinas.

De un otate desensartó señá Remigia una larga y encorvada cuchilla que servía para apear tunas<sup>[137]</sup>; tomó el pichón en una sola mano y, volviéndolo por el vientre, con habilidad de cirujano lo partió por la mitad de un solo tajo.

—¡En el nombre de Jesús, María y José! —dijo señá Remigia echando una bendición. Luego, con rapidez, aplicó calientes y chorreando los dos pedazos del palomo sobre el abdomen de Demetrio.

—Ya verá cómo va a sentir mucho consuelo...

Obedeciendo las instrucciones de señá Remigia, Demetrio se inmovilizó encogiéndose sobre un costado.

Entonces señá Fortunata contó su cuita. Ella le tenía muy buena voluntad a los señores de la revolución. Hacía tres meses que los federales le robaron su única hija, y eso la tenía inconsolable y fuera de sí.

Al principio de la relación, la Codorniz y Anastasio Montañés, atejonados<sup>[138]</sup> al pie de la camilla, levantaban la cabeza y, entreabierta la boca, escuchaban el relato;

pero en tantas minucias se metió seña Fortunata, que a la mitad la Codorniz se aburrió y salió a rascarse al sol, y cuando terminaba solemnemente: «Espero de Dios y María Santísima que ustedes no han de dejar vivo a uno de estos federales del infierno», Demetrio, vuelta la cara a la pared, sintiendo mucho consuelo con las sustancias en el estómago, repasaba un itinerario para internarse en Durango<sup>[139]</sup>, y Anastasio Montañés roncaba como un trombón.

## X

—¿Por qué no llama al curro pa que lo cure, compadre Demetrio? —dijo Anastasio Montañés al jefe, que a diario sufría grandes calosfríos y calenturas—. Si viera, él se cura solo y anda ya tan aliviado que ni cojea siquiera.

Pero Venancio, que tenía dispuestos los botes de manteca y las planchuelas de hilas mugrientas, protestó:

—Si alguien le pone mano, yo no respondo de las resultas.

—Oye, compa, ¡pero qué doctor ni qué naa eres tú!... ¿Voy que ya hasta se te olvidó por qué viniste a dar aquí? —dijo la Codorniz.

—Sí, ya me acuerdo, Codorniz, de que andas con nosotros porque te robaste un reloj y unos anillos de brillantes —repuso muy exaltado Venancio.

La Codorniz lanzó una carcajada.

—¡Siquiera!... Pior que tú corraste de tu pueblo porque envenenaste a tu novia.

—¡Mientes!...

—Sí; le diste cantáridas pa...

Los gritos de protesta de Venancio se ahogaron entre las carcajadas estrepitosas de los demás.

Demetrio, avinagrado el semblante, les hizo callar; luego comenzó a quejarse, y dijo:

—A ver, traigan, pues, al estudiante.

Vino Luis Cervantes, descubrió la pierna, examinó detenidamente la herida y meneó la cabeza. La ligadura de manta se hundía en un surco de piel; la pierna, abotagada, parecía reventar. A cada movimiento, Demetrio ahogaba un gemido. Luis Cervantes cortó la ligadura, lavó abundantemente la herida, cubrió el muslo con grandes lienzos húmedos y lo vendó.

Demetrio pudo dormir toda la tarde y toda la noche. Otro día despertó muy contento.

—Tiene la mano muy liviana el curro —dijo.

Venancio, pronto, observó:

—Está bueno; pero hay que saber que los curros son como la humedad, por dondequiera se filtran. Por los curros se ha perdido el fruto de las revoluciones.

Y como Demetrio creía a ojo cerrado en la ciencia del barbero, otro día, a la hora que Luis Cervantes lo fue a curar, le dijo:

—Oiga, hágalo bien pa que cuando me deje bueno y sano se largue ya a su casa o adonde le dé su gana.

Luis Cervantes, discreto, no respondió una palabra.

Pasó una semana, quince días; los federales no daban señales de vida. Por otra parte, el frijol y el maíz abundaban en los ranchos inmediatos; la gente tal odio tenía a los federales, que de buen grado proporcionaban auxilio a los rebeldes. Los de Demetrio, pues, esperaron sin impaciencia el completo restablecimiento de su jefe.

Durante muchos días, Luis Cervantes continuó mustio y silencioso.

—¡Qué se me hace que usted está enamorado, curro! —le dijo Demetrio, bromista, un día, después de la curación y comenzando a encariñarse con él.

Poco a poco fue tomando interés por sus comodidades. Le preguntó si los soldados le daban su ración de carne y leche. Luis Cervantes tuvo que decir que se alimentaba sólo con lo que las buenas viejas del rancho querían darle y que la gente le seguía mirando como a un desconocido o a un intruso.

—Todos son buenos muchachos, curro —repuso Demetrio—; todo está en saberles el modo. Desde mañana no le faltará nada. Ya verá.

En efecto, esa misma tarde las cosas comenzaron a cambiar. Tirados en el pedregal, mirando las nubes crepusculares como gigantescos cuajarones de sangre, escuchaban algunos de los hombres de Macías la relación que hacía Venancio de amenos episodios de *El judío errante*. Muchos, arrullados por la meliflua voz del barbero comenzaron a roncar; pero Luis Cervantes, muy atento, luego que acabó su plática con extraños comentarios anticlericales, le dijo enfático:

—¡Admirable! ¡Tiene usted un bellissimo talento!

—No lo tengo malo —repuso Venancio convencido—; pero mis padres murieron y yo no pude hacer carrera.

—Es lo de menos. Al triunfo de nuestra causa, usted obtendrá fácilmente un título. Dos o tres semanas de concurrir a los hospitales, una buena recomendación de nuestro jefe Macías..., y usted, doctor... ¡Tiene tal facilidad, que todo sería un juego!

Desde esa noche, Venancio se distinguió de los demás dejando de llamarle curro. Luisito por aquí y Luisito por allí.

## XI

—Oye, curro, yo quería icirte una cosa... —dijo Camila una mañana, a la hora que Luis Cervantes iba por agua hervida al jacal para curar su pie.

La muchacha andaba inquieta de días atrás, y sus melindres y reticencias habían acabado por fastidiar al mozo, que, suspendiendo de pronto su tarea, se puso en pie y, mirándola cara a cara, le respondió:

—Bueno... ¿Qué cosa quieres decirme?

Camila sintió entonces la lengua hecha un trapo y nada pudo pronunciar; su rostro se encendió como un madroño, alzó los hombros y encogió la cabeza hasta tocarse el desnudo pecho. Después, sin moverse y fijando, con obstinación de idiota, sus ojos en la herida, pronunció con debilísima voz:

—¡Mira qué bonito viene encarnando ya!... Parece botón de rosa de Castilla<sup>[140]</sup>.

Luis Cervantes plegó el ceño con enojo manifiesto y se puso de nuevo a curarse sin hacer más caso de ella.

Cuando terminó, Camila había desaparecido.

Durante tres días no resultó la muchacha en parte alguna. Señá Agapita, su madre, era la que acudía al llamado de Luis Cervantes y era la que le hervía el agua y los lienzos. El buen cuidado tuvo de no preguntar más. Pero a los tres días ahí estaba de nuevo Camila con más rodeos y melindres que antes.

Luis Cervantes, distraído, con su indiferencia envalentonó a Camila, que habló al fin:

—Oye, curro... Yo quería icirte una cosa... Oye, curro; yo quiero que me repases *La Adelita*<sup>[141]</sup>... pa... ¿A que no me adivinas pa qué?... Pos pa cantarla mucho, mucho, cuando ustedes se vayan, cuando ya no estés tú aquí..., cuando andes ya tan lejos, lejos..., que ni más te acuerdes de mí...

Sus palabras hacían en Luis Cervantes el efecto de una punta de acero resbalando por las paredes de una redoma.

Ella no lo advertía, y prosiguió tan ingenua como antes:

—¡Anda, curro, ni te cuento!... Si vieras qué malo es el viejo que los manda a ustedes... Ai tienes nomás lo que me sucedió con él... Ya sabes que no quiere el tal Demetrio que naiden le haga la comida más que mi mamá y que naiden se la lleve más que yo... Güeno; pos Potro día entré con el champurrao<sup>[142]</sup>, y ¿qué te parece que hizo el viejo e porra? Pos que me pepena<sup>[143]</sup> de la mano y me la agarra fuerte, fuerte; luego comienza a pellizcarme las corvas... ¡Ah, pero qué pliegue tan güeno le he echao!... «¡Epa, pior!... ¡Estése quieto!... ¡Pior, viejo malcriado!... ¡Suélteme..., suélteme, viejo sinvergüenza!»... Y que me doy el reculón y me le zafo, y que ai voy pa juera a toa carrera... ¿Qué te parece nomás, curro?

Jamás había visto reír con tanto regocijo Camila a Luis Cervantes.

—Pero ¿de veras es cierto todo lo que me estás contando?

Profundamente desconcertada, Camila no podía responderle. Él volvió a reír estrepitosamente y a repetir su pregunta. Y ella, sintiendo la inquietud y la zozobra más grandes, le respondió con voz quebrantada:

—Sí, es cierto... Y eso es lo que yo te quería icir... ¿Qué no te ha dao coraje por eso, curro?

Una vez más Camila contempló con embeleso el fresco y radioso rostro de Luis Cervantes, aquellos ojos glaucos de tierna expresión, sus carrillos frescos y rosados como los de un muñeco de porcelana, la tersura de una piel blanca y delicada que asomaba abajo del cuello, y más arriba de las mangas de una tosca camiseta de lana, el rubio tierno de sus cabellos, rizados ligeramente.

—Pero ¿qué diablos estás esperando, pues, boba? Si el jefe te quiere, ¿tú qué más pretendes?...

Camila sintió que de su pecho algo se levantaba, algo que llegaba hasta su garganta y en su garganta se anudaba. Apretó fuertemente sus párpados para exprimir sus ojos rasos; luego limpió con el dorso de su mano la humedad de los carrillos y, como hacía tres días, con la ligereza del cervatillo, escapó.

## XII

La herida de Demetrio había cicatrizado ya. Comenzaban a discutir los proyectos para acercarse al Norte, donde se decía que los revolucionarios habían triunfado en toda línea de los federales. Un acontecimiento vino a precipitar las cosas. Una vez Luis Cervantes, sentado en un picacho de la sierra, al fresco de la tarde, la mirada perdida a lo lejos, soñando, mataba el fastidio. Al pie del angosto crestón, alagartados entre los jarales y a orillas del río, Pancracio y el Manteca jugaban baraja. Anastasio Montañés, que veía el juego con indiferencia, volvió de pronto su rostro de negra barba y dulces ojos hacia Luis Cervantes y le dijo:

—¿Por qué está triste, curro? ¿Qué piensa tanto? Venga, arrímese a platicar...

Luis Cervantes no se movió; pero Anastasio fue a sentarse amistosamente a su lado.

—A usted le falta la bulla de su tierra. Bien se echa de ver que es de zapato pintado y moñito en la camisa... Mire, curro: ai donde me ve aquí, todo mugriento y desgarrado<sup>[144]</sup>, no soy lo que parezco... ¿A que no me lo cree?... Yo no tengo necesidad; soy dueño de diez yuntas de bueyes... ¡De veras!... Ai que lo diga mi compadre Demetrio... Tengo mis diez fanegas de siembra... ¿A que no me lo cree?...

Mire, curro; a mí me cuadra mucho hacer repelar<sup>[145]</sup> a los federales, y por eso me tienen mala voluntad. La última vez, hace ocho meses ya (los mismos que tengo de andar aquí), le metí un navajazo a un capitancito faceto<sup>[146]</sup> (Dios me guarde), aquí, merito del ombligo... Pero, de veras, yo no tengo necesidad... Ando aquí por eso... y por darle la mano a mi compadre Demetrio.

—¡Moza de mi vida! —gritó el Manteca entusiasmado con un albur. Sobre la sota de espadas puso una moneda de veinte centavos de plata.

—¡Cómo cree que a mí nadita que me cuadra el juego, curro!... ¿Quiere usted apostar?... ¡ándele, mire; esta viborita de cuero suena todavía! —dijo Anastasio sacudiendo el cinturón y haciendo oír el choque de los pesos duros.

En éstas corrió Pancraccio la baraja, vino la sota y se armó un altercado. Jácara, gritos, luego injurias. Pancraccio enfrentaba su rostro de piedra ante el del Manteca, que lo veía con ojos de culebra, convulso como un epiléptico. De un momento a otro llegaban a las manos. A falta de insolencias suficientemente incisivas, acudían a nombrar padres y madres en el bordado más rico de indecencias.

Pero nada ocurrió; luego que se agotaron los insultos, suspendióse el juego, se echaron tranquilamente un brazo a la espalda y paso a paso se alejaron en busca de un trago de aguardiente.

—Tampoco a mí me gusta pelear con la lengua. Eso es feo, ¿verdad, curro?... De veras, mire, a mí nadie me ha mentao a mi familia... Me gusta darme mi lugar. Por eso me verá que nunca ando chacoteando... Oiga, curro —prosiguió Anastasio, cambiando el acento de su voz, poniéndose una mano sobre la frente y de pie—, ¿qué polvareda se levanta allá, detrás de aquel cerrito? ¡Caramba! ¡A poco son los mochos! ... ¡Y uno tan desprevenido!... Véngase, curro; vamos a darles parte a los muchachos.

Fue motivo de gran regocijo:

—¡Vamos a toparlos! —dijo Pancraccio el primero.

—Sí, vamos a toparlos. ¡Qué pueden traer que no lleven!...

Pero el enemigo se redujo a un hatajo de burros y dos arrieros.

—Párenlos. Son arribeños y han de traer algunas novedades —dijo Demetrio.

Y las tuvieron de sensación. Los federales tenían fortificados los cerros de El Grillo y La Bufa<sup>[147]</sup> de Zacatecas. Decíase que era el último reducto de Huerta, y todo el mundo auguraba la caída de la plaza. Las familias salían con precipitación rumbo al sur; los trenes iban colmados de gente; faltaban carruajes y carretones, y por los caminos reales, muchos, sobrecogidos de pánico, marchaban a pie y con sus equipajes auestas. Pánfilo Natera<sup>[148]</sup> reunía su gente en Fresnillo<sup>[149]</sup>, y a los federales «ya les venían muy anchos los pantalones».

—La caída de Zacatecas es el *Requiescat in pace* de Huerta —aseguró Luis Cervantes con extraordinaria vehemencia—. Necesitamos llegar antes del ataque a juntarnos con el general Natera.

Y reparando en el extrañamiento que sus palabras causaban en los semblantes de

Demetrio y sus compañeros, se dio cuenta de que aún era un don nadie allí.

Pero otro día, cuando la gente salió en busca de buenas bestias para emprender de nuevo la marcha, Demetrio llamó a Luis Cervantes y le dijo:

—¿De veras quiere irse con nosotros, curro?... Usté es de otra madera, y la verdad, no entiendo cómo pueda gustarle esta vida. ¿Qué cree que uno anda aquí por su puro gusto?... Cierto, ¿a qué negarlo?, a uno le cuadra el ruido; pero no sólo es eso... Siéntese, curro, siéntese, para contarle. ¿Sabe por qué me levanté?... Mire, antes de la revolución tenía yo hasta mi tierra volteada para sembrar, y si no hubiera sido por el choque con don Mónico, el cacique de Moyahua, a estas horas andaría yo con mucha priesa, preparando la yunta para las siembras... Pancracio, apéate dos botellas de cerveza, una para mí y otra para el curro... Por la señal de la Santa Cruz... ¿Ya no hace daño, verdad?...

### XIII

—Yo soy de Limón, allí, muy cerca de Moyahua, del puro cañón de Juchipila. Tenía mi casa, mis vacas y un pedazo de tierra para sembrar; es decir, que nada me faltaba. Pues, señor, nosotros los rancheros tenemos la costumbre de bajar al lugar cada ocho días. Oye uno su misa, oye el sermón, luego va a la plaza, compra sus cebollas, sus jitomates<sup>[150]</sup> y todas las encomiendas. Después entra uno con los amigos a la tienda de Primitivo López a hacer las once. Se toma la copita; a veces es uno condescendiente y se deja cargar la mano, y se le sube el trago, y le da mucho gusto, y ríe uno, grita y canta, si le da su mucha gana. Todo está bueno, porque no se ofende a nadie. Pero que comienzan a meterse con usté; que el policía pasa y pasa, arrima la oreja a la puerta; que al comisario o a los auxiliares se les ocurre quitarle a usté su gusto... ¡Claro, hombre, usté no tiene la sangre de horchata, usté lleva el alma en el cuerpo, a usté le da coraje, y se levanta y les dice su justo precio! Si entendieron, santo y bueno; a uno lo dejan en paz, y en eso paró todo. Pero hay veces que quieren hablar ronco y golpeado<sup>[151]</sup>... y uno es lebroncito<sup>[152]</sup> de por sí... y no le cuadra que nadie le pele los ojos<sup>[153]</sup>... Y, sí señor; sale la daga, sale la pistola... ¡Y luego vamos a correr la sierra hasta que se les olvida el difuntito!

«Bueno. ¿Qué pasó con don Mónico? ¡Faceto! Muchísimo menos que con los otros. ¡Ni siquiera vio correr el gallo<sup>[154]</sup>!... Una escupida en las barbas por entrometido, y pare usté de contar... Pues con eso ha habido para que me eche

encima a la federación. Usté ha de saber del chisme ése de México, donde mataron al señor Madero<sup>[155]</sup> y a otro, a un tal Félix o Felipe Díaz<sup>[156]</sup>, ¡qué sé yo!... Bueno: pues el dicho don Mónico fue en persona a Zacatecas a traer escolta para que me agarraran. Que diz que yo era maderista y que me iba a levantar. Pero como no faltan amigos, hubo quien me lo avisara a tiempo, y cuando los federales vinieron a Limón, yo ya me había pelado. Después vino mi compadre Anastasio, que hizo una muerte, y luego Pancracio, la Codorniz y muchos amigos y conocidos. Después se nos han ido juntando más, y ya ve: hacemos la lucha como podemos».

—Mi jefe —dijo Luis Cervantes después de algunos minutos de silencio y meditación—, usted sabe ya que aquí cerca, en Juchipila, tenemos gente de Natera; nos conviene ir a juntarnos con ellos antes de que tomen Zacatecas. Nos presentamos con el general...

—No tengo genio para eso... A mí no me cuadra rendirle a nadie.

—Pero usted, sólo con unos cuantos hombres por acá, no dejará de pasar por un cabecilla sin importancia. La revolución gana indefectiblemente; luego que se acabe le dicen, como les dijo Madero a los que le ayudaron: «Amigos, muchas gracias; ahora vuélvanse a sus casas...».

—No quiero yo otra cosa, sino que me dejen en paz para volver a mi casa.

—Allá voy... No he terminado: «Ustedes, que me levantaron hasta la Presidencia de la República, arriesgando su vida, con peligro inminente de dejar viudas y huérfanos en la miseria, ahora que he conseguido mi objeto, váyanse a coger el azadón y la pala, a medio vivir, siempre con hambre y sin vestir, como estaban antes, mientras que nosotros, los de arriba, hacemos unos cuantos millones de pesos».

Demetrio meneó la cabeza y sonriendo se rascó:

—¡Luisito ha dicho una verdad como un templo! —exclamó con entusiasmo el barbero Venancio.

—Como decía —prosiguió Luis Cervantes—, se acaba la revolución, y se acabó todo. ¡Lástima de tanta vida segada, de tantas viudas y huérfanos, de tanta sangre vertida! Todo, ¿para qué? Para que unos cuantos bribones se enriquezcan y todo quede igual o peor que antes. Usted es desprendido, y dice: «Yo no ambiciono más que volver a mi tierra». Pero ¿es de justicia privar a su mujer y a sus hijos de la fortuna que la Divina Providencia le pone ahora en sus manos? ¿Será justo abandonar a la patria en estos momentos solemnes en que va a necesitar de toda la abnegación de sus hijos los humildes para que la salven, para que no la dejen caer de nuevo en manos de sus eternos detentadores y verdugos, los caciques?... ¡No hay que olvidarse de lo más sagrado que existe en el mundo para el hombre: la familia y la patria!...

Macías sonrió y sus ojos brillaron.

—¿Qué, será bueno ir con Natera, curro?

—No sólo bueno —pronunció insinuante Venancio—, sino indispensable, Demetrio.

—Mi jefe —continuó Cervantes—, usted me ha simpatizado desde que lo conocí,

y lo quiero cada vez más, porque sé todo lo que vale. Permítame que sea enteramente franco. Usted no comprende todavía su verdadera, su alta y nobilísima misión. Usted, hombre modesto y sin ambiciones, no quiere ver el importantísimo papel que le toca en esta revolución. Mentira que usted ande por aquí por don Mónico, el cacique; usted se ha levantado contra el caciquismo que asola toda la nación. Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales. Por ellos luchan Villa, Natera, Carranza; por ellos estamos luchando nosotros.

—Sí, sí; cabalmente lo que yo he pensado —dijo Venancio entusiasmadísimo.

—Pancracio, apéate otras dos cervezas...

## XIV

—Si vieras qué bien explica las cosas el curro, compadre Anastasio —dijo Demetrio, preocupado por lo que esa mañana había podido sacar en claro de las palabras de Luis Cervantes.

—Ya lo estuve oyendo —respondió Anastasio—. La verdad, es gente que, como sabe leer y escribir, entiende bien las cosas. Pero lo que a mí no se me alcanza, compadre, es eso de que usted vaya a presentarse con el señor Natera con tan poquitos que semos.

—¡Hum, es lo de menos! Desde hoy vamos a hacerlo ya de otro modo. He oído decir que Crispín Robles llega a todos los pueblos sacando cuantas armas y caballos encuentra; echa fuera de la cárcel a los presos, y en dos por tres tiene gente de sobra. Ya verá. La verdad, compadre Anastasio, hemos tonteado mucho. Parece a manera de mentira que este curro haya venido a enseñarnos la cartilla.

—¡Lo que es eso de saber leer y escribir!...

Los dos suspiraron con tristeza.

Luis Cervantes y muchos otros entraron a informarse de la fecha de salida.

—Mañana mismo nos vamos —dijo Demetrio sin vacilación.

Luego la Codorniz propuso traer música del pueblito inmediato y despedirse con un baile. Y su idea fue acogida con frenesí.

—Pos nos iremos —exclamó Pancracio y dio un aullido—; pero lo que es yo ya

no me voy solo... Tengo mi amor y me lo llevo.

Demetrio dijo que él de muy buena gana se llevaría también a una mozuela que traía entre ojos, pero que deseaba mucho que ninguno de ellos dejara recuerdos negros, como los federales.

—No hay que esperar mucho; a la vuelta se arregla todo —pronunció en voz baja Luis Cervantes.

—¡Cómo! —dijo Demetrio—. ¿Pues no dicen que usted y Camila...?

—No es cierto, mi jefe; ella lo quiere a usted... pero le tiene miedo...

—¿De veras, curro?

—Sí; pero me parece muy acertado lo que usted dice: no hay que dejar malas impresiones... Cuando regresemos en triunfo, todo será diferente; hasta se lo agradecerán.

—¡Ah, curro!... ¡Es usted muy lanza! —contestó Demetrio, sonriendo y palmeándole la espalda.

Al declinar la tarde, como de costumbre, Camila bajaba por agua al río. Por la misma vereda y a su encuentro venía Luis Cervantes.

Camila sintió que el corazón se le quería salir.

Quizá sin reparar en ella, Luis Cervantes, bruscamente, desapareció en un recodo de peñascos.

A esa hora, como todos los días, la penumbra apagaba en un tono mate las rocas calcinadas, los ramajes quemados por el sol y los musgos resecos. Soplaban un viento tibio en débil rumor, meciendo las hojas lanceoladas de la tierna milpa<sup>[157]</sup>. Todo era igual; pero en las piedras, en las ramas secas, en el aire embalsamado y en la hojarasca, Camila encontraba ahora algo muy extraño: como si todas aquellas cosas tuvieran mucha tristeza.

Dobló una peña gigantesca y carcomida, y dio bruscamente con Luis Cervantes, encaramado en una roca, las piernas pendientes y descubierta la cabeza.

—Oye, curro, ven a decirme adiós siquiera.

Luis Cervantes fue bastante dócil. Bajó y vino a ella.

—¡Orgullosa!... ¿Tan mal te serví que hasta el habla me niegas?...

—¿Por qué me dices eso, Camila? Tú has sido muy buena conmigo... mejor que una amiga; me has cuidado como una hermana. Yo me voy muy agradecido de ti y siempre lo recordaré.

—¡Mentiroso! —dijo Camila transfigurada de alegría—. ¿Y si yo no te he hablado?

—Yo iba a darte las gracias esta noche en el baile.

—¿Cuál baile?... Si hay baile, no iré yo...

—¿Por qué no irás?

—Porque no puedo ver al viejo ese... al Demetrio.

—¡Qué tonta!... Mira, él te quiere mucho; no pierdas esta ocasión que no volverás a encontrar en toda tu vida. Tonta, Demetrio va a llegar a general, va a ser

muy rico... Muchos caballos, muchas alhajas, vestidos muy lujosos, casas elegantes y mucho dinero para gastar... ¡Imagínate lo que serías al lado de él!

Para que no le viera los ojos, Camila los levantó hacia el azul del cielo. Una hoja seca se desprendió de las alturas del tajo y, balanceándose en el aire lentamente, cayó como mariposita muerta a sus pies. Se inclinó y la tomó en sus dedos. Luego, sin mirarlo a la cara, susurró:

—¡Ay, curro... si vieras qué feo siento que tú me digas eso!... Si yo a ti es al que quiero... pero a ti nomás... Vete, curro; vete, que no sé por qué me da tanta vergüenza... ¡Vete, vete!...

Y tiró la hoja desmenuzada entre sus dedos angustiosos y se cubrió la cara con la punta de su delantal.

Cuando abrió de nuevo los ojos, Luis Cervantes había desaparecido.

Ella siguió la vereda del arroyo. El agua parecía espolvoreada de finísimo carmín; en sus ondas se removían un cielo de colores y los picachos mitad luz y mitad sombra. Miríadas de insectos luminosos parpadeaban en un remanso. Yen el fondo de guijas lavadas se reprodujo con su blusa amarilla de cintas verdes, sus enaguas blancas sin almidonar, lamida la cabeza y estiradas las cejas y la frente; tal como se había ataviado para gustar a Luis.

Y rompió a llorar.

Entre los jarales las ranas cantaban la implacable melancolía de la hora.

Meciéndose en una rama seca, una torcaz lloró también.

## XV

En el baile hubo mucha alegría y se bebió muy buen mezcal<sup>[158]</sup>.

—Extraño a Camila —pronunció en voz alta Demetrio.

Y todo el mundo buscó con los ojos a Camila.

—Está mala, tiene jaqueca —respondió con aspereza señá Agapita, amoscada por las miradas de malicia que todos tenían puestas en ella.

Ya al acabarse el fandango, Demetrio, bamboleándose un poco, dio las gracias a los buenos vecinos que tan bien los habían acogido y prometió que al triunfo de la revolución a todos los tendría presentes, que «en la cama y en la cárcel se conoce a los amigos».

—Dios los tenga de su santa mano —dijo una vieja.

—Dios los bendiga y los lleve por buen camino —dijeron otras.

Y María Antonia, muy borracha:

—¡Que güelvan pronto... pero re pronto!...

Otro día María Antonia, que aunque cacariza<sup>[159]</sup> y con una nube en un ojo tenía muy mala fama, tan mala que se aseguraba que no había varón que no la hubiese conocido entre los jarales del río, le gritó así a Camila:

—¡Epa, tú!... ¿Qué es eso?... ¿Qué haces en el rincón con el rebozo<sup>[160]</sup> liado a la cabeza?... ¡Huy!... ¿Llorando?... ¡Mira qué ojos! ¡Ya pareces hechicera! ¡Vaya... no te apures!... No hay dolor que al alma llegue, que a los tres días no se acabe.

Señá Agapita juntó las cejas, y quién sabe qué gruñó para sus adentros.

En verdad, las comadres estaban desazonadas por la partida de la gente, y los mismos hombres, no obstante díceres y chismes un tanto ofensivos, lamentaban que no hubiera ya quien surtiera el rancho de carneros y terneras para comer carne a diario. ¡Tan a gusto que se pasa uno la vida comiendo y bebiendo, durmiendo a pierna tirante a la sombra de las peñas, mientras que las nubes se hacen y deshacen en el cielo!

—¡Mírenlos otra vez! Allá van —gritó María Antonia—; parecen juguetes de rinconera.

A lo lejos, allá donde la breña y el chaparral comenzaban a fundirse en un solo plano aterciopelado y azuloso, se perfilaron en la claridad zafirina del cielo y sobre el filo de una cima los hombres de Macías en sus escuetos jamelgos. Una ráfaga de aire cálido llevó hasta los jacales los acentos vagos y entrecortados de *La Adelita*.

Camila, que a la voz de María Antonia había salido a verlos por última vez, no pudo contenerse, y regresó ahogándose en sollozos.

María Antonia lanzó una carcajada y se alejó.

«A mi hija le han hecho mal de ojo», rumoreó<sup>[161]</sup> señá Agapita, perpleja.

Meditó mucho tiempo, y cuando lo hubo reflexionado bien, tomó una decisión: de una estaca clavada en un poste del jacal, entre el Divino Rostro y la Virgen de Jalpa, descolgó un barzón<sup>[162]</sup> de cuero crudo que servía a su marido para uncir la yunta y, doblándolo, propinó a Camila una soberbia golpiza<sup>[163]</sup> para sacarle todo el daño.

En su caballo zaino, Demetrio se sentía rejuvenecido; sus ojos recuperaban su brillo metálico peculiar, y en sus mejillas cobrizas de indígena de pura raza corría de nuevo la sangre roja y caliente.

Todos ensanchaban sus pulmones como para respirar los horizontes dilatados, la inmensidad del cielo, el azul de las montañas y el aire fresco, embalsamado de los aromas de la sierra. Y hacían galopar sus caballos, como si en aquel correr desenfrenado pretendieran posesionarse de toda la tierra. ¿Quién se acordaba ya del severo comandante de la policía, del gendarme gruñón y del cacique enfatuado? ¿Quién del mísero jacal, donde se vive como esclavo, siempre bajo la vigilancia del amo o del hosco y sañudo mayordomo, con la obligación imprescindible de estar de pie antes de salir el sol, con la pala y la canasta, o la mancera y el otate, para ganarse la olla de atole y el plato de frijoles del día?

Cantaban, reían y ululaban, ebrios de sol, de aire y de vida.

El Meco, haciendo cabriolas, mostraba su blanca dentadura, bromeaba y hacía payasadas.

—Oye, Pancracio —preguntó muy serio—; en carta que me pone mi mujer me notifica que izque ya tenemos otro hijo. ¿Cómo es eso? ¡Yo no la veo dende tiempos del señor Madero!

—No, no es nada... ¡La dejaste enhuevada!

Todos ríen estrepitosamente. Sólo el Meco, con mucha gravedad e indiferencia, canta en horrible falsete:

*Yo le daba un centavo  
y ella me dijo que no...  
Yo le daba medio  
y no lo quiso agarrar.  
Tanto me estuvo rogando  
hasta que me sacó un rial.  
¡Ay, qué mujeres ingratas,  
no saben considerar!*

La algarabía cesó cuando el sol los fue aturdiendo.

Todo el día caminaron por el cañón, subiendo y bajando cerros redondos, rapados y sucios como cabezas tiñosas, cerros que se sucedían interminablemente.

Al atardecer, en la lejanía, en medio de un lomerío azul, se esfumaron unas torrecillas acanteradas; luego la carretera polvorienta en blancos remolinos y los postes grises del telégrafo.

Avanzaron hacia el camino real y, a lo lejos, descubrieron el bulto de un hombre en cuclillas, a la vera. Llegaron hasta allí. Era un viejo haraposo y mal encarado. Con una navaja sin filo remendaba trabajosamente un guarache. Cerca de él pacía un borrico cargado de yerba.

Demetrio interrogó:

—¿Qué haces aquí, abuelito?

—Voy al pueblo a llevar alfalfa para mi vaca.

—¿Cuántos son los federales?

—Sí..., unos cuantos; creo que no llegan a la docena.

El viejo soltó la lengua. Dijo que había rumores muy graves: que Obregón<sup>[164]</sup> estaba ya sitiando a Guadalajara; Carrera Torres<sup>[165]</sup>, dueño de San Luis Potosí<sup>[166]</sup>, y Pánfilo Natera, en Fresnillo.

—Bueno —habló Demetrio—, puedes irte a tu pueblo; pero cuidado con ir a decir a nadie una palabra de lo que has visto, porque te truena. Daría contigo aunque te escondieras en el centro de la tierra.

—¿Qué dicen, muchachos? —interrogó Demetrio cuando el viejo se había alejado.

—¡A darles!... ¡A no dejar un mocho vivo! —exclamaron todos a una.

Contaron los cartuchos y las granadas de mano que el Tecolote había fabricado con fragmentos de tubo de hierro y perillas de latón<sup>[167]</sup>.

—Son pocos —observó Anastasio—; pero los vamos a cambiar por carabinas.

Y, ansiosos, se apresuraban a seguir delante, hincando las espuelas en los ijares enjutados de sus agotadas recuas<sup>[168]</sup>.

La voz imperiosa de Demetrio los detuvo.

Acamparon a la falda de una loma, protegidos por espeso huizachal<sup>[169]</sup>. Sin desensillar, cada uno fue buscando una piedra para cabecera.

## XVI

A medianoche, Demetrio Macías dio la orden de marcha.

El pueblo distaba una o dos leguas, y había que dar un albazo<sup>[170]</sup> a los federales.

El cielo estaba nublado, brillaban una que otra estrella y, de vez en vez, en el parpadeo rojizo de un relámpago, se iluminaba vivamente la lejanía.

Luis Cervantes preguntó a Demetrio si no sería conveniente, para el mejor éxito del ataque, tomar un guía o cuando menos procurarse los datos topográficos del pueblo y la situación precisa del cuartel.

—No, curro —respondió Demetrio sonriendo y con un gesto desdeñoso—; nosotros caemos cuando ellos menos se lo esperen, y ya. Así lo hemos hecho muchas veces. ¿Ha visto cómo sacan la cabeza las ardillas por la boca del tusero<sup>[171]</sup> cuando uno se los llena de agua? Pues igual de aturdidos van a salir estos mochos infelices luego que oigan los primeros disparos. No salen más que a servirnos de blanco.

—¿Y si el viejo que ayer nos informó nos hubiera mentado? ¿Si en vez de veinte hombres resultaran cincuenta? ¿Si fuese un espía apostado por los federales?

—¡Este curro ya tuvo miedo! —dijo Anastasio Montañés.

—¡Cómo que no es igual poner cataplasmas y lavativas a manejar un fusil! —observó Pancracio.

—¡Hum! —repuso el Meco—. ¡Es ya mucha plática...! ¡Pa una docena de ratas aturdidas!

—No va a ser hora cuando nuestras madres sepan si parieron hombres o qué —agregó el Manteca.

Cuando llegaron a orillas del pueblito, Venancio se adelantó y llamó a la puerta de una choza.

—¿Dónde está el cuartel? —interrogó al hombre que salió, descalzo y con una garra de jorongo<sup>[172]</sup> abrigando su pecho desnudo.

—El cuartel está abajito de la plaza, amo —contestó.

Mas como nadie sabía dónde era abajito de la plaza, Venancio lo obligó a que caminara a la cabeza de la columna y les enseñara el camino.

Temblando de espanto el pobre diablo, exclamó que era una barbaridad lo que hacían con él.

—Soy un pobre jornalero, señor; tengo mujer y muchos hijos chiquitos.

—¿Y los que yo tengo serán perros? —repuso Demetrio.

Luego ordenó:

—Mucho silencio, y uno a uno por la tierra suelta a media calle.

Dominando el caserío, se alzaba la ancha cúpula cuadrangular de la iglesia.

—Miren, señores, al frente de la iglesia está la plaza, caminan nomás otro tantito pa abajo, y allí mero queda el cuartel.

Luego se arrodilló, pidiendo que ya le dejaran regresar; pero Pancracio, sin responderle, le dio un culatazo sobre el pecho y lo hizo seguir delante.

—¿Cuántos soldados están aquí? —inquirió Luis Cervantes.

—Amo, no quiero mentirle a su mercé; pero la verdá, la mera verdá, que son un titipuchal<sup>[173]</sup>...

Luis Cervantes se volvió hacia Demetrio que fingía no haber escuchado.

De pronto desembocaron en una plazoleta. Una estruendosa descarga de fusilería los ensordeció. Estremeciéndose, el caballo zaino de Demetrio vaciló sobre las piernas, dobló las rodillas y cayó pataleando. El Tecolote lanzó un grito agudo y rodó del caballo, que fue a dar a media plaza, desbocado.

Una nueva descarga, y el hombre guía abrió los brazos y cayó de espaldas, sin exhalar una queja.

Anastasio Montañés levantó rápidamente a Demetrio y se lo puso en ancas. Los demás habían retrocedido ya y se amparaban en las paredes de las casas.

—Señores, señores —habló un hombre del pueblo, sacando la cabeza de un zaguán grande—, lléguenles por la espalda de la capilla... allí están todos. Devuélvanse por esta misma calle, tuerzan sobre su mano zurda, luego darán con un callejoncito, y sigan otra vez adelante a caer en la mera espalda de la capilla.

En ese momento comenzaron a recibir una nutrida lluvia de tiros de pistola. Venían de las azoteas cercanas.

—¡Hum —dijo el hombre—, ésas no son arañas que pican!... Son los curros... Métanse aquí mientras se van... Esos le tienen miedo hasta a su sombra.

—¿Qué tantos son los mochos? —preguntó Demetrio.

—No estaban aquí más que doce; pero anoche traiban mucho miedo y por telégrafo llamaron a los de delantito. ¡Quién sabe los que serán!... Pero no le hace que sean muchos. Los más han de ser de leva, y todo es que uno haga por voltearse y dejan a los jefes solos. A mi hermano le tocó la leva condenada y aquí lo train. Yo me

voy con ustedes, le hago una señal y verán cómo todos se vienen de este lado. Y acabamos nomás con los puros oficiales. Si el señor quisiera darme una armita...

—Rifle no queda, hermano; pero esto de algo te ha de servir —dijo Anastasio Montañés tendiéndole al hombre dos granadas de mano.

El jefe de los federales era un joven de pelo rubio y bigotes retorcidos, muy presuntuoso. Mientras no supo a ciencia cierta el número de los asaltantes, se había mantenido callado y prudente en extremo; pero ahora que los acababan de rechazar con tal éxito que no les habían dado tiempo para contestar un tiro siquiera, hacía gala de valor y temeridad inauditos. Cuando todos los soldados apenas se atrevían a asomar sus cabezas detrás de los pretilos del pórtico, él, a la pálida claridad del amanecer, destacaba airosamente su esbelta silueta y su capa dragona, que el aire hinchaba de vez en vez.

—¡Ah, me acuerdo del cuartelazo<sup>[174]</sup>!...

Como su vida militar se reducía a la aventura en que se vio envuelto como alumno de la Escuela de Aspirantes al verificarse la traición al presidente Madero, siempre que un motivo propicio se presentaba, traía a colación la hazaña de la Ciudadela<sup>[175]</sup>.

—Teniente Campos —ordenó enfático—, baje usted con diez hombres a chicotearme a esos bandidos que se esconden... ¡Canallas!... ¡Sólo son bravos para comer vacas y robar gallinas!

En la puertecilla del caracol apareció un paisano. Llevaba el aviso de que los asaltantes estaban en un corral, donde era facilísimo cogerlos inmediatamente.

Eso informaban los vecinos prominentes del pueblo, apostados en las azoteas y listos para no dejar escapar al enemigo.

—Yo mismo voy a acabar con ellos —dijo con impetuosidad el oficial. Pero pronto cambió de opinión. De la puerta misma del caracol retrocedió:

—Es posible que esperen refuerzos, y no será prudente que yo desampare mi puesto. Teniente Campos, va usted y me los coge vivos a todos, para fusilarlos hoy mismo al mediodía, a la hora que la gente esté saliendo de la misa mayor. ¡Ya verán los bandidos qué ejemplares sé poner!... Pero si no es posible, teniente Campos, acabe con todos. No me deje uno solo vivo. ¿Me ha entendido?

Y, satisfecho, comenzó a dar vueltas, meditando la redacción del parte oficial que rendiría: «Señor ministro de la Guerra, general don Aureliano Blanquet<sup>[176]</sup>. — México—. Hónrome, mi general, en poner en el superior conocimiento de usted que en la madrugada del día... una partida de quinientos hombres al mando del cabecilla H... osó atacar esta plaza. Con la violencia que el caso demandaba, me fortifiqué en las alturas de la población. El ataque comenzó al amanecer, durando más de dos horas un nutrido fuego. No obstante la superioridad numérica del enemigo, logré castigarlo severamente, infligiéndole completa derrota. El número de muertos fue el de veinte y mayor el de heridos, a juzgar por las huellas de sangre que dejaron en su precipitada fuga. En nuestras filas tuvimos la fortuna de no contar una sola baja. —Me honro en

felicitar a usted, señor ministro, por el triunfo de las armas del gobierno. ¡Viva el señor general don Victoriano Huerta! ¡Viva México!».

«Y luego —siguió pensando— mi ascenso seguro a “mayor”». Y se apretó las manos con regocijo, en el mismo momento en que un estallido lo dejó con los oídos zumbando.

## XVII

—¿De modo es que si por este corral pudiéramos atravesar saldríamos derecho al callejón? —preguntó Demetrio.

—Sí; sólo que del corral sigue una casa, luego otro corral y una tienda más adelante —respondió el paisano.

Demetrio, pensativo, se rascó la cabeza. Pero su decisión fue pronta.

—¿Puedes conseguir un barretón, una pica, algo así como para agujerear la pared?

—Sí, hay de todo...; pero...

—¿Pero qué?... ¿En dónde están?

—Cabal que al están los avíos; pero todas esas casas son del patrón, y...

Demetrio, sin acabar de escucharlo, se encaminó hacia el cuarto señalado como depósito de la herramienta.

Todo fue obra de breves minutos.

Luego que estuvieron en el callejón, uno tras otro, arrimados a las paredes, corrieron hasta ponerse detrás del templo.

Había que saltar primero una tapia, en seguida el muro posterior de la capilla.

«Obra de Dios», pensó Demetrio. Y fue el primero que la escaló.

Cual monos, siguieron tras él los otros, llegando arriba con las manos estriadas de tierra y de sangre. El resto fue más fácil: escalones ahuecados en la mampostería les permitieron salvar con ligereza el muro de la capilla; luego la cúpula misma los ocultaba de la vista de los soldados.

—Párense tantito —dijo el paisano—; voy a ver dónde anda mi hermano. Yo les hago la señal..., después sobre las clases, ¿eh?

Sólo que no había en aquel momento quien reparara ya en él.

Demetrio contempló un instante el negrear de los capotes a lo largo del pretil, en todo el frente y por los lados, en las torres apretadas de gente, tras la baranda de hierro.

Se sonrió con satisfacción, y volviendo la cara a los suyos, exclamó:

—¡Hora!...

Veinte bombas estallaron a un tiempo en medio de los federales, que, llenos de espanto, se irguieron con los ojos desmesuradamente abiertos. Mas antes de que pudieran darse cuenta cabal del trance, otras veinte bombas reventaban con fragor, dejando un reguero de muertos y heridos.

—¡Tavía no!... ¡Tavía no!... Tavía no veo a mi hermano... —imploraba angustiado el paisano.

En vano un viejo sargento increpa a los soldados y los injuria, con la esperanza de una reorganización salvadora. Aquello no es más que una correría de ratas dentro de la trampa. Unos van a tomar la puertecilla de la escalera y allí caen acribillados a tiros por Demetrio; otros se echan a los pies de aquella veintena de espectros de cabeza y pechos oscuros como de hierro, de largos calzones blancos desgarrados, que les bajan hasta los guaraches. En el campanario algunos luchan por salir, de entre los muertos que han caído sobre ellos.

—¡Mi jefe! —exclama Luis Cervantes alarmadísimo—. ¡Se acabaron las bombas y los rifles están en el corral! ¡Qué barbaridad!...

Demetrio sonríe, saca un puñal de larga hoja reluciente. Instantáneamente brillan los aceros en las manos de sus veinte soldados; unos largos y puntiagudos, otros anchos como la palma de la mano, y muchos pesados como marrazos<sup>[177]</sup>.

—¡El espía! —clama en son de triunfo Luis Cervantes—. ¡No se los dije!

—¡No me mates, padrecito! —implora el viejo sargento a los pies de Demetrio, que tiene su mano armada en alto.

El viejo levanta su cara indígena llena de arrugas y sin una cana. Demetrio reconoce al que la víspera los engañó.

En un gesto de pavor, Luis Cervantes vuelve bruscamente el rostro. La lámina de acero tropieza con las costillas, que hacen *crac, crac*, y el viejo cae de espaldas con los brazos abiertos y los ojos espantados.

—¡A mi hermano, no!... ¡No lo maten, es mi hermano! —grita loco de terror el paisano que ve a Pancraccio arrojar sobre un federal.

Es tarde. Pancraccio, de un tajo, le ha rebanado el cuello, y como de una fuente borbotan dos chorros escarlata.

—¡Mueran los juanes<sup>[178]</sup>!... ¡Mueran los mochos!...

Se distinguen en la carnicería Pancraccio y el Manteca, rematando a los heridos. Montañés deja caer su mano, rendido ya; en su semblante persiste su mirada dulzona, en su impasible rostro brillan la ingenuidad del niño y la amoralidad del chacal.

—Acá queda uno vivo —grita la Codorniz.

Pancraccio corre hacia él. Es el capitancito rubio de bigote borgoñón<sup>[179]</sup>, blanco como la cera, que, arrimado a un rincón cerca de la entrada al caracol, se ha detenido por falta de fuerzas para descender.

Pancraccio lo lleva a empellones al pretil. Un rodillazo en las caderas y algo como

un saco de piedras que cae de veinte metros de altura sobre el atrio de la iglesia.

—¡Qué bruto eres! —exclama la Codorniz—, si la malicio, no te digo nada. ¡Tan buenos zapatos que le iba yo a avanzar<sup>[180]</sup>!

Los hombres, inclinados ahora, se dedican a desnudar a los que traen mejores ropas. Y con los despojos se visten, y bromean y ríen muy divertidos.

Demetrio, echando a un lado los largos mechones que le han caído sobre la frente, cubriéndole los ojos, empapados en sudor, dice:

—¡Ahora a los curros!

## XVIII

Demetrio llegó con cien hombres a Fresnillo el mismo día que Pánfilo Natera iniciaba el avance de sus fuerzas sobre la plaza de Zacatecas.

El jefe zacatecano lo acogió cordialmente.

—¡Ya sé quién es usted y qué gente trae! ¡Ya tengo noticia de la cuereada<sup>[181]</sup> que han dado a los federales desde Tepic<sup>[182]</sup> hasta Durango!

Natera estrechó efusivamente la mano de Macías, en tanto que Luis Cervantes peroraba:

—Con hombres como mi general Natera y mi coronel Macías, nuestra patria se verá llena de gloria.

Demetrio entendió la intención de aquellas palabras cuando oyó repetidas veces a Natera llamarle «mi coronel».

Hubo vino y cervezas. Demetrio chocó muchas veces su vaso con el de Natera. Luis Cervantes brindó «por el triunfo de nuestra causa, que es el triunfo sublime de la justicia; porque pronto veamos realizados los ideales de redención de este nuestro pueblo sufrido y noble, y sean ahora los mismos hombres que han regado con su propia sangre la tierra los que cosechen los frutos que legítimamente les pertenecen».

Natera volvió un instante su cara adusta hacia el parlanchín, y dándole luego la espalda, se puso a platicar con Demetrio.

Poco a poco, uno de los oficiales de Natera se había acercado fijándose con insistencia en Luis Cervantes. Era joven, de semblante abierto y cordial.

—¿Luis Cervantes?...

—¿El señor Solís?

—Desde que entraron ustedes creí conocerlo... Y, ¡vamos!, ahora lo veo y aún me

parece mentira.

—Y no lo es...

—¿De modo que...? Pero vamos a tomar una copa; venga usted...

—¡Bah! —prosiguió Solís ofreciendo asiento a Luis Cervantes—. ¿Pues desde cuándo se ha vuelto usted revolucionario?

—Dos meses corridos.

—¡Ah, con razón habla todavía con ese entusiasmo y esa fe con que todos venimos aquí al principio!

—¿Usted los ha perdido ya?

—Mire, compañero, no le extrañen confidencias de buenas a primeras. Da tanta gana de hablar con gente de sentido común, por acá, que cuando uno suele encontrarla se le quiere con esa misma ansiedad con que se quiere un jarro de agua fría después de caminar con la boca seca horas y más horas bajo los rayos del sol... Pero, francamente, necesito ante todo que usted me explique... No comprendo cómo el corresponsal de *El País* en tiempo de Madero, el que escribía furibundos artículos en *El Regional*<sup>[183]</sup>, el que usaba con tanta prodigalidad del epíteto de bandidos para nosotros, milite en nuestras propias filas ahora.

—¡La verdad de la verdad, me han convencido! —repuso enfático Cervantes.

—¿Convencido?...

Solís dejó escapar un suspiro; llenó los vasos y bebieron.

—¿Se ha cansado, pues, de la revolución? —preguntó Luis Cervantes esquivo.

—¿Cansado?... Tengo veinticinco años y, usted lo ve, me sobra salud... ¿Desilusionado? Puede ser.

—Debe tener sus razones...

—«Yo pensé una florida pradera al remate de un camino... Y me encontré un pantano». Amigo mío: hay hechos y hay hombres que no son sino pura hiel... Y esa hiel va cayendo gota a gota en el alma, y todo lo amarga, todo lo envenena. Entusiasmo, esperanzas, ideales, alegrías..., ¡nada! Luego no le queda más: o se convierte usted en un bandido igual a ellos, o desaparece de la escena, escondiéndose tras las murallas de un egoísmo impenetrable y feroz.

A Luis Cervantes le torturaba la conversación; era para él un sacrificio oír frases tan fuera de lugar y tiempo. Para eximirse, pues, de tomar parte activa en ella, invitó a Solís a que menudamente refiriera los hechos que le habían conducido a tal estado de desencanto.

—¿Hechos?... Insignificancias, naderías: gestos inadvertidos para los más; la vida instantánea de una línea que se contrae, de unos ojos que brillan, de unos labios que se pliegan; el significado fugaz de una frase que se pierde. Pero hechos, gestos y expresiones que, agrupados en su lógica y natural expresión, constituyen e integran una mueca pavorosa y grotesca a la vez de una raza... ¡De una raza irredenta!... —Apuró un nuevo vaso de vino, hizo una larga pausa y prosiguió—: Me preguntará que por qué sigo entonces en la revolución. La revolución es el huracán, y el hombre que

se entrega a ella no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval...

Interrumpió a Solís la presencia de Demetrio Macías, que se acercó.

—Nos vamos, curro...

Alberto Solís, con fácil palabra y acento de sinceridad profunda, lo felicitó efusivamente por sus hechos de armas, por sus aventuras, que lo habían hecho famoso, siendo conocidas hasta por los mismos hombres de la poderosa División del Norte.

Y Demetrio, encantado, oía el relato de sus hazañas, compuestas y aderezadas de tal suerte, que él mismo no las conociera. Por lo demás, aquello tan bien sonaba a sus oídos, que acabó por contarlas más tarde en el mismo tono y aun por creer que así habíanse realizado.

—¡Qué hombre tan simpático es el general Natera! —observó Luis Cervantes cuando regresaba al mesón—. En cambio, el capitancillo Solís... ¡qué lata!...

Demetrio Macías, sin escucharlo, muy contento, le oprimió un brazo y le dijo en voz baja:

—Ya soy coronel de veras, curro... Y usted, mi secretario...

Los hombres de Macías también hicieron muchas amistades nuevas esa noche, y «por el gusto de habernos conocido», se bebió hartos mezcal y aguardiente. Como no todo el mundo congenia y a veces el alcohol es mal consejero, naturalmente hubo sus diferencias; pero todo se arregló en buena forma y fuera de la cantina, de la fonda o del lupanar, sin molestar a los amigos.

A la mañana siguiente amanecieron algunos muertos: una vieja prostituta con un balazo en el ombligo y dos reclutas del coronel Macías con el cráneo agujereado. Anastasio Montañés le dio cuenta a su jefe, y éste, alzando los hombros, dijo:

—¡Psch!... Pos que los entierren...

## XIX

—Allí vienen ya los gorrudos<sup>[184]</sup> —clamaron con azoro los vecinos de Fresnillo cuando supieron que el asalto de los revolucionarios a la plaza de Zacatecas había sido un fracaso.

Volvía la turba desenfrenada de hombres quemados, mugrientos y casi desnudos, cubierta la cabeza con sombreros de palma de alta copa cónica y de inmensa falda que les ocultaba medio rostro.

Les llamaban los gorrudos. Y los gorrudos regresaban tan alegremente como habían marchado días antes a los combates, saqueando cada pueblo, cada hacienda, cada ranchería y hasta el jacal más miserable que encontraban a su paso.

—¿Quién me merca esta maquinaria? —pregonaba uno, enrojecido y fatigado de llevar la carga de su «avance».

Era una máquina de escribir nueva, que a todos atrajo con los deslumbrantes reflejos del niquelado.

La «Oliver», en una sola mañana, había tenido cinco propietarios, comenzando por valer diez pesos, depreciándose uno o dos a cada cambio de dueño. La verdad era que pesaba demasiado y nadie podía soportarla más de media hora.

—Doy peseta por ella —ofreció la Codorniz.

—Es tuya —respondió el dueño dándosela prontamente y con temores ostensibles de que aquél se arrepintiera.

La Codorniz, por veinticinco centavos, tuvo el gusto de tomarla en sus manos y de arrojarla luego contra las piedras, donde se rompió ruidosamente.

Fue como una señal: todos los que llevaban objetos pesados o molestos comenzaron a deshacerse de ellos, estrellándolos contra las rocas. Volaron los aparatos de cristal y porcelana; gruesos espejos, candelabros de latón, finas estatuillas, tibores<sup>[185]</sup> y todo lo redundante del «avance» de la jornada quedó hecho añicos por el camino.

Demetrio, que no participaba de aquella alegría, ajena del todo al resultado de las operaciones militares, llamó aparte a Montañés y a Pancracio y les dijo:

—A éstos les falta nervio. No es tan trabajoso tomar una plaza. Miren, primero se abre uno así..., luego se va juntando, se va juntando..., hasta que ¡zas!... ¡Y ya!

Y, en un gesto amplio, abría sus brazos nervudos y fuertes; luego los aproximaba poco a poco, acompañando el gesto a la palabra, hasta estrecharlos contra su pecho.

Anastasio y Pancracio encontraban tan sencilla y tan clara la explicación, que contestaron convencidos:

—¡Ésa es la mera verdad!... ¡A éstos les falta nervio!...

La gente de Demetrio se alojó en un corral.

—¿Se acuerda de Camila, compadre Anastasio? —exclamó suspirando Demetrio, tirado boca arriba en el estiércol, donde todos, acostados ya, bostezaban de sueño.

—¿Quién es esa Camila, compadre?

—La que me hacía de comer allá, en el ranchito...

Anastasio hizo un gesto que quería decir: «Esas cosas de mujeres no me interesan a mí».

—No se me olvida —prosiguió Demetrio hablando y con el cigarro en la boca—. Iba yo muy retemalo. Acababa de beberme un jarro de agua azul muy fresquecita. «¿No quiere más?», me preguntó la prietilla... Bueno, pos me quedé rendido del calenturón, y too fue estar viendo una jícara de agua azul y oír la vocecita: «¿No quiere más?»... Pero una voz, compadre, que me sonaba en las orejas como organillo

de plata... Pancracio, tú ¿qué dices? ¿Nos vamos al ranchito?

—Mire, compadre Demetrio, ¿a que no me lo cree? Yo tengo mucha experiencia en eso de las viejas... ¡Las mujeres!... Pa un rato... ¡Y mi' qué rato!... ¡Pa las lepras y rasguños con que me han marcao el pellejo! ¡Mal ajo pa ellas! Son el enemigo malo. De veras, compadre, ¿voy que no me lo cree?... Por eso verá que ni... Pero yo tengo mucha experiencia en eso.

—¿Qué día vamos al ranchito, Pancracio? —insistió Demetrio, echando una bocanada de humo gris.

—Usté nomás dice... Ya sabe que allí dejé a mi amor...

—Tuyo... y no —pronunció la Codorniz amodorrado.

—Tuya... y mía también. Güeno es que seas compadecido y nos la vayas a trair de veras —rumoreó el Manteca.

—Hombre, sí, Pancracio; trate a la tuerta María Antonia, que por acá hace mucho frío —gritó a lo lejos el Meco.

Y muchos prorrumpieron en carcajadas, mientras el Manteca y Pancracio iniciaban su torneo de insolencias y obscenidades.

## XX

—¡Que viene Villa!

La noticia se propagó con la velocidad del relámpago.

—¡Ah, Villa!... La palabra mágica. El gran hombre que se esboza; el guerrero invicto que ejerce a distancia ya su gran fascinación de boa.

—¡Nuestro Napoleón mexicano! —exclama Luis Cervantes.

—Sí, «el Águila azteca, que ha clavado su pico de acero sobre la cabeza de la víbora Victoriano Huerta»... Así dije en un discurso en Ciudad Juárez —habló en tono un tanto irónico Alberto Solís, el ayudante de Natera.

Los dos, sentados en el mostrador de una cantina, apuraban sendos vasos de cerveza.

Y los gorrudos de bufandas al cuello, de gruesos zapatones de vaqueta<sup>[186]</sup> y encallecidas manos de vaquero, comiendo y bebiendo sin cesar, sólo hablaban de Villa y sus tropas.

Los de Natera hacían abrir tamaña boca de admiración a los de Macías.

¡Oh, Villa!... ¡Los combates de Ciudad Juárez, Tierra Blanca<sup>[187]</sup>, Chihuahua,

Torreón<sup>[188]</sup>!

Pero los hechos vistos y vividos no valían nada. Había que oír la narración de sus proezas portentosas, donde, a renglón seguido de un acto de sorprendente magnanimidad, venía la hazaña más bestial. Villa es el indomable señor de la sierra, la eterna víctima de todos los gobiernos, que lo persiguen como una fiera; Villa es la reencarnación de la vieja leyenda: el bandido providencia, que pasa por el mundo con la antorcha luminosa de un ideal: ¡robar a los ricos para hacer ricos a los pobres! Y los pobres le forjan una leyenda que el tiempo se encargará de embellecer para que viva de generación en generación.

—Pero sí sé decirle, amigo Montañés —dijo uno de los de Natera—, que si usted le cae bien a mi general Villa, le regala una hacienda; pero si le choca..., ¡nomás lo manda fusilar!...

¡Ah, las tropas de Villa! Puros hombres nortños, muy bien puestos, de sombrero tejano, traje de kaki nuevecito y calzado de los Estados Unidos de a cuatro dólares.

Y cuando esto decían los hombres de Natera, se miraban entre sí desconsolados, dándose cuenta cabal de sus sombrerozcos de soyate podridos por el sol y la humedad y de las garras de calzones y camisas que medio cubrían sus cuerpos sucios y empiojados.

—Porque ahí no hay hambre... Traen sus carros apretados de bueyes, carneros, vacas. Furgones de ropa; trenes enteros de parque<sup>[189]</sup> y armamentos, y comestibles para que reviente el que quiera.

Luego se hablaba de los aeroplanos de Villa.

—¡Ah, los airoplanos! Abajo, así de cerquita, no sabe usted qué son; parecen canoas, parecen chalupas; pero que comienzan a subir, amigo, y es un ruidazo que lo aturde. Luego algo como un automóvil que va muy recio. Y haga usted de cuenta un pájaro grande, muy grande, que parece de repente que ni se bulle siquiera. Y aquí va lo mero bueno: adentro de ese pájaro, un gringo lleva miles de granadas. ¡Afigúrese lo que será eso! Llega la hora de pelear, y como quien les riega maíz a las gallinas, allí van puños y puños de plomo pa'l enemigo... Y aquello se vuelve un camposanto: muertos por aquí, muertos por allí, y ¡muertos por todas partes!

Y como Anastasio Montañés preguntara a su interlocutor si la gente de Natera había peleado ya junto con la de Villa, se vino a cuenta de que todo lo que con tanto entusiasmo estaban platicando sólo de oídas lo sabían, pues que nadie de ellos le había visto jamás la cara a Villa.

—¡Hum..., pos se me hace que de hombre a hombre todos semos iguales!... Lo que es pa mí naiden es más hombre que otro. Pa peliar, lo que uno necesita es nomás tantita vergüenza. ¡Yo, qué soldado ni qué nada había de ser! Pero, oiga, al donde me mira tan desgarrao... ¿Voy que no me lo cree? Pero, de veras, yo no tengo necesidá...

—¡Tengo mis diez yuntas de bueyes!... ¿A que no me lo cree? —dijo la Codorniz a espaldas de Anastasio, remedándolo y dando grandes risotadas.

## XXI

El atronar de la fusilería aminoró y fue alejándose. Luis Cervantes se animó a sacar la cabeza de su escondrijo, en medio de los escombros de unas fortificaciones, en lo más alto del cerro.

Apenas se daba cuenta de cómo había llegado hasta allí. No supo cuándo desaparecieron Demetrio y sus hombres de su lado. Se encontró solo de pronto, y luego, arrebatado por una avalancha de infantería, lo derribaron de la montura, y cuando, todo pisoteado, se enderezó, uno de a caballo lo puso a grupas. Pero, a poco, caballo y montados dieron en tierra, y él sin saber de su fusil, ni del revólver, ni de nada, se encontró en medio de la blanca humareda y del silbar de los proyectiles. Y aquel hoyanco y aquellos pedazos de adobes amontonados se le habían ofrecido como abrigo segurísimo.

—¡Compañero!...

—¡Compañero!...

—Me tiró el caballo; se me echaron encima; me han creído muerto y me despojaron de mis armas... ¿Qué podía yo hacer? —explicó apenado Luis Cervantes.

—A mí nadie me tiró... Estoy aquí por precaución..., ¿sabe?...

El tono festivo de Alberto Solís ruborizó a Luis Cervantes.

—¡Caramba! —exclamó aquél—. ¡Qué machito es su jefe! ¡Qué temeridad y qué serenidad! No sólo a mí, sino a muchos bien quemados nos dejó con tamaña boca abierta.

Luis Cervantes, confuso, no sabía qué decir.

—¡Ah! ¿No estaba usted allí? ¡Bravo! ¡Buscó lugar seguro a muy buena hora!... Mire, compañero; venga para explicarle. Vamos allí, detrás de aquel picacho. Note que de aquella laderita, al pie del cerro, no hay más vía accesible que lo que tenemos delante; a la derecha la vertiente está cortada a plomo y toda maniobra es imposible por ese lado; punto menos por la izquierda: el ascenso es tan peligroso, que dar un solo paso en falso es rodar y hacerse añicos por las vivas aristas de las rocas. Pues bien; una parte de la brigada Moya nos tendimos en la ladera, pecho a tierra, resueltos a avanzar sobre la primera trinchera de los federales. Los proyectiles pasaban zumbando sobre nuestras cabezas; el combate era ya general; hubo un momento en que dejaron de foguearnos. Nos supusimos que se les atacaba vigorosamente por la espalda. Entonces nosotros nos arrojamos sobre la trinchera. ¡Ah, compañero, fíjese! ... De media ladera abajo es un verdadero tapiz de cadáveres. Las ametralladoras lo hicieron todo; nos barrieron materialmente; unos cuantos pudimos escapar. Los generales estaban lívidos y vacilaban en ordenar una nueva carga con el refuerzo inmediato que nos vino. Entonces fue cuando Demetrio Macías, sin esperar ni pedir órdenes a nadie, gritó:

«—¡Arriba, muchachos!...

—¡Qué bárbaro! —clamé asombrado.

Los jefes, sorprendidos, no chistaron. El caballo de Macías, cual si en vez de pesuñas hubiese tenido garras de águila, trepó sobre estos peñascos. “¡Arriba, arriba!”, gritaron sus hombres, siguiendo tras él, como venados, sobre las rocas, hombres y bestias hechos uno. Sólo un muchacho perdió pisada y rodó al abismo; los demás aparecieron en brevísimos instantes en la cumbre, derribando trincheras y acuchillando soldados. Demetrio lazaba las ametralladoras, tirando de ellas cual si fuesen toros bravos. Aquello no podía durar. La desigualdad numérica los habría aniquilado en menos tiempo del que gastaron en llegar allí. Pero nosotros nos aprovechamos del momentáneo desconcierto, y con rapidez vertiginosa nos echamos sobre las posiciones y los arrojamos de ellas con la mayor facilidad. ¡Ah, qué bonito soldado es su jefe!».

De lo alto del cerro se veía un costado de la Bufo, con su crestón, como testa empenachada de altivo rey azteca. La vertiente, de seiscientos metros, estaba cubierta de muertos, con los cabellos enmarañados, manchadas las ropas de tierra y de sangre, y en aquel hacinamiento de cadáveres calientes, mujeres haraposas iban y venían como famélicos coyotes esculcando y despojando.

En medio de la humareda blanca de la fusilería y los negros borbotones de los edificios incendiados, refulgían al claro sol casas de grandes puertas y múltiples ventanas, todas cerradas; calles en amontonamiento, sobrepuestas y revueltas en vericuetos pintorescos, trepando a los cerros circunvecinos. Y sobre el caserío risueño se alzaba una alquería de esbeltas columnas y las torres y cúpulas de las iglesias.

—¡Qué hermosa es la revolución, aun en su misma barbarie! —pronunció Solís conmovido. Luego, en voz baja y con vaga melancolía:

—Lástima que lo que falta no sea igual. Hay que esperar un poco. A que no haya combatientes, a que no se oigan más disparos que los de las turbas entregadas a las delicias del saqueo; a que resplandezca diáfana, como una gota de agua, la psicología de nuestra raza, condensada en dos palabras: ¡robar, matar!... ¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra misma vida por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie!... ¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos!... ¡Lástima de sangre!

Muchos federales fugitivos subían huyendo de soldados de grandes sombreros de palma y anchos calzones blancos.

Pasó silbando una bala.

Alberto Solís, que, cruzados los brazos, permanecía absorto después de sus últimas palabras, tuvo un sobresalto repentino y dijo:

—Compañero, maldito lo que me simpatizan estos mosquitos zumbadores. ¿Quiere que nos alejemos un poco de aquí?

Fue la sonrisa de Luis Cervantes tan despectiva, que Solís, amoscado, se sentó tranquilamente en una peña.

Su sonrisa volvió a vagar siguiendo las espirales de humo de los rifles y la

polvareda de cada casa derribada y cada techo que se hundía. Y creyó haber descubierto un símbolo de la revolución en aquellas nubes de humo y en aquellas nubes de polvo que fraternalmente ascendían, se abrazaban, se confundían y se borraban en la nada.

—¡Ah —clamó de pronto—, ahora sí!...

Y su mano tendida señaló la estación de los ferrocarriles. Los trenes resoplando furiosos, arrojando espesas columnas de humo, los carros<sup>[190]</sup> colmados de gente que escapaba a todo vapor.

Sintió un golpecito seco en el vientre, y como si las piernas se le hubiesen vuelto de trapo, resbaló de la piedra. Luego le zumbaron los oídos... Después, oscuridad y silencio eternos...

## SEGUNDA PARTE

### I

Al champaña que ebulle en burbujas donde se descompone la luz de los candiles, Demetrio Macías prefiere el límpido tequila de Jalisco.

Hombres manchados de tierra, de humo y de sudor, de barbas crespas y alborotadas cabelleras, cubiertos de andrajos mugrientos, se agrupan en torno de las mesas de un restaurante<sup>[191]</sup>.

—Yo maté dos coroneles —clama con voz ríspida y gutural un sujeto pequeño y gordo, de sombrero galoneado, cotona de gamuza<sup>[192]</sup> y mascada solferina<sup>[193]</sup> al cuello—. ¡No podían correr de tan tripones: se tropezaban con las piedras, y para subir al cerro, se ponían como jitomates y echaban tamaña lengua!... «No corran tanto, mochitos —les grité—; párense, no me gustan las gallinas asustadas... ¡Párense, pelones, que no les voy a hacer nada!... ¡Están dados!», ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!... La comieron los muy... ¡Paf, paf! ¡Uno para cada uno... y de veras descansaron!

—A mí se me jue uno de los meros copetones<sup>[194]</sup> —habló un soldado de rostro renegrido, sentado en un ángulo del salón, entre el muro y el mostrador, con las piernas alargadas y el fusil entre ellas—. ¡Ah, cómo traiba oro el condenado! Nomás le hacían visos los galones en las charreteras y en la mantilla<sup>[195]</sup>. ¿Y yo?... ¡El muy burro lo dejé pasar! Sacó el paño y me hizo la contraseña, y yo me quedé nomás abriendo la boca. ¡Pero apenas me dio campo de hacerme de la esquina, cuando aistá a bala y hala!... Lo dejé que acabara un cargador... ¡Hora voy yo!... ¡Madre mía de pipa, que no le fierre a este jijo de... la mala palabra! ¡Nada, nomás dio el estampido! ... ¡Traiba muy buen cuaco<sup>[196]</sup>! Me pasó por los ojos como un relámpago... Otro probe que venía por la misma calle me la pagó... ¡Qué maroma lo he hecho dar!

Se arrebatan las palabras de la boca, y mientras ellos refieren con mucho calor sus aventuras, mujeres de tez aceitunada, ojos blanquecinos y dientes de marfil, con revólveres a la cintura, cananas apretadas de tiros cruzados sobre el pecho, grandes sombreros de palma a la cabeza, van y vienen como perros callejeros entre los grupos.

Una muchacha de carrillos teñidos de carmín, de cuello y brazos muy trigueños y de burdísimo continente, da un salto y se pone sobre el mostrador de la cantina, cerca de la mesa de Demetrio.

Éste vuelve la cara hacia ella y choca con unos ojos lascivos, bajo una frente pequeña y entre dos bandos de pelo hirsuto.

La puerta se abre de par en par y, boquiabiertos y deslumbrados, uno tras otro, penetran Anastasio Montañés, Pancracio, la Codorniz y el Meco.

Anastasio da un grito de sorpresa y se adelanta a saludar al charro pequeño y gordo, de sombrero galoneado y mascada solferina.

Son viejos amigos que ahora se reconocen. Y se abrazan tan fuerte que la cara se les pone negra.

—Compadre Demetrio, tengo el gusto de presentarle al güero Margarito... ¡Un amigo de veras!... ¡Ah, cómo quiero yo a este güero! Ya lo conocerá, compadre... ¡Es reteacabao!... ¿Te acuerdas, güero, de la penitenciaría de Escobedo, allá en Jalisco?... ¡Un año juntos!

Demetrio, que permanecía silencioso y huraño en medio de la alharaca general, sin quitarse el puro de entre los labios rumoreó tendiéndole la mano:

—Servidor...

—¿Usted se llama, pues, Demetrio Macías? —preguntó intempestivamente la muchacha que sobre el mostrador estaba meneando las piernas y tocaba con sus zapatos de vaqueta la espalda de Demetrio.

—A la orden —le contestó éste, volviendo apenas la cara.

Ella, indiferente, siguió moviendo las piernas descubiertas, haciendo ostentación de sus medias azules.

—¡Eh, Pintada!... ¿Tú por acá?... Anda, baja, ven a tomar una copa —le dijo el güero Margarito.

La muchacha aceptó en seguida la invitación y con mucho desparpajo se abrió lugar, sentándose enfrente de Demetrio.

—¿Conque usted es el famoso Demetrio Macías que tanto se lució en Zacatecas? —preguntó la Pintada.

Demetrio inclinó la cabeza asintiendo, en tanto que el güero Margarito lanzaba una alegre carcajada y decía:

—¡Diablo de Pintada tan lista!... ¡Ya quieres estrenar general!...

Demetrio, sin comprender, levantó los ojos hacia ella; se miraron cara a cara como dos perros desconocidos que se olfatean con desconfianza. Demetrio no pudo sostener la mirada furiosamente provocativa de la muchacha y bajó los ojos.

Oficiales de Natera, desde sus sitios, comenzaron a bromear a la Pintada con dicharachos obscenos.

Pero ella, sin inmutarse, dijo:

—Mi general Natera le va a dar a usted su aguilita... ¡Ándele, chóquela!...

Y tendió su mano hacia Demetrio y lo estrechó con fuerza varonil.

Demetrio, envanecido por las felicitaciones que comenzaron a lloverle, mandó que sirvieran champaña.

—No, yo no quiero vino ahora, ando malo —dijo el güero Margarito al mesero—;

tráeme sólo agua con hielo.

—Yo quiero de cenar con tal de que no sea chile ni frijol, lo que jaiga —pidió Pancracio.

Siguieron entrando oficiales y poco a poco se llenó el restaurante. Menudearon las estrellas y las barras en sombreros de todas formas y matices; grandes pañuelos de seda al cuello, anillos de gruesos brillantes y pesadas leopoldinas de oro.

—Oye, mozo —gritó el güero Margarito—, te he pedido agua con hielo... Entiende que no te pido limosna... Mira este fajo de billetes: te compro a ti y... a la más vieja de tu casa, ¿entiendes?... No me importa saber si se acabó, ni por qué se acabó... Tú sabrás de dónde me la traes... ¡Mira que soy muy corajudo!... Te digo que no quiero explicaciones, sino agua con hielo... ¿Me la traes o no me la traes?... ¿Ah, no?... Pues toma...

El mesero<sup>[197]</sup> cae al golpe de una sonora bofetada.

—Así soy yo, mi general Macías; mire cómo ya no me queda pelo de barba en la cara. ¿Sabe por qué? Pues porque soy muy corajudo, y cuando no tengo en quién descansar, me arranco los pelos hasta que me baja el coraje. ¡Palabra de honor, mi general; si no lo hiciera así, me moriría del puro berrinche!

—Es muy malo eso de comerse uno solo sus corajes —afirma, muy serio, uno de sombrero de petate como cobertizo de jacal—. Yo, en Torreón, maté a una vieja que no quiso venderme un plato de enchiladas. Estaban de pleito. No cumplí mi antojo, pero siquiera descansé.

—Yo maté a un tendajonero<sup>[198]</sup> en el Parral porque me metió en un cambio dos billetes de Huerta —dijo otro de estrellita, mostrando, en sus dedos negros y callosos, piedras de luces refulgentes.

—Yo, en Chihuahua, maté a un tío porque me lo topaba siempre en la misma mesa y a la misma hora, cuando yo iba a almorzar... ¡Me chocaba mucho!... ¡Qué quieren ustedes!...

—¡Hum!... Yo maté...

El tema es inagotable.

A la madrugada, cuando el restaurante está lleno de alegría y de escupitajos, cuando con las hembras norteñas de caras oscuras y cenicientas se revuelven jovencitas pintarrajeadas de los suburbios de la ciudad, Demetrio saca su repetición de oro incrustado de piedras y pide la hora a Anastasio Montañés.

Anastasio ve la carátula, luego saca la cabeza por una ventanilla y, mirando al cielo estrellado, dice:

—Ya van muy colgadas las cabrillas, compadre; no dilata en amanecer.

Fuera del restaurante no cesan los gritos, las carcajadas y las canciones de los ebrios. Pasan soldados a caballo desbocado, azotando las aceras. Por todos los rumbos de la ciudad se oyen disparos de fusiles y pistolas.

Y por en medio de la calle caminan, rumbo al hotel, Demetrio y la Pintada, abrazados y dando tumbos.

## II

—¡Qué brutos! —exclamó la Pintada riendo a carcajadas—. ¿Pos de dónde son ustedes? Si eso de que los soldados vayan a parar a los mesones es cosa que ya no se usa. ¿De dónde vienen? Llega uno a cualquier parte y no tiene más que escoger la casa que le cuadre y ésa agarra sin pedirle licencia a naiden. Entonces ¿pa quién jue la revolución? ¿Pa los catrines<sup>[199]</sup>? Si ahora nosotros vamos a ser los meros catrines... A ver, Pancracio, presta acá tu marrazo... ¡Ricos... tales!... Todo lo han de guardar debajo de siete llaves.

Hundió la punta de acero en la hendidura de un cajón y, haciendo palanca con el mango rompió la chapa y levantó astillada la cubierta del escritorio.

Las manos de Anastasio Montañés, de Pancracio y de la Pintada se hundieron en el montón de cartas, estampas, fotografías y papeles desparramados por la alfombra.

Pancracio manifestó su enojo de no encontrar algo que le complaciera, lanzando al aire con la punta del guarache un retrato encuadrado, cuyo cristal se estrelló en el candelabro del centro.

Sacaron las manos vacías de entre los papeles, profiriendo insolencias.

Pero la Pintada, incansable, siguió descerrajando cajón por cajón, hasta no dejar hueco sin escudriñar.

No advirtieron el rodar silencioso de una pequeña caja forrada de terciopelo gris, que fue a parar a los pies de Luis Cervantes.

Éste, que veía todo con aire de profunda indiferencia, mientras Demetrio, despatarrado sobre la alfombra, parecía dormir, atrajo con la punta del pie la cajita, se inclinó, rascóse un tobillo y con ligereza la levantó.

Se quedó deslumbrado: dos diamantes de aguas purísimas en una montadura de filigrana. Con prontitud la ocultó en el bolsillo.

Cuando Demetrio despertó, Luis Cervantes le dijo:

—Mi general, vea usted qué diabluras han hecho los muchachos. ¿No sería conveniente evitarles esto?

—No, curro... ¡Pobres!... Es el único gusto que les queda después de ponerle la barriga a las balas.

—Sí, mi general, pero siquiera que no lo hagan aquí... Mire usted, eso nos desprestigia, y lo que es peor, desprestigia nuestra causa...

Demetrio clavó sus ojos de aguilucho en Luis Cervantes. Se golpeó los dientes con las uñas de dos dedos y dijo:

—No se ponga colorado... ¡Mire, a mí no me cuente!... Ya sabemos que lo tuyo, tuyo, y lo mío, mío. A usted le tocó la cajita, bueno; a mí el reloj de repetición.

Y ya los dos en muy buena armonía, se mostraron sus «avances».

La Pintada y sus compañeros, entretanto, registraban el resto de la casa.

La Codorniz entró en la sala con una chiquilla de doce años, ya marcada con

manchas cobrizas en la frente y en los brazos<sup>[200]</sup>. Sorprendidos los dos, se mantuvieron atónitos, contemplando los montones de libros sobre la alfombra, mesas y sillas, los espejos descolgados con sus vidrios rotos, grandes marcos de estampas y retratos destrozados, muebles y bibelots hechos pedazos. Con ojos ávidos, la Codorniz buscaba su presa, suspendiendo la respiración.

Afuera, en un ángulo del patio y entre el humo sofocante, el Manteca cocía elotes<sup>[201]</sup>, atizando las brasas con libros y papeles que alzaban vivas llamaradas.

—¡Ah —gritó de pronto la Codorniz—, mira lo que me fallé!... ¡Qué sudaderos pa mi yegua!...

Y de un tirón arrancó una cortina de peluche, que se vino al suelo con todo y galería sobre el copete finamente tallado de un sillón.

—¡Mira, tú... cuánta vieja encuerada! —clamó la chiquilla de la Codorniz, divertidísima con las láminas de un lujoso ejemplar de la *Divina Comedia*—. Ésta me cuadra y me la llevo.

Y comenzó a arrancar los grabados que más llamaban su atención. Demetrio se incorporó y tomó asiento al lado de Luis Cervantes. Pidió cerveza, alargó una botella a su secretario, y de un solo trago apuró la suya. Luego, amodorrado, entrecerró los ojos y volvió a dormir.

—Oiga —habló un hombre a Pancraccio en el zaguán—, ¿a qué hora se le puede hablar al general?

—No se le puede hablar a ninguna; amaneció crudo<sup>[202]</sup> —respondió Pancraccio—. ¿Qué quiere?

—Que me venda uno de esos libros que están quemando.

—Yo mesmo se los puedo vender.

—¿A cómo los da?

Pancraccio, perplejo, frunció las cejas:

—Pos los que tengan monitos, a cinco centavos, y los otros... se los doy de pilón<sup>[203]</sup> si me merca todos.

El interesado volvió por los libros con una canasta pizcadora<sup>[204]</sup>.

—¡Demetrio, hombre, Demetrio, despierta ya —gritó la Pintada—, ya no duermas como puerco gordo! ¡Mira quién está aquí!... ¡El güero Margarito! ¡No sabes tú todo lo que vale este güero!

—Yo lo aprecio a usted mucho, mi general Macías, y vengo a decirle que tengo mucha voluntad y me gustan mucho sus modales. Así es que, si no lo tiene a mal, yo me paso a su brigada.

—¿Qué grado tiene? —inquirió Demetrio.

—Capitán primero, mi general.

—Véngase, pues... Aquí lo hago mayor.

El güero Margarito era un hombrecillo redondo, de bigotes retorcidos, ojos azules muy malignos que se le perdían entre los carrillos y la frente cuando se reía. Ex mesero del Delmónico<sup>[205]</sup> de Chihuahua, ostentaba ahora tres barras de latón

amarillo, insignias de su grado en la División del Norte.

El güero colmó de elogios a Demetrio y a sus hombres, y con esto bastó para que una caja de cervezas se vaciara en un santiamén.

La Pintada apareció de pronto en medio de la sala, luciendo un espléndido traje de seda de riquísimos encajes.

—¡Nomás las medias se te olvidaron! —exclamó el güero Margarito desternillándose de risa.

La muchacha de la Codorniz prorrumpió también en carcajadas.

Pero a la Pintada nada se le dio; hizo una mueca de indiferencia, se tiró en la alfombra y con los propios pies hizo saltar las zapatillas de raso blanco, moviendo muy a gusto los dedos desnudos, entumecidos por la opresión del calzado, y dijo:

—¡Epa, tú, Pancracio!... Anda a traerme unas medias azules de mis «avances».

La sala se iba llenando de nuevos amigos y viejos compañeros de campaña. Demetrio, animándose, comenzaba a referir menudamente algunos de sus más notables hechos de armas.

—Pero ¿qué ruido es ése? —preguntó sorprendido por el afinar de cuerdas y latones en el patio de la casa.

—Mi general —dijo solemnemente Luis Cervantes—, es un banquete que le ofrecemos sus viejos amigos y compañeros para celebrar el hecho de armas de Zacatecas y el merecido ascenso de usted a general.

### III

—Le presento a usted, mi general Macías, a mi futura —pronunció enfático Luis Cervantes, haciendo entrar al comedor a una muchacha de rara belleza.

Todos se volvieron hacia ella, que abría sus grandes ojos azules con azoro.

Tendría apenas catorce años; su piel era fresca y suave como un pétalo de rosa; sus cabellos rubios, y la expresión de sus ojos con algo de maligna curiosidad y mucho de vago temor infantil.

Luis Cervantes reparó en que Demetrio clavaba su mirada de ave de rapiña en ella y se sintió satisfecho.

Se le abrió sitio entre el güero Margarito y Luis Cervantes, enfrente de Demetrio.

Entre los cristales, porcelanas y búcaros de flores, abundaban las botellas de tequila.

El Meco entró sudoroso y renegando, con una caja de cervezas a cuestras.

Ustedes no conocen todavía a este güero —dijo la Pintada reparando en que él no quitaba los ojos de la novia de Luis Cervantes—. Tiene mucha sal, y en el mundo no he visto gente más acabada que él.

Le lanzó una mirada lúbrica y añadió:

—¡Por eso no lo puedo ver ni pintado!

Rompió la orquesta una rumbosa marcha taurina. Los soldados bramaron de alegría.

—¡Qué menudo, mi general!... Le juro que en mi vida he comido otro más bien guisado —dijo el güero Margarito, e hizo reminiscencias del Delmónico de Chihuahua.

—¿Le gusta de veras, güero? —repuso Demetrio—. Pos que le sirvan hasta que llene.

—Ése es mi mero gusto —confirmó Anastasio Montañés—, y eso es lo bonito; de que a mí me cuadra un guiso, como, como, hasta que lo eructo.

Siguió un ruido de bocazas y grandes tragantadas. Se bebió copiosamente.

Al final, Luis Cervantes tomó una copa de champaña y se puso de pie:

—Señor general...

—¡Hum! —interrumpió la Pintada—. Hora va de discurso, y eso es cosa que a mí me aburre mucho. Voy mejor al corral, al cabo ya no hay qué comer.

Luis Cervantes ofreció el escudo de paño negro con una aguilita<sup>[206]</sup> de latón amarillo, en un brindis que nadie entendió, pero que todos aplaudieron con estrépito.

Demetrio tomó en sus manos la insignia de su nuevo grado y, muy encendido, la mirada brillante, relucientes los clientes, dijo con mucha ingenuidad:

—¿Y qué voy a hacer ahora yo con este zopilote<sup>[207]</sup>?

—Compadre —pronunció trémulo y en pie Anastasio Montañés—, yo no tengo que decirle...

Transcurrieron minutos enteros; las malditas palabras no querían acudir al llamado del compadre Anastasio. Su cara enrojecida perlaba el sudor en su frente, costrosa de mugre. Por fin se resolvió a terminar su brindis:

—Pos yo no tengo que decirle... sino que ya sabe que soy su compadre...

Y como todos habían aplaudido a Luis Cervantes, el propio Anastasio, al acabar, dio la señal, palmoteando con mucha gravedad.

Pero todo estuvo bien y su torpeza sirvió de estímulo. Brindaron el Manteca y la Codorniz.

Llegaba su turno al Meco, cuando se presentó la Pintada dando fuertes voces de júbilo. Chasqueando la lengua, pretendía meter al comedor una bellísima yegua de un negro azabache.

—¡Mi «avance»! ¡Mi «avance»! —clamaba palmoteando el cuello enarcado del soberbio animal.

La yegua se resistía a franquear la puerta; pero un tirón del cabestro y un latigazo en el anca la hicieron entrar con brío y estrépito.

Los soldados, embebecidos, contemplaban con mal reprimida envidia la rica presa.

—¡Yo no sé qué carga esta diabla de Pintada que siempre nos gana los mejores «avances»! —clamó el güero Margarito—. Así la verán desde que se nos juntó en Tierra Blanca.

—Epa, tú, Pancraccio, anda a traerme un tercio de alfalfa pa mi yegua —ordenó secamente la Pintada.

Luego tendió la sogá a un soldado.

Una vez más llenaron los vasos y las copas. Algunos comenzaban a doblar el cuello y a entrecerrar los ojos; la mayoría gritaba jubilosa.

Y entre ellos la muchacha de Luis Cervantes, que había tirado todo el vino en un pañuelo, tornaba de una parte a la otra sus grandes ojos azules, llenos de azoro.

—Muchachos —gritó de pie el güero Margarito, dominando con su voz aguda y gutural el vocerío—, estoy cansado de vivir y me han dado ganas ahora de matarme. La Pintada ya me hartó... y este querubincito del cielo no arrienda siquiera a verme...

Luis Cervantes notó que las últimas palabras iban dirigidas a su novia, y con gran sorpresa vino a cuentas de que el pie que sentía entre los de la muchacha no era de Demetrio, sino del güero Margarito.

Y la indignación hirvió en su pecho.

—¡Fíjense, muchachos —prosiguió el güero con el revólver en lo alto—; me voy a pegar un tiro en la merita frente!

Y apuntó al gran espejo del fondo, donde se veía de cuerpo entero.

—¡No te buigas<sup>[208]</sup>, Pintada!...

El espejo se estrelló en largos y puntiagudos fragmentos. La bala había pasado rozando los cabellos de la Pintada, que ni pestañeó siquiera.

## IV

Al atardecer despertó Luis Cervantes, se restregó los ojos y se incorporó. Se encontraba en el suelo duro, entre los tuestos del huerto. Cerca de él respiraban ruidosamente, muy dormidos, Anastasio Montañés, Pancraccio y la Codorniz.

Sintió los labios hinchados y la nariz dura y seca; se miró sangre en las manos y en la camisa, e instantáneamente hizo memoria de lo ocurrido. Pronto se puso de pie y se encaminó hacia una recámara; empujó la puerta repetidas veces, sin conseguir

abrirla. Mantúvose indeciso algunos instantes.

Porque todo era cierto; estaba seguro de no haber soñado. De la mesa del comedor se había levantado con su compañera, la condujo a la recámara; pero antes de cerrar la puerta, Demetrio, tambaleándose de borracho, se precipitó tras ellos. Luego la Pintada siguió a Demetrio, y comenzaron a forcejear. Demetrio, con los ojos encendidos como una brasa y hebras cristalinas en los burdos labios, buscaba con avidez a la muchacha. La Pintada, a fuertes empujones, lo hacía retroceder.

—¡Pero tú qué!... ¿Tú qué?... —ululaba Demetrio irritado.

La Pintada metió la pierna entre las de él, hizo palanca y Demetrio cayó de largo, fuera del cuarto.

Se levantó furioso.

—¡Auxilio!... ¡Auxilio!... ¡Que me mata!...

La Pintada cogía vigorosamente la muñeca de Demetrio y desviaba el cañón de su pistola.

La hala se incrustó en los ladrillos. La Pintada seguía berreando. Anastasio Montañés llegó detrás de Demetrio y lo desarmó.

Éste, como toro a media plaza, volvió sus ojos extraviados. Le rodeaban Luis Cervantes, Anastasio, el Manteca y otros muchos.

—¡Infelices!... ¡Me han desarmado!... ¡Como si pa ustedes se necesitaran armas!

Y abriendo los brazos, en brevísimos instantes volteó de narices sobre el enladrillado al que alcanzó.

¿Y después? Luis Cervantes no recordaba más. Seguramente que allí se habían quedado bien aporreados y dormidos. Seguramente que su novia, por miedo a tanto bruto, había tomado la sabia providencia de encerrarse.

«Tal vez esa recámara comunique con la sala y por ella pueda entrar», pensó.

A sus pasos despertó la Pintada, que dormía cerca de Demetrio, sobre la alfombra y al pie de un confidente colmado de alfalfa y maíz donde la yegua negra cenaba.

—¿Qué busca? —preguntó la muchacha—. ¡Ah, sí; ya sé lo que quiere!... ¡Sinvergüenza!... Mire, encerré a su novia porque ya no podía aguantar a este condenado de Demetrio. Coja la llave, allí está sobre la mesa.

En vano Luis Cervantes buscó por todos los escondrijos de la casa.

—A ver, curro, cuénteme cómo estuvo eso de esa muchacha.

Luis Cervantes, muy nervioso, seguía buscando la llave.

—No coma ansia, hombre, allá se la voy a dar. Pero cuénteme... A mí me divierten mucho estas cosas. Esa currita es igual a usted... No es pata rajada como nosotros.

—No tengo qué contar... Es mi novia y ya.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Su novia y... no! Mire, curro, adonde usted va yo ya vengo. Tengo el colmillo duro. A esa pobre la sacaron de su casa entre el Manteca y el Meco; eso ya lo sabía...; pero usted les ha de haber dado por ella... algunas mancuernillas<sup>[209]</sup> chapeadas... alguna estampita milagrosa del Señor de la Villita... ¿Miento, curro?...

¡Que los hay, los hay!... ¡El trabajo es dar con ellos!... ¿Verdad?

La Pintada se levantó a darle la llave; pero tampoco la encontró y se sorprendió mucho.

Estuvo largo rato pensativa.

De repente salió a toda carrera hacia la puerta de la recámara, aplicó un ojo a la cerradura y allí se mantuvo inmóvil hasta que su vista se hizo a la oscuridad del cuarto. De pronto, y sin quitar los ojos, murmuró:

—¡Ah, güero... jijo de un...! ¡Asómese nomás, curro!

Y se alejó, lanzando una sonora carcajada.

—¡Si le digo que en mi vida he visto hombre más acabado que éste!

Otro día por la mañana, la Pintada espío el momento en que el güero salía de la recámara a darle de almorzar a su caballo.

—¡Criatura de Dios! ¡Anda, vete a tu casa! ¡Estos hombres son capaces de matarte!... ¡Anda, corre!...

Y sobre la chiquilla de grandes ojos azules y semblante de virgen, que sólo vestía camisón y medias, echó la frazada piojosa del Manteca; la cogió de la mano y la puso en la calle.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó—. Ahora sí... ¡Cómo quiero yo a este güero!

## V

Como los potros que relinchan y retozan a los primeros truenos de mayo, así van por la sierra los hombres de Demetrio.

—¡A Moyahua, muchachos!

—A la tierra de Demetrio Macías.

—¡A la tierra de don Mónico el cacique!

El paisaje se aclara, el sol asoma en una faja escarlata sobre la diafanidad del cielo.

Vanse destacando las cordilleras como monstruos alargados, de angulosa vertebradura; cerros que parecen testas de colosales ídolos aztecas, caras de gigantes, muecas pavorosas y grotescas, que ora hacen sonreír, ora dejan un vago terror, algo como presentimiento de misterio.

A la cabeza de la tropa va Demetrio Macías con su Estado Mayor: el coronel Anastasio Montañés, el teniente coronel Pancraccio y los mayores Luis Cervantes y el güero Margarito.

Siguen en segunda fila la Pintada y Venancio, que la galantea con muchas finezas, recitándole poéticamente versos desesperados de Antonio Plaza<sup>[210]</sup>.

Cuando los rayos del sol bordearon los pretiles del caserío, de cuatro en fondo y tocando los clarines, comenzaron a entrar a Moyahua.

Cantaban los gallos a ensordecen, ladraban con alarma los perros; pero la gente no dio señales de vida en parte alguna.

La Pintada azuzó su yegua negra y de un salto se puso codo a codo con Demetrio. Muy ufana, lucía vestido de seda y grandes arracadas de oro; el azul pálido del talle acentuaba el tinte aceitunado de su rostro y las manchas cobrizas de la avería<sup>[211]</sup>. Perniabierta, su falda se remangaba hasta la rodilla y se veían sus medias deslavadas y con muchos agujeros. Llevaba revólver al pecho y una cartuchera cruzada sobre la cabeza de la silla.

Demetrio también vestía de gala: sombrero galoneado, pantalón de gamuza con botonadura de plata y chamarra bordada de hilo de oro.

Comenzó a oírse el abrir forzado de las puertas. Los soldados, diseminados ya por el pueblo, recogían armas y monturas por todo el vecindario.

—Nosotros vamos a hacer la mañana a casa de don Mónico —pronunció con gravedad Demetrio, apeándose y tendiendo las riendas de su caballo a un soldado—. Vamos a almorzar con don Mónico... un amigo que me quiere mucho...

Su Estado Mayor sonrío con risa siniestra.

Y, arrastrando ruidosamente las espuelas por las banquetas<sup>[212]</sup>, se encaminaron hacia un caserón pretencioso, que no podía ser sino albergue de cacique.

—Está cerrada a piedra y cal —dijo Anastasio Montañés empujando con toda su fuerza la puerta.

—Pero yo sé abrir —repuso Pancracio abocando prontamente su fusil al pestillo.

—No, no —dijo Demetrio—; toca primero.

Tres golpes con la culata del rifle, otros tres y nadie responde. Pancracio se insolenta y no se atiene a más órdenes. Dispara, salta la chapa y se abre la puerta.

Vense extremos de faldas, piernas de niños, todos en dispersión hacia el interior de la casa.

—¡Quiero vino!... ¡Aquí, vino!... —pide Demetrio con voz imperiosa, dando fuertes golpes sobre la mesa.

—Siéntense, compañeros.

Una señora asoma, luego otra y otra, y entre las faldas negras aparecen cabezas de niños asustados. Una de las mujeres, temblando, se encamina hacia un aparador, sacando copas y botellas y sirve vino.

—¿Qué armas tienen? —inquire Demetrio con aspereza.

—¿Armas?... —contesta la señora, la lengua hecha trapo—. ¿Pero qué armas quieren ustedes que tengan unas señoras solas y decentes?

—¡Ah, solas!... ¿Y don Mónico?...

—No está aquí, señores... Nosotras sólo rentamos la casa... Al señor don Mónico

nomás de nombre lo conocemos.

Demetrio manda que se practique un cateo.

—No, señores, por favor... Nosotras mismas vamos a traerles lo que tenemos; pero, por el amor de Dios, no nos falten al respeto. ¡Somos niñas solas y decentes!

—¿Y los chamacos? —inquire Pancraccio brutalmente—. ¿Nacieron de la tierra?

Las señoras desaparecen con precipitación y vuelven momentos después con una escopeta astillada, cubierta de polvo y de telarañas, y una pistola de muelles enmohecidas y descompuestas.

Demetrio se sonríe:

—Bueno, a ver el dinero...

—¿Dinero?... Pero ¿qué dinero quieren ustedes que tengan unas pobres niñas solas?

Y vuelven sus ojos suplicatorios hacia el más cercano de los soldados; pero luego los aprietan con horror: ¡han visto al sayón que está crucificando a Nuestro Señor Jesucristo en el vía crucis de la parroquia!... ¡Han visto a Pancraccio!...

Demetrio ordena el cateo.

A un tiempo se precipitan otra vez las señoras, y al instante vuelven con una cartera apollada, con unos cuantos billetes de los de la emisión de Huerta.

Demetrio sonríe, y ya sin más consideración, hace entrar a su gente.

Como perros hambrientos que han olfateado su presa, la turba penetra, atropellando a las señoras, que pretenden defender la entrada con sus propios cuerpos. Unas caen desvanecidas, otras huyen; los chicos dan gritos.

Pancraccio se dispone a romper la cerradura de un gran ropero, cuando las puertas se abren y de dentro salta un hombre con un fusil en las manos.

—¡Don Mónico! —exclaman sorprendidos.

—¡Hombre, Demetrio!... ¡No me haga nada!... ¡No me perjudique!... ¡Soy su amigo, don Demetrio!...

Demetrio Macías se ríe socarronamente y le pregunta si a los amigos se les recibe con el fusil en las manos.

Don Mónico, confuso, aturdido, se echa a sus pies, le abraza las rodillas, le besa los pies:

—¡Mi mujer!... ¡Mis hijos!... ¡Amigo don Demetrio!...

Demetrio, con mano trémula, vuelve el revólver a la cintura.

Una silueta dolorida ha pasado por su memoria. Una mujer con su hijo en los brazos, atravesando por las rocas de la sierra a medianoche y a la luz de la luna... Una casa ardiendo...

—¡Vámonos!... ¡Afuera todos! —clama sombríamente.

Su Estado Mayor obedece; don Mónico y las señoras le besan las manos y lloran de agradecimiento.

En la calle la turba está esperando alegre y dicharachera el permiso del general para saquear la casa del cacique.

—Yo sé muy bien dónde tienen escondido el dinero, pero no lo digo —pronuncia un muchacho con un cesto bajo el brazo.

—¡Hum, yo ya sé! —repone una vieja que lleva un costal de raspa<sup>[213]</sup> para recoger «lo que Dios le quiera dar»—. Está en un altito; allí hay muchos triques<sup>[214]</sup> y entre los triques una petaquilla<sup>[215]</sup> con dibujos de concha... ¡Allí mero está lo güeno!  
...

—No es cierto —dice un hombre—; no son tan tarugos para dejar así la plata. A mi modo de ver, la tienen enterrada en el pozo en un tanate<sup>[216]</sup> de cuero.

Y el gentío se remueve, unos con sogas para hacer sus fardos, otros con bateas<sup>[217]</sup>; las mujeres extienden sus delantales o el extremo de sus rebozos, calculando lo que les puede caber. Todos, dando las gracias a Su Divina Majestad, esperan su buena parte de saqueo.

Cuando Demetrio anuncia que no permitirá nada y ordena que todos se retiren, con gesto desconsolado la gente del pueblo lo obedece y se disemina luego; pero entre la soldadesca hay un sordo rumor de desaprobación y nadie se mueve de su sitio.

Demetrio, irritado, repite que se vayan.

Un mozalbete de los últimos reclutados, con algún aguardiente en la cabeza, se ríe y avanza sin zozobra hacia la puerta.

Pero antes de que pueda franquear el umbral, un disparo instantáneo lo hace caer como los toros heridos por la puntilla.

Demetrio, con la pistola humeante en las manos, inmutable, espera que los soldados se retiren.

—Que se le pegue fuego a la casa —ordenó a Luis Cervantes cuando llegan al cuartel.

Y Luis Cervantes, con rara solicitud, sin transmitir la orden, se encargó de ejecutarla personalmente.

Cuando dos horas después la plazuela se ennegrecía de humo y de la casa de don Mónico se alzaban enormes lenguas de fuego, nadie comprendió el extraño proceder del general.

## VI

Se habían alojado en una casona sombría, propiedad del mismo cacique de

Moyahua.

Sus predecesores en aquella finca habían dejado ya su rastro vigoroso en el patio, convertido en estercolero; en los muros, desconchados hasta mostrar grandes manchones de adobe crudo; en los pisos, demolidos por las pesuñas de las bestias; en el huerto, hecho un reguero de hojas marchitas y ramajes secos. Se tropezaba, desde el entrar, con pies de muebles, fondos y respaldos de sillas, todo sucio de tierra y bazofia.

A las diez de la noche, Luis Cervantes bostezó muy aburrido y dijo adiós al güero Margarito y a la Pintada, que bebían sin descanso en una banca de la plaza.

Se encaminó al cuartel. El único cuarto amueblado era la sala. Entró, y Demetrio, que estaba tendido en el suelo, los ojos claros y mirando al techo, dejó de contar las vigas y volvió la cara.

—¿Es usted, curro?... ¿Qué trae?... Ande, entre, siéntese.

Luis Cervantes fue primero a despabilar la vela, tiró luego de un sillón sin respaldo y cuyo asiento de mimbres había sido sustituido con un áspero cotense<sup>[218]</sup>. Chirriaron las patas de la silla y la yegua prieta de la Pintada bufó, se removió en la sombra describiendo con su anca redonda y tersa una gallarda curva.

Luis Cervantes se hundió en el asiento y dijo:

—Mi general, vengo a darle cuenta de la comisión... Aquí tiene...

—¡Hombre, curro... si yo no quería eso!... Moyahua casi es mi tierra... ¡Dirán que por eso anda uno aquí!... —respondió Demetrio mirando el saco apretado de monedas que Luis le tendía.

Éste dejó el asiento para venir a ponerse en cuclillas al lado de Demetrio. Tendió un sarape<sup>[219]</sup> en el suelo y sobre él vació el talego de hidalgos<sup>[220]</sup> relucientes como ascuas de oro.

—En primer lugar, mi general, esto lo sabemos sólo usted y yo... Y por otra parte, ya sabe que al buen sol hay que abrirle la ventana... Hoy nos está dando de cara; pero ¿mañana?... Hay que ver siempre adelante. Una bala, el reparo de un caballo, hasta un ridículo resfrío... ¡y una viuda y unos huérfanos en la miseria!... ¿El gobierno? ¡Ja, ja, ja!... Vaya usted con Carranza, con Villa o con cualquier otro de los jefes principales y hábleles de su familia... Si le responden con un puntapié... donde usted ya sabe, diga que le fue de perlas... Y hacen bien, mi general; nosotros no nos hemos levantado en armas para que un tal Carranza o un tal Villa lleguen a presidentes de la República; nosotros peleamos en defensa de los sagrados derechos del pueblo, pisoteados por el vil cacique... Y así como ni Villa, ni Carranza, ni ningún otro han de venir a pedir nuestro consentimiento para pagarse los servicios que le están prestando a la patria, tampoco nosotros tenemos necesidad de pedirle licencia a nadie.

Demetrio se medio incorporó, tomó una botella cerca de su cabecera, empinó y luego, hinchando los carrillos, lanzó una bocanada a lo lejos.

—¡Qué pico largo es usted, curro!

Luis sintió un vértigo. La cerveza regada parecía avivar la fermentación del basurero donde reposaban: un tapiz de cáscaras de naranjas y plátanos, carnosas cortezas de sandía, hebrosos núcleos de mangos<sup>[221]</sup> y bagazos de caña, todo revuelto con hojas enchiladas<sup>[222]</sup> de tamales<sup>[223]</sup> y todo húmedo de deyecciones.

Los dedos callosos de Demetrio iban y venían sobre las brillantes monedas a cuenta y cuenta.

Repuesto ya, Luis Cervantes sacó un botecito de fosfatina Fallières y volcó dijes, anillos, pendientes y otras muchas alhajas de valor.

—Mire, mi general; si, como parece, esta bola<sup>[224]</sup> va a seguir, si la revolución no se acaba, nosotros tenemos ya lo suficiente para irnos a brillarla<sup>[225]</sup> una temporada fuera del país —Demetrio meneó la cabeza negativamente—. ¿No haría usted eso?... Pues ¿a qué nos quedaríamos ya?... ¿Qué causa defenderíamos ahora?

—Eso es cosa que yo no puedo explicar, curro; pero siento que no es cosa de hombres...

—Escoja, mi general —dijo Luis Cervantes mostrando las joyas puestas en fila.

—Déjelo todo para usted... De veras, curro... ¡Si viera que no le tengo amor al dinero!... ¿Quiere que le diga la verdad? Pues yo, con que no me falte el trago y con traer una chamaquita que me cuadre, soy el hombre más feliz del mundo.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué mi general!... Bueno, ¿y por qué se aguanta a esa sierpe de la Pintada?

—Hombre, curro, me tiene hartado; pero así soy. No me animo a decírselo... No tengo valor para despacharla a... Yo soy así, ése es mi genio. Mire, de que me cuadra una mujer, soy tan boca de palo, que si ella no comienza..., yo no me animo a nada —y suspiró—. Ahí está Camila, la del ranchito... La muchacha es fea; pero si viera cómo me llena el ojo...

—El día que usted quiera, nos la vamos a traer, mi general.

Demetrio guiñó los ojos con malicia.

—Le juro que se la hago buena, mi general...

—¿De veras, curro?... Mire, si me hace esa valedura<sup>[226]</sup>, pa usted es el reló con todo y leopoldina de oro, ya que le cuadra tanto.

Los ojos de Luis Cervantes resplandecieron. Tomó el bote de fosfatina, ya bien lleno, se puso en pie y, sonriendo, dijo:

—Hasta mañana, mi general... Que pase buena noche.

## VII

—¿Yo qué sé? Lo mismo que ustedes saben. Me dijo el general: «Codorniz, ensilla tu caballo y mi yegua mora. Vas con el curro a una comisión». Bueno, así fue: salimos de aquí a mediodía y, ya anocheciendo, llegamos al ranchito. Nos dio posada la tuerta María Antonia... Que cómo estás tanto, Pancracio... En la madrugada me despertó el curro: «Codorniz, Codorniz, ensilla las bestias. Me dejas mi caballo y te vuelves con la yegua del general otra vez para Moyahua. Dentro de un rato te alcanzo». Y ya estaba el sol alto cuando llegó con Camila en la silla. La apeó y la montamos en la yegua mora.

—Bueno, y ella, ¿qué cara venía poniendo? —preguntó uno.

—¡Hum, pos no le paraba la boca de tan contenta!...

—¿Y el curro?

—Callado como siempre; igual a como es él.

—Yo creo —opinó con mucha gravedad Venancio que si Camila amaneció en la cama de Demetrio, sólo fue por una equivocación. Bebimos mucho... ¡Acuérdense! ... Se nos subieron los espíritus alcohólicos a la cabeza y todos perdimos el sentido.

—¡Qué espíritus alcohólicos ni qué!... Fue cosa convenida entre el curro y el general.

—¡Claro! Pa mí el tal curro no es más que un...

—A mí no me gusta hablar de los amigos en ausencia —dijo el güero Margarito —; pero sí sé decirles que de dos novias que le he conocido, una ha sido para... mí y la otra para el general...

Y prorrumpieron en carcajadas.

Luego que la Pintada se dio cuenta cabal de lo sucedido, fue muy cariñosa a consolar a Camila.

—¡Pobrecita de ti, pláticame cómo estuvo eso!

Camila tenía los ojos hinchados de llorar.

—¡Me mintió, me mintió!... Fue al rancho y me dijo: «Camila, vengo nomás por ti. ¿Te sales conmigo?». ¡Hum, dígame si yo no tendría ganas de salirme con él! De quererlo, lo quiero y lo requero... ¡Míreme tan encanijada sólo por estar pensando en él! Amanece y ni ganas del metate... Me llama mi mama al almuerzo, y la gorda se me hace trapo en la boca... ¡Y aquella pinción<sup>[227]</sup>!... ¡Y aquella pinción!...

Y comenzó a llorar otra vez, y para que no se oyeran sus sollozos se tapaba la boca y la nariz con un extremo del rebozo.

—Mira, yo te voy a sacar de esta apuración. No seas tonta, ya no llores. Ya no pienses en el curro... ¿Sabes lo que es ese curro?... ¡Palabra!... ¡Te digo que nomás para eso lo trae el general!... ¡Qué tonta!... Bueno, ¿quieres volver a tu casa?

—¡La Virgen de Jalpa me ampare!... ¡Me mataría mi mama a palos!

—No te hace nada. Vamos haciendo una cosa. La tropa tiene que salir de un

momento a otro; cuando Demetrio te diga que te prevengas para irnos, tú le respondes que tienes muchas dolencias de cuerpo, y que estás como si te hubieran dado de palos, y te estiras y bostezas muy seguido. Luego te tientas la frente y dices: «Estoy ardiendo en calentura». Entonces yo le digo a Demetrio que nos deje a las dos, que yo me quedo a curarte y que luego que estés buena nos vamos a alcanzarlo. Y lo que hacemos es que yo te pongo en tu casa buena y sana.

## VIII

Ya el sol se había puesto y el caserío se envolvía en la tristeza gris de sus calles viejas y en el silencio de terror de sus moradores, recogidos a muy buena hora, cuando Luis Cervantes llegó a la tienda de Primitivo López a interrumpir una juerga que prometía grandes sucesos. Demetrio se emborrachaba allí con sus viejos camaradas. El mostrador no podía contener más gente. Demetrio, la Pintada y el güero Margarito habían dejado afuera sus caballos; pero los demás oficiales se habían metido brutalmente con todo y cabalgaduras. Los sombreros galoneados de cóncavas y colosales faldas se encontraban en vaivén constante; caracoleaban las ancas de las bestias, que sin cesar removían sus finas cabezas de ojazos negros, narices palpitantes y orejas pequeñas. Yen la infernal alharaca de los borrachos se oía el resoplar de los caballos, su rudo golpe de pesuñas en el pavimento y, de vez en vez, un relincho breve y nervioso.

Cuando Luis Cervantes llegó, se comentaba un suceso banal. Un paisano, con un agujerito negruzco y sanguinolento en la frente, estaba tendido boca arriba en medio de la carretera. Las opiniones, divididas al principio, ahora se unificaban bajo una justísima reflexión del güero Margarito. Aquel pobre diablo que yacía bien muerto era el sacristán de la iglesia. Pero ¡tonto!... la culpa había sido suya... ¿Pues a quién se le ocurre, señor, vestir pantalón, chaqueta y gorrita? ¡Pancracio no puede ver un catrín enfrente de él!

Ocho músicos «de viento», las caras rojas y redondas como soles, desorbitados los ojos, echando los bofes por los latones<sup>[228]</sup> desde la madrugada, suspenden su faena al mandato de Cervantes.

—Mi general —dijo éste abriéndose paso entre los montados—, acaba de llegar un propio de urgencia. Le ordenan a usted que salga inmediatamente a perseguir a los oroquistas.

Los semblantes, ensombrecidos un momento, brillaron de alegría.

—¡A Jalisco, muchachos! —gritó el güero Margarito dando un golpe seco sobre el mostrador.

—¡Aprevénganse, tapatías<sup>[229]</sup> de mi alma, que allá voy! —gritó la Codorniz arriscándose el sombrero.

Todo fue regocijo y entusiasmo. Los amigos de Demetrio, en la excitación de la borrachera, le ofrecieron incorporarse a sus filas. Demetrio no podía hablar de gusto. «¡Ah, ir a batir a los orozquistas!... ¡Habérselas al fin con hombres de veras!... ¡Dejar de matar federales como se matan liebres o guajolotes<sup>[230]</sup>!».

—Si pudiera coger vivo a Pascual Orozco<sup>[231]</sup> —dijo el güero Margarito—, le arrancaba la planta de los pies y lo hacía caminar veinticuatro horas por la sierra...

—¿Qué, ése fue el que mató al señor Madero? —preguntó el Meco.

—No —repuso el güero con solemnidad—; pero a mí me dio una cachetada cuando fui mesero del Delmónico en Chihuahua.

—Para Camila, la yegua mora —ordenó Demetrio a Pancracio, que estaba ya ensillando.

—Camila no se puede ir —dijo la Pintada con prontitud.

—¿Quién te pide a ti tu parecer? —repuso Demetrio con aspereza.

—¿Verdá, Camila, que amaneciste con mucha dolencia de cuerpo y te sientes acalenturada ahora?

—Pos yo..., pos yo..., lo que diga don Demetrio...

—¡Ah, qué guaje!... Di que no, di que no... —pronunció a su oído la Pintada con gran inquietud.

—Pos es que ya le voy cobrando voluntá..., ¿lo cree?... —contestó Camila también muy quedo.

La Pintada se puso negra y se le inflamaron los carrillos; pero no dijo nada y se alejó a montar la yegua que le estaba ensillando el güero Margarito.

## IX

El torbellino del polvo, prolongado a buen trecho a lo largo de la carretera, rompíase bruscamente en masas difusas y violentas, y se destacaban pechos hinchados, crines revueltas, narices trémulas, ojos ovoides, impetuosos, patas abiertas y como encogidas al impulso de la carrera. Los hombres, de rostro de bronce y dientes de marfil, ojos flameantes, blandían los rifles o los cruzaban sobre las cabezas

de las monturas.

Cerrando la retaguardia, y al paso, venían Demetrio y Camila; ella trémula aún, con los labios blancos y secos; él, malhumorado por lo insulso de la hazaña. Ni tales orozquistas, ni tal combate. Unos cuantos federales dispersos, un pobre diablo de cura con un centenar de ilusos, todos reunidos bajo la vetusta bandera de «Religión y Fueros». El cura se quedaba allí bamboleándose, pendiente de un mezquite, y en el campo, un reguero de muertos que ostentaban en el pecho un escudito de bayeta roja y un letrero: «¡Detente! ¡El Sagrado Corazón de Jesús está conmigo!».

—La verdá es que yo ya me pagué hasta de más mis sueldos atrasados —dijo la Codorniz mostrando los relojes y anillos de oro que se había extraído de la casa cural.

—Así siquiera pelea uno con gusto —exclamó el Manteca entreverando insolencias entre cada frase—. ¡Ya sabe uno por qué arriesga el cuero!

Y cogía fuertemente con la misma mano que empuñaba las riendas un reluciente resplandor que le había arrancado al Divino Preso de la iglesia.

Cuando la Codorniz, muy perito en la materia, examinó codiciosamente el «avance» del Manteca, lanzó una carcajada solemne:

—¡Tu resplandor es de hoja de lata!...

—¿Por qué vienes cargando con esa roña? —preguntó Pancracio al güero Margarito, que llegaba de los últimos con un prisionero.

—¿Saben por qué? Porque nunca he visto bien a bien la cara que pone un prójimo cuando se le aprieta una reata en el pescuezo.

El prisionero, muy gordo, respiraba fatigado; su rostro estaba encendido, sus ojos inyectados y su frente goteaba. Lo traían atado de las muñecas y a pie.

—Anastasio, préstame tu reata; mi cabestro se revienta con este gallo... Pero, ahora que lo pienso mejor, no... Amigo federal, te voy a matar de una vez; vienes penando mucho. Mira, los mezquites están muy lejos todavía y por aquí no hay telégrafo siquiera para colgarte de algún poste.

Y el güero Margarito sacó su pistola, puso el cañón sobre la tetilla izquierda del prisionero y paulatinamente echó el gatillo atrás.

El federal palideció como cadáver, su cara se afiló y sus ojos vidriosos se quebraron. Su pecho palpitaba tumultuosamente y todo su cuerpo se sacudía como por un gran calosfrío.

El güero Margarito mantuvo así su pistola durante segundos eternos. Y sus ojos brillaron de un modo extraño, y su cara regordeta, de inflados carrillos, se encendía en una sensación de suprema voluptuosidad.

—¡No, amigo federal! —dijo lentamente retirando el arma y volviéndola a su funda—, no te quiero matar todavía... Vas a seguir cono mi asistente... ¡Ya verás si soy hombre de mal corazón!

Y guiñó malignamente sus ojos a sus inmediatos.

El prisionero había embrutecido; sólo hacía movimientos de deglución; su boca y su garganta estaban secas.

Camila, que se había quedado atrás, picó el ijar de su yegua y alcanzó a Demetrio: —¡Ah, qué malo es el hombre ese Margarito!... ¡Si viera lo que viene haciendo con un preso!

Y refirió lo que acababa de presenciar.

Demetrio contrajo las cejas, pero nada contestó. La Pintada llamó a Camila a distancia.

—Oye, tú, ¿qué chismes le trais a Demetrio?... El güero Margarito es mi mero amor... ¡Pa que te lo sepas!... Y ya sabes... Lo que haiga con él, hay conmigo. ¡Ya te lo aviso!...

Y Camila, muy asustada, fue a reunirse con Demetrio.

## X

La tropa acampó en una planicie, cerca de tres casitas alineadas que, solitarias, recortaban sus blancos muros sobre la faja púrpura del horizonte. Demetrio y Camila fueron hacia ellas.

Dentro del corral, un hombre en camisa y calzón blanco, de pie, chupaba con avidez un gran cigarro de hoja; cerca de él, sentado sobre una losa, otro desgranaba maíz, frotando mazorcas entre sus dos manos, mientras que una de sus piernas, seca y retorcida, remataba en algo como pezuña de chivo, se sacudía a cada instante para espantar a las gallinas.

—Date prisa, Pifanio —dijo el que estaba parado—; ya se metió el sol y todavía no bajas al agua a las bestias.

Un caballo relinchó fuera y los dos hombres alzaron la cabeza azorados.

Demetrio y Camila asomaban tras la barda del corral.

—Nomás quiero alojamiento para mí y para mi mujer —les dijo Demetrio tranquilizándolos.

Y como les explicara que él era el jefe de un cuerpo de ejército que iba a pernoctar en las cercanías, el hombre que estaba en pie, y que era el amo, con mucha solicitud los hizo entrar. Y corrió por un apaste de agua y una escoba, pronto a barrer y regar el mejor rincón de la troje para alojar decentemente a tan honorables huéspedes.

—Anda, Pifanio; desensilla los caballos de los señores.

El hombre que desgranaba se puso trabajosamente en pie. Vestía unas garras de camisa y chaleco, una piltrafa de pantalón, abierto en dos alas, cuyos extremos,

levantados, pendían de la cintura.

Anduvo, y su paso marcó un compás grotesco.

—Pero ¿puedes tú trabajar, amigo? —le preguntó Demetrio sin dejarlo quitar las monturas.

—¡Pobre —gritó el amo desde el interior de la troje—, le falta la fuerza!... ¡Pero viera qué bien desquita el salario!... ¡Trabaja dende que Dios amanece!... ¡Qué ha que se metió el sol..., y mírelo, no para todavía!

Demetrio salió con Camila a dar una vuelta por el campamento. La planicie, de dorados barbechos, rapada hasta de arbustos, se dilataba inmensa en su desolación. Parecían un verdadero milagro los tres grandes fresnos enfrente de las casitas, sus cimas verdinegras, redondas y ondulosas, su follaje rico, que descendía hasta besar el suelo.

—¡Yo no sé qué siento por acá que me da tanta tristeza! —dijo Demetrio.

—Sí —contestó Camila—; lo mismo a mí.

A orillas de un arroyuelo, Pifanio estaba tirando rudamente de la soga de un bimbaleta<sup>[232]</sup>. Una olla enorme se volcaba sobre un montón de hierba fresca, y a las postreras luces de la tarde cintilaba el chorro de cristal desparramándose en la pila. Allí bebían ruidosamente una vaca flaca, un caballo matado y un burro.

Demetrio reconoció al peón cojitranco y le preguntó:

—¿Cuánto ganas diario, amigo?

—Diez y seis centavos, patrón...

Era un hombrecillo rubio, escrofuloso, de pelo lacio y ojos zarcos. Echó pestes del patrón, del rancho y de la perra suerte.

—Desquitas bien el sueldo, hijo —le interrumpió Demetrio con mansedumbre—. A reniega y reniega, pero a trabaja y trabaja.

Y volviéndose a Camila.

—Siempre hay otros más pencos que nosotros los de la sierra, ¿verdad?

—Sí —contestó Camila.

Y siguieron caminando.

El valle se perdió en la sombra y las estrellas se escondieron.

Demetrio estrechó a Camila amorosamente por la cintura, y quién sabe qué palabras susurró a su oído.

—Sí —contestó ella débilmente.

Porque ya le iba cobrando «voluntá».

Demetrio durmió mal, y muy temprano se echó fuera de la casa.

«A mí me va a suceder algo», pensó.

Era un amanecer silencioso y de discreta alegría. Un tordo piaba tímidamente en el fresno; los animales removían las basuras del rastrojo en el corral; gruñía el cerdo su somnolencia. Asomó el tinte anaranjado del sol, y la última estrellita se apagó.

Demetrio, paso a paso, iba al campamento.

Pensaba en su yunta: dos bueyes prietos, nuevecitos, de dos años de trabajo

apenas, en sus dos fanegas de labor bien abonadas. La fisonomía de su joven esposa se reprodujo fielmente en su memoria: aquellas líneas dulces y de infinita mansedumbre para el marido, de indomables energías y altivez para el extraño. Pero cuando pretendió reconstruir la imagen de su hijo, fueron vanos todos sus esfuerzos; lo había olvidado.

Llegó al campamento. Tendidos entre los surcos, dormían los soldados, y revueltos con ellos, los caballos echados, caída la cabeza y cerrados los ojos.

—Están muy estragadas las remudas, compadre Anastasio; es bueno que nos quedemos a descansar un día siquiera.

—¡Ay, compadre Demetrio!... ¡Qué ganas ya de la sierra! Si viera..., ¿a que no me lo cree?... pero naditita que me jallo por acá... ¡Una tristeza y una murria!... ¡Quién sabe qué le hará a uno falta!...

—¿Cuántas horas se hacen de aquí a Limón?

—No es cosa de horas: son tres jornadas muy bien hechas, compadre Demetrio.

—¡Si viera!... ¡Tengo ganas de ver a mi mujer!

No tardó mucho la Pintada en ir a buscar a Camila:

—¡Újule, újule<sup>[233]</sup>!... Sólo por eso que ya Demetrio te va a largar. A mí, a mí mero me lo dijo... Va a traer a su mujer de veras... Yes muy bonita, muy blanca... ¡Unos chapetes!... Pero si tú no te quieres ir, pue que hasta te ocupen: tienen una criatura y tú la puedes cargar...

Cuando Demetrio regresó, Camila, llorando, se lo dijo todo.

—No le hagas caso a esa loca... Son mentiras, son mentiras...

Y como Demetrio no fue a Limón ni se volvió a acordar de su mujer, Camila estuvo muy contenta y la Pintada se volvió un alacrán.

## XI

Antes de la madrugada salieron rumbo a Tepatitlán. Diseminados por el camino real y por los barbechos, sus siluetas ondulaban vagamente al paso monótono y acompasado de las caballerías, esfumándose en el tono perla de la luna en menguante, que bañaba todo el valle.

Se oía lejanísimo ladrar de perros.

—Hoy a mediodía llegamos a Tepatitlán, mañana a Cuquío, y luego..., a la sierra —dijo Demetrio.

—¿No sería bueno, mi general —observó a su oído Luis Cervantes—, llegar

primero a Aguascalientes?

—¿Qué vamos a hacer allá?

—Se nos están agotando los fondos...

—¡Cómo!... ¿Cuarenta mil pesos en ocho días?

—Sólo en esta semana hemos reclutado cerca de quinientos hombres, y en anticipos y gratificaciones se nos ha ido todo —repuso muy bajo Luis Cervantes.

—No; vamos derecho a la sierra... Ya veremos...

—¡Sí, a la sierra! —clamaron muchos.

—¡A la sierra!... ¡A la sierra!... No hay como la sierra.

La planicie seguía oprimiendo sus pechos; hablaron de la sierra con entusiasmo y delirio, y pensaron en ella como en la deseada amante a quien se ha dejado de ver por mucho tiempo.

Clareó el día. Después, una polvareda de tierra roja se levantó hacia el oriente, en una inmensa cortina de púrpura incendiada.

Luis Cervantes templó la brida de su caballo y esperó a la Codorniz.

—¿En qué quedamos, pues, Codorniz?

—Ya le dije, curro: doscientos por el puro reló...

—No, yo te compro a bulto: relojes, anillos y todas las alhajitas. ¿Cuánto?

La Codorniz vaciló, se puso descolorido; luego dijo con ímpetu:

—Deque<sup>[234]</sup> dos mil papeles por todo.

Pero Luis Cervantes se dejó traicionar; sus ojos brillaron con tan manifiesta codicia, que la Codorniz volvió sobre sus pasos y exclamó pronto:

—No, mentiras, no vendo nada... El puro reló, y eso porque ya debo los doscientos pesos a Pancracio, que anoche me ganó otra vez.

Luis Cervantes sacó cuatro flamantes billetes de «dos caritas» y los puso en manos de la Codorniz.

—De veras —le dijo—, me intereso al lotecito... Nadie te dará más de lo que yo te dé.

Cuando comenzó a sentirse el sol, el Manteca gritó de pronto:

—Güero Margarito, ya tu asistente quiere pelar gallo. Dice que ya no puede andar.

El prisionero se había dejado caer, exhausto, en medio del camino.

—¡Calla! —clamó el güero Margarito retrocediendo—. ¿Conque ya te cansaste, simpático? ¡Pobrecito de ti! Voy a comprar un nicho de cristal para guardarte en una rinconera de mi casa, como Niño Dios. Pero es necesario llegar primero al pueblo, y para esto te voy a ayudar.

Y sacó el sable y descargó sobre el infeliz repetidos golpes.

—A ver la reata, Pancracio —dijo luego, brillantes y extraños los ojos.

Pero como la Codorniz le hiciera notar que ya el federal no movía ni pie ni mano, dio una gran carcajada y dijo:

—¡Qué bruto soy!... ¡Ahora que lo tenía enseñado a no comer!...

—Ahora sí, ya llegamos a Guadalajara chiquita<sup>[235]</sup> —dijo Venancio descubriendo el caserío risueño de Tepatitlán, suavemente recostado en una colina.

Entraron regocijados; a las ventanas asomaban rostros sonrosados y bellos ojos negros.

Las escuelas quedaron convertidas en cuarteles. Demetrio se alojó en la sacristía de una capilla abandonada.

Después los soldados se desperdigaron, como siempre, en busca de «avances», so pretexto de recoger armas y caballos.

Por la tarde, algunos de los de la escolta de Demetrio estaban tumbados en el atrio de la iglesia rascándose la barriga. Venancio, con mucha gravedad, pecho y espaldas desnudos, espulgaba su camisa.

Un hombre se acercó a la barda, pidiendo la venia de hablar al jefe.

Los soldados levantaron la cabeza, pero ninguno le respondió.

—Soy viudo, señores; tengo nueve criaturas y no vivo más que de mi trabajo... ¡No sean ingratos con los pobres!...

—Por mujer no te apures, tío —dijo el Meco, que con un cabo de vela se embadurnaba los pies—; ai traímos a la Pintada, y te la pasamos al costo.

El hombre sonrió amargamente.

—Nomás que tiene una maña —observó Pancracio, boca arriba y mirando el azul del cielo—: apenas mira un hombre, y luego luego se prepara.

Rieron a carcajadas; pero Venancio, muy grave, indicó la puerta de la sacristía al paisano.

Éste, tímidamente, entró y expuso a Demetrio su queja. Los soldados acababan de «limpiarlo». Ni un grano de maíz le habían dejado.

—Pos pa qué se dejan —le respondió Demetrio con indolencia.

Luego el hombre insistió con lamentos y lloriqueos, y Luis Cervantes se dispuso a echarlo fuera insolentemente. Pero Camila intervino:

—¡Ande, don Demetrio, no sea usted también mal alma; déle una orden pa que le devuelvan su maíz!...

Luis Cervantes tuvo que obedecer; escribió unos renglones, y Demetrio, al calce, puso un garabato.

—¡Dios se lo pague, niña!... Dios se lo ha de dar de su santísima gloria... Diez fanegas de maíz, apenas pa comer este año —clamó el hombre, llorando de agradecimiento. Y tomó el papel y a todos les besó las manos.

## XII

Iban llegando ya a Cuquío<sup>[236]</sup>, cuando Anastasio Montañés se acercó a Demetrio y le dijo:

—Ande, compadre, ni le he contado... ¡Qué travieso es de veras el güero Margarito! ¿Sabe lo que hizo ayer con ese hombre que vino a darle la queja de que le habíamos sacado su maíz para nuestros caballos? Bueno, pos con la orden que usted dio fue al cuartel. «Sí, amigo, le dijo el güero; entra para acá; es muy justo devolverte lo tuyo. Entra, entra... ¿Cuántas fanegas te robamos?... ¿Diez? ¿Pero estás seguro de que no son más que diez?... Sí, eso es; como quince, poco más o menos... ¿No serían veinte?... Acuérdate bien... Eres muy pobre, tienes muchos hijos que mantener. Sí, es lo que digo, como veinte; ésas deben haber sido... Pasa por acá; no te voy a dar quince, ni veinte. Tú nomás vas contando... Una, dos, tres... Y luego que ya no quieras, me dices: ya». Y saca el sable y le ha dado una cintareada que lo hizo pedir misericordia.

La Pintada se caía de risa.

Y Camila, sin poderse contener, dijo:

—¡Viejo condenado, tan mala entraña!... ¡Con razón no lo puedo ver!

Instantáneamente se demudó el rostro de la Pintada.

—¿Y a ti te da tos por eso?

Camila tuvo miedo y adelantó su yegua.

La Pintada disparó la suya y rapidísima, al pasar atropellando a Camila, la cogió de la cabeza y le deshizo la trenza.

Al empellón, la yegua de Camila se encabritó y la muchacha abandonó las riendas por quitarse los cabellos de la cara; vaciló, perdió el equilibrio y cayó en un pedregal, rompiéndose la frente.

Desmorecida de risa, la Pintada, con mucha habilidad, galopó a detener la yegua desbocada.

—¡Ándale, curro, ya te cayó trabajo! —dijo Pancracio luego que vio a Camila en la misma silla de Demetrio, con la cara mojada de sangre.

Luis Cervantes, presuntuoso, acudió con sus materiales de curación; pero Camila, dejando de sollozar, se limpió los ojos y dijo con voz apagada:

—¿De usted?... ¡Aunque me estuviera muriendo! ¡Ni agua!...

En Cuquío recibió Demetrio un propio.

—Otra vez a Tepatitlán, mi general —dijo Luis Cervantes pasando rápidamente sus ojos por el oficio—. Tendrá que dejar allí la gente, y usted a Lagos<sup>[237]</sup>, a tomar el tren de Aguascalientes<sup>[238]</sup>.

Hubo protestas calurosas; algunos serranos juraron que ellos no seguirían ya en la columna, entre gruñidos, quejas y rezongos.

Camila lloró toda la noche, y otro día, por la mañana, dijo a Demetrio que ya le

diera licencia de volverse a su casa.

—¡Si le falta voluntad!... —contestó Demetrio hosco.

—No es eso, don Demetrio; voluntad se la tengo y mucha..., pero ya lo ha estado viendo... ¡Esa mujer!...

—No se apure, hoy mismo la despacho a... Ya lo tengo bien pensado.

Camila dejó de llorar.

Todos estaban ensillando ya. Demetrio se acercó a la Pintada y le dijo en voz muy baja:

—Tú ya no te vas con nosotros.

—¿Qué dices? —inquirió ella sin comprender.

—Que te quedas aquí o te largas adonde te dé la gana, pero no con nosotros.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó ella con asombro—. ¿Es decir, que tú me corres? ¡Ja, ja, ja!... ¡Pues qué... tal serás tú si te andas creyendo de los chismes de ésa...!

Y la Pintada insultó a Camila, a Demetrio, a Luis Cervantes y a cuantos le vinieron a las mientes, con tal energía y novedad, que la tropa oyó injurias e insolencias que no había sospechado siquiera.

Demetrio esperó largo rato con paciencia; pero como ella no diera trazas de acabar, con mucha calma dijo a un soldado:

—Echa fuera esa borracha.

—¡Güero Margarito! ¡Güero de mi vida! ¡Ven a defenderme de éstos...! ¡Anda, güerito de mi corazón!... ¡Ven a enseñarles que tú eres hombre de veras y ellos no son más que unos hijos de...!

Y gesticulaba, pateaba y daba de gritos.

El güero Margarito apareció. Acababa de levantarse; sus ojos azules se perdían bajo unos párpados hinchados y su voz estaba ronca. Se informó del sucedido y, acercándose a la Pintada, le dijo con mucha gravedad:

—Sí, me parece muy bien que ya te largues mucho a la... ¡A todos nos tienes hartos!

El rostro de la Pintada se granitificó. Quiso hablar, pero sus músculos estaban rígidos.

Los soldados reían divertidísimos; Camila, muy asustada, contenía la respiración.

La Pintada paseó sus ojos en torno. Y todo fue en un abrir y cerrar de ojos; se inclinó, sacó una hoja aguda y brillante de entre la media y la pierna y se lanzó sobre Camila.

Un grito estridente y un cuerpo que se desploma arrojando sangre a borbotones.

—Mátenla —gritó Demetrio fuera de sí.

Dos soldados se arrojaron sobre la Pintada que, esgrimiendo el puñal, no les permitió tocarla.

—¡Ustedes no, infelices!... Mátame tú, Demetrio —se adelantó, entregó su arma, irguió el pecho y dejó caer los brazos.

Demetrio puso en alto el puñal tinto en sangre; pero sus ojos se nublaron, vaciló, dio un paso atrás.

Luego, con voz apagada y ronca, gritó:

—¡Lárgate!... ¡Pero luego!...

Nadie se atrevió a detenerla.

Se alejó muda y sombría, paso a paso.

Y el silencio y la estupefacción lo rompió la voz aguda y gutural del güero Margarito:

—¡Ah, qué bueno!... ¡Hasta que se me despegó esta chinche!...

### XIII

*En la medianía del cuerpo  
una daga me metió,  
sin saber por qué  
ni por qué sé yo...  
Él sí lo sabía,  
pero yo no...*

*Y de aquella herida mortal  
mucha sangre me salió,  
sin saber por qué  
ni por qué sé yo...  
Él sí lo sabía,  
pero yo no...*

Caída la cabeza, las manos cruzadas sobre la montura, Demetrio tarareaba con melancólico acento la tonadilla obsesionante.

Luego callaba; largos minutos se mantenía en silencio y pesaroso.

—Ya verá cómo llegando a Lagos le quito esa murria, mi general. Allí hay muchachas bonitas para darnos gusto —dijo el güero Margarito.

—Ahora sólo tengo ganas de ponerme una borrachera —contestó Demetrio.

Y se alejó otra vez de ellos, espoleando su caballo, como si quisiera abandonarse todo a su tristeza.

Después de muchas horas de caminar, hizo venir a Luis Cervantes:

—¿Oiga, curro, ahora que lo estoy pensando, yo qué pitos voy a tocar a Aguascalientes?

—A dar su voto, mi general, para presidente provisional de la República.

—¿Presidente provisional?... Pos entonces, ¿qué... tal es, pues, Carranza?... La verdad, yo no entiendo estas políticas...

Llegaron a Lagos. El güero apostó a que esa noche haría reír a Demetrio a carcajadas.

Arrastrando las espuelas, las chivarras<sup>[239]</sup> caídas abajo de la cintura, entró Demetrio a «El Cosmopolita», con Luis Cervantes, el güero Margarito y sus asistentes.

—¿Por qué corren, curros?... ¡No sabemos comer gente! —exclamó el güero.

Los paisanos, sorprendidos en el mismo momento de escapar, se detuvieron; unos, con disimulo, regresaron a sus mesas a seguir bebiendo y charlando, y otros, vacilantes, se adelantaron a ofrecer sus respetos a los jefes.

—¡Mi general!... ¡Mucho gusto!... ¡Señor mayor!...

—¡Eso es!... Así me gustan los amigos, finos y decentes —dijo el güero Margarito.

—Vamos, muchachos —agregó sacando su pistola jovialmente—; ahí les va un buscapiés para que lo toreen.

Una bala rebotó en el cemento, pasando entre las patas de las mesas y las piernas de los señoritos, que saltaron asustados como dama a quien se le ha metido un ratón bajo la falda.

Pálidos, sonrían para festejar debidamente al señor mayor. Demetrio despliega apenas sus labios, mientras que el acompañamiento lanza carcajadas a pierna tendida.

—Güero —observa la Codorniz—, a ése que va saliendo le prendió la avispa; mira cómo cojea.

El güero, sin parar mientes ni volver siquiera la cara hacia el herido, afirma con entusiasmo que a treinta pasos de distancia y al descubrir le pega a un cartucho<sup>[240]</sup> de tequila.

—A ver, amigo, párese —dice al mozo de la cantina. Luego, de la mano lo lleva a la cabecera del patio del hotel y le pone un cartucho lleno de tequila en la cabeza.

El pobre diablo resiste, quiere huir, espantado, pero el güero prepara su pistola y apunta.

—¡A tu lugar... tasajo<sup>[241]</sup>! O de veras te meto una calientita.

El güero se vuelve a la pared opuesta, levanta su arma y hace puntería.

El cartucho se estrella en pedazos, bañando de tequila la cara del muchacho, descolorido como un muerto.

—¡Ahora va de veras! —clama, corriendo a la cantina por un nuevo cartucho, que vuelve a colocar sobre la cabeza del mancebo.

Torna a su sitio, da una vuelta vertiginosa sobre los pies, y al descubrir, dispara.

Sólo que ahora se ha llevado una oreja en vez del cartucho.

Y apretándose el estómago de tanto reír, dice al muchacho:

—Toma, chico, esos billetes. ¡Es cualquier cosa! Eso se quita con tantita árnica y aguardiente...

Después de beber mucho alcohol y cerveza, habla Demetrio:

—Pague, güero... Ya me voy...

—No traigo ya nada, mi general; pero no hay cuidado por eso... ¿Qué tanto se te debe, amigo?

—Ciento ochenta pesos, mi jefe —responde amablemente el cantinero.

El güero salta prontamente el mostrador, y en dos manotadas derriba todos los frascos, botellas y cristalería.

—Ai le pasas la cuenta a tu padre Villa, ¿sabes?

—Oiga, amigo, ¿dónde queda el barrio de las muchachas? —pregunta tambaleándose de borracho, a un sujeto pequeño, correctamente vestido, que está cerrando la puerta de una sastrería.

El interpelado se baja de la banqueta atentamente para dejar libre el paso. El güero se detiene y lo mira con impertinencia y curiosidad:

—Oiga, amigo, ¡qué chiquito y qué bonito es usted!... ¿Cómo que no?... ¿Entonces yo soy mentiroso?... Bueno, así me gusta... ¿Usted sabe bailar los enanos?... ¿Qué no sabe?... ¡Resabe!... ¡Yo lo conocí a usted en un circo! ¡Le juro que sí sabe y muy rebién!... ¡Ahora lo verá!...

El güero saca su pistola y comienza a disparar hacia los pies del sastre, que, muy gordo y muy pequeño, a cada tiro da un saltito.

—¿Ya ve cómo sí sabe bailar los enanos?

Y echando los brazos a espaldas de sus amigos, se hace conducir hacia el arrabal de gente alegre, marcando su paso a balazos en los focos de las esquinas, en las puertas y en las casas del poblado. Demetrio lo deja y regresa al hotel, tarareando entre los dientes:

*En la medianía del cuerpo  
una daga me metió,  
sin saber por qué  
ni por qué sé yo...*

## XIV

Humo de cigarro, olor penetrante de ropas sudadas, emanaciones alcohólicas y el respirar de una multitud; hacinamiento peor que el de un carro de cerdos. Predominaban los de sombrero tejano, toquilla de galón y vestidos de kaki.

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca en la estación de Silao... Los ahorros de toda mi vida de trabajo. No tengo para darle de comer a mi niño.

La voz era aguda, chillona y plañidera; pero se extinguía a corta distancia en el vocerío que llenaba el carro.

—¿Qué dice esa vieja? —preguntó el güero Margarito entrando en busca de un asiento.

—Que una petaca... que un niño decente... —respondió Pancracio, que ya había encontrado las rodillas de unos paisanos para sentarse.

Demetrio y los demás se abrían paso a fuerza de codos. Y como los que soportaban a Pancracio prefirieran abandonar los asientos y seguir de pie, Demetrio y Luis Cervantes los aprovecharon gustosos.

Una señora que venía parada<sup>[242]</sup> desde Irapuato<sup>[243]</sup> con un niño en brazos sufrió un desmayo. Un paisano se aprontó a tomar en sus manos a la criatura. El resto no se dio por entendido: las hembras de tropa ocupaban dos o tres asientos cada una con maletas, perros, gatos y cotorras. Al contrario, los de sombrero tejano rieron mucho de la robustez de muslos y laxitud de pechos de la desmayada.

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca en la estación de Silao... Los ahorros de toda mi vida de trabajo... No tengo ahora ni para darle de comer a mi niño...

La vieja habla de prisa y automáticamente suspira y solloza. Sus ojos, muy vivos, se vuelven de todos lados. Y aquí recoge un billete, y más allá otro. Le llueven en abundancia. Acaba una colecta y adelanta unos cuantos asientos:

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca en la estación de Silao...

El efecto de sus palabras es seguro e inmediato.

—¡Un señor decente! ¡Un señor decente que se roba una petaca! ¡Eso es incalificable! Eso despierta un sentimiento de indignación general. ¡Oh, es lástima que ese señor decente no esté a la mano para que lo fusilen siquiera cada uno de los generales que van allí!

—Porque a mí no hay cosa que me dé tanto coraje como un curro ratero —dice uno, reventando de dignidad.

—¡Robar a una pobre señora!

—¡Robar a una infeliz mujer que no puede defenderse!

Y todos manifiestan el enternecimiento de su corazón de palabras y de obra: una insolencia para el ladrón y un bilimbique<sup>[244]</sup> de cinco pesos para la víctima.

—Yo, la verdad les digo, no creo que sea malo matar, porque cuando uno mata lo

hace siempre con coraje; ¿pero robar?... —clama el güero Margarito.

Todos parecen asentir ante tan graves razones; pero, tras breve silencio y momentos de reflexión, un coronel aventura su parecer:

—La verdá es que todo tiene sus «asigunes». ¿Para qué es más que la verdá? La purita verdá es que yo he robao... y si digo que todos los que venemos aquí hemos hecho lo mesmo, se me afigura que no echo mentiras...

—¡Hum, pa las máquinas de coser que yo me robé en México! —exclamó con ánimo un mayor—. Junté más de quinientos pesos, con ser que vendí hasta a cincuenta centavos máquina.

—Yo me robé en Zacatecas unos caballos tan finos, que dije acá para mí: «Lo que es de este hecho ya te armaste, Pascual Mata; no te vuelves a apurar por nada en los días que de vida te quedan» —dijo un capitán desmolado y ya blanco de canas—. Lo malo fue que mis caballos le cuadraron a mi general Limón y él me los robó a mí.

—¡Bueno! ¡A qué negarlo, pues! Yo también he robado —asintió el güero Margarito—; pero aquí están mis compañeros que digan cuánto he hecho de capital. Eso sí, mi gusto es gastarlo todo con las amistades. Para mí es más contento ponerme una papalina<sup>[245]</sup> con todos los amigos que mandarles un centavo a las viejas de mi casa...

El tema del «yo robé», aunque parece inagotable, se va extinguiendo cuando en cada banca aparecen tendidos de naipes, que atraen a jefes y oficiales como la luz a los mosquitos.

Las peripecias del juego pronto lo absorben todo y caldean el ambiente más y más; se respira el cuartel, la cárcel, el lupanar y hasta la zahúrda.

Y dominando el barullo general, se escucha, allá en el otro carro:

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca...

Las calles de Aguascalientes se habían convertido en basureros. La gente de kaki se removía, como las abejas a la boca de una colmena, en las puertas de los restaurantes, fonduchos y mesones, en las mesas de comistrajos y puestos al aire libre, donde al lado de una hatea de chicharrones rancios se alzaba un montón de quesos mugrientos.

El olor de las frituras abrió el apetito de Demetrio y sus acompañantes. Penetraron a fuerza de empellones a una fonda, y una vieja desgredada y asquerosa les sirvió en platos de barro huesos de cerdos nadando en un caldillo claro de chile y tres tortillas correosas y quemadas. Pagaron dos pesos por cada uno, y al salir Pancraccio aseguró que tenía más hambre que antes de haber entrado.

—Ahora sí —dijo Demetrio—: vamos a tomar consejo de mi general Natera.

Y siguieron una calle hacia la casa que ocupaba el jefe norteño.

Un revuelto y agitado grupo de gentes les detuvo el paso en una bocacalle. Un hombre que se perdía entre la multitud clamaba en sonsonete y con acento uncioso algo que parecía un rezo. Se acercaron hasta descubrirlo. El hombre, de camisa y calzón blanco, repetía: «Todos los buenos católicos que recen con devoción esta

oración a Cristo Crucificado se verán libres de tempestades, de pestes, de guerras y de hambres...».

—Éste sí que la acertó —dijo Demetrio sonriendo.

El hombre agitaba en alto un puñado de impresos y decía:

—Cincuenta centavos la oración a Cristo Crucificado, cincuenta centavos...

Luego desaparecía un instante para levantarse de nuevo con un colmillo de víbora, una estrella de mar, un esqueleto de pescado. Y con el mismo acento rezadero, ponderaba las propiedades medicinales y raras virtudes de cada cosa.

La Codorniz, que no le tenía fe a Venancio, pidió al vendedor que le extrajera una muela; el güero Margarito compró un núcleo negro de cierto fruto que tiene la propiedad de librar a su poseedor tan bien del rayo como de cualquier «malhora», y Anastasio Montañés una oración a Cristo Crucificado, que cuidadosamente dobló y con gran piedad guardó en el pecho.

—¡Cierto como hay Dios, compañero; sigue la bola! ¡Ahora Villa contra Carranza! —dijo Natera.

Y Demetrio, sin responderle, con los ojos muy abiertos, pedía más explicaciones.

—Es decir —insistió Natera—, que la Convención<sup>[246]</sup> desconoce a Carranza como primer jefe y va a elegir un presidente provisional de la República... ¿Entiende, compañero?

Demetrio inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Qué dice de eso, compañero? —interrogó Natera.

Demetrio se alzó de hombros.

—Se trata, a lo que parece, de seguir peleando. Bueno, pos a darle; ya sabe, mi general, que por mi lado no hay portillo.

—Bien, ¿y de parte de quién se va a poner?

Demetrio, muy perplejo, se llevó las manos a los cabellos y se rascó breves instantes.

—Mire, a mí no me haga preguntas, que no soy escuelante... La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dio... Bueno, pos ya sabe que nomás me dice: «Demetrio, haces esto y esto... ¡y se acabó el cuento!».

## TERCERA PARTE

### I

«El Paso, Tex., mayo 16 de 1915.

Muy estimado Venancio:

Hasta ahora puedo contestar su grata de enero del corriente año debido a que mis atenciones profesionales absorben todo mi tiempo. Me recibí en diciembre pasado, como usted lo sabe. Lamento la suerte de Pancraccio y del Manteca; pero no me extraña que después de una partida de naipes se hayan apuñalado<sup>[247]</sup>. ¡Lástima: eran unos valientes! Siento en el alma no poder comunicarme con el güero Margarito para hacerle presente mi felicitación más calurosa, pues el acto más noble y más hermoso de su vida fue ése... ¡el de suicidarse!

Me parece difícil, amigo Venancio, que pueda usted obtener el título de médico que ambiciona tanto aquí en los Estados Unidos, por más que haya reunido suficiente oro y plata para comprarlo. Yo le tengo estimación, Venancio, y creo que es muy digno de mejor suerte. Ahora bien, me ocurre una idea que podría favorecer nuestros mutuos intereses y las ambiciones justas que usted tiene por cambiar de posición social. Si usted y yo nos asociáramos, podríamos hacer un negocio muy bonito. Cierto que por el momento yo no tengo fondos de reserva, porque todo lo he agotado en mis estudios y en mi recepción; pero cuento con algo que vale mucho más que el dinero: mi conocimiento perfecto de esta plaza, de sus necesidades y de los negocios seguros que pueden emprenderse. Podríamos establecer un restaurante netamente mexicano, apareciendo usted como el propietario y repartiéndonos las utilidades a fin de cada mes. Además, algo relativo a lo que tanto nos interesa: su cambio de esfera social. Yo me acuerdo que usted toca bastante bien la guitarra, y creo fácil, por medio de mis recomendaciones y de los conocimientos musicales de usted, conseguirle el ser admitido como miembro de la Salvation Army, sociedad respetabilísima que le daría a usted mucho carácter.

No vacile, querido Venancio; véngase con los fondos y podemos hacernos ricos en muy poco tiempo. Sírvase dar mis recuerdos afectuosos al general, a Anastasio y demás amigos.

Su amigo que lo aprecia, *Luis Cervantes*».

Venancio acabó de leer la carta por centésima vez, y, suspirando, repitió su comentario:

—¡Este curro de veras que la supo hacer!

—Porque lo que yo no podré hacerme entrar en la cabeza —observó Anastasio Montañés— es eso de que tengamos que seguir peleando... ¿Pos no acabamos ya con la federación<sup>[248]</sup>?

Ni el general ni Venancio contestaron; pero aquellas palabras siguieron golpeando en sus rudos cerebros como un martillo sobre el yunque.

Ascendían la cuesta, al tranco largo de sus mulas, pensativos y cabizbajos. Anastasio, inquieto y terco, fue con la misma observación a otros grupos de soldados, que reían de su candidez. Porque si uno trae un fusil en las manos y las cartucheras llenas de tiros, seguramente que es para pelear. ¿Contra quién? ¿En favor de quiénes? ¡Eso nunca le ha importado a nadie!

La polvareda ondulosa e interminable se prolongaba por las opuestas direcciones de la vereda, en un hormiguero de sombreros de palma, viejos kakis mugrientos, frazadas musgas<sup>[249]</sup> y el negrear movedizo de las caballerías.

La gente ardía de sed. Ni un charco, ni un pozo, ni un arroyo con agua por todo el camino. Un vaho de fuego se alzaba de los blancos eriales de una cañada, palpitaba sobre las crespas cabezas de los huizaches y las glaucas pencas de los nopales<sup>[250]</sup>. Y como una mofa, las flores de los cactus se abrían frescas, carnosas y encendidas las unas, aceradas y diáfanas las otras.

Tropezaron al mediodía con una choza prendida a los riscos de la sierra; luego, con tres casucas regadas sobre las márgenes de un río de arena calcinada; pero todo estaba silencioso y abandonado. A la proximidad de la tropa, las gentes se escurrían a ocultarse en las barrancas.

Demetrio se indignó:

—A cuantos descubran escondidos o huyendo, cójanlos y me los traen ordenó a sus soldados con voz desafinada.

—¡Cómo!... ¿Qué dice? —exclamó Valderrama sorprendido—. ¿A los serranos? ¿A estos valerosos que no han imitado a las gallinas que ahora anidan en Zacatecas y Aguascalientes? ¿A los hermanos nuestros que desafían las tempestades adheridas a sus rocas como la madrepeña? ¡Protesto!... ¡Protesto!...

Hincó las espuelas en los ijares de su mísero rocín y fue a alcanzar al general.

—Los serranos —le dijo con énfasis y solemnidad— son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos... «Os ex osibus meis et caro de carne mea»... Los serranos están hechos de nuestra madera... De esta madera firme con la que se fabrican los héroes...

Y con una confianza tan intempestiva como valiente, dio un golpe con su puño cerrado sobre el pecho del general, que sonrió con benevolencia.

¿Valderrama, vagabundo, loco y un poco poeta, sabía lo que decía?

Cuando los soldados llegaron a una rancharía y se arremolinaron con desesperación en torno de casas y jacales vacíos, sin encontrar una tortilla dura, ni un chile podrido, ni unos granos de sal para ponerle a la tan aborrecida carne fresca de res, ellos, los hermanos pacíficos, desde sus escondites, impasibles los unos con la impasibilidad pétrea de los ídolos aztecas, más humanos los otros, con una sórdida sonrisa en sus labios untados y ayunos de barba, veían cómo aquellos hombres feroces, que un mes antes hicieran retemblar de espanto sus míseros y apartados solares, ahora salían de sus chozas, donde las hornillas estaban apagadas y las tinajas secas, abatidos, con la cabeza caída y humillados como perros a quienes se arroja de su propia casa a puntapiés.

Pero el general no dio contraorden y unos soldados le llevaron a cuatro fugitivos bien trincados.

## II

—¿Por qué se esconden ustedes? —interrogó Demetrio a los prisioneros.

—No nos escondemos, mi jefe; seguimos nuestra vereda.

—¿Adónde?

—A nuestra tierra... Nombre de Dios, Durango.

—¿Es éste el camino de Durango?

—Por los caminos no puede transitar gente pacífica ahora. Usted lo sabe, mi jefe.

—Ustedes no son pacíficos; ustedes son desertores. ¿De dónde vienen? —prosiguió Demetrio observándolos con ojo penetrante.

Los prisioneros se turbaron, mirándose perplejos sin encontrar pronta respuesta.

—¡Son carranclanes<sup>[251]</sup>! —notó uno de los soldados.

Aquello devolvió instantáneamente la entereza a los prisioneros. No existía más para ellos el terrible enigma que desde el principio se les había formulado con aquella tropa desconocida.

—¿Carrancistas nosotros? —contestó uno de ellos con altivez—. ¡Mejor puercos!

...

—La verdad, sí, somos desertores —dijo otro—; nos le cortamos<sup>[252]</sup> a mi general Villa de este lado de Celaya<sup>[253]</sup>, después de la cuereada que nos dieron.

—¿Derrotado el general Villa?... ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!... Los soldados rieron a carcajadas.

Pero a Demetrio se le contrajo la frente como si algo muy negro hubiera pasado por sus ojos.

—¡No nace todavía el hijo de la... que tenga que derrotar a mi general Villa! — clamó con insolencia un veterano de cara cobriza con una cicatriz de la frente a la barba.

Sin inmutarse, uno de los desertores se quedó mirándolo fijamente, y dijo:

—Yo lo conozco a usted. Cuando tomamos Torreón, usted andaba con mi general Urbina<sup>[254]</sup>. En Zacatecas venía ya con Natera y allí se juntó con los de Jalisco... ¿Miento?

El efecto fue brusco y definitivo. Los prisioneros pudieron entonces dar una detallada relación de la tremenda derrota de Villa en Celaya.

Se les escuchó en un silencio de estupefacción.

Antes de reanudar la marcha se encendieron lumbres donde asar carne de toro. Anastasio Montañés, que buscaba leños entre los huizaches, descubrió a lo lejos y entre las rocas la cabeza tusada del caballuco de Valderrama.

—¡Vente ya, loco, que al fin no hubo pozole<sup>[255]</sup>!... —comenzó a gritar.

Porque Valderrama, poeta romántico, siempre que de fusilar se hablaba, sabía perderse lejos y durante todo el día.

Valderrama oyó la voz de Anastasio y debió haberse convencido de que los prisioneros habían quedado en libertad, porque momentos después estaba cerca de Venancio y de Demetrio.

—¿Ya sabe usted las nuevas? —le dijo Venancio con mucha gravedad.

—No sé nada.

—¡Muy serias! ¡Un desastre! Villa derrotado en Celaya por Obregón. Carranza triunfando por todas partes. ¡Nosotros arruinados!

El gesto de Valderrama fue desdeñoso y solemne como de emperador:

—¿Villa?... ¿Obregón?... ¿Carranza?... ¡X... Y... Z...! ¿Qué se me da a mí?... ¡Amo la revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡Al volcán porque es volcán; a la revolución porque es revolución!... Pero las piedras que quedan arriba o abajo, después del cataclismo, ¿qué me importan a mí?...

Y como al brillo del sol de mediodía reluciera sobre su frente el reflejo de una blanca botella de tequila, volvió grupas y con el alma henchida de regocijo se lanzó hacia el portador de tamaña maravilla.

—Le tengo voluntá a ese loco —dijo Demetrio sonriendo—, porque a veces dice unas cosas que lo ponen a uno a pensar.

Se reanudó la marcha, y la desazón se tradujo en un silencio lúgubre. La otra catástrofe venía realizándose callada, pero indefectiblemente. Villa derrotado era un dios caído. Y los dioses caídos ni son dioses ni son nada.

Cuando la Codorniz habló, sus palabras fueron fiel trasunto del sentir común:

—¡Pos hora sí, muchachos... cada araña por su hebra!...

### III

Aquel pueblecillo, a igual que congregaciones<sup>[256]</sup>, haciendas y rancherías, se había vaciado en Zacatecas y Aguascalientes.

Por tanto, el hallazgo de un barril de tequila por uno de los oficiales fue acontecimiento de la magnitud del milagro. Se guardó profunda reserva, se hizo mucho misterio para que la tropa saliera otro día, a la madrugada, al mando de Anastasio Montañés y de Venancio; y cuando Demetrio despertó al son de la música, su Estado Mayor, ahora integrado en su mayor parte por jóvenes ex federales, le dio la noticia del descubrimiento, y la Codorniz, interpretando los pensamientos de sus colegas, dijo axiomáticamente:

—Los tiempos son malos y hay que aprovechar, porque «si hay días que nada el pato, hay días que ni agua bebe».

La música de cuerda tocó todo el día y se le hicieron honores solemnes al barril; pero Demetrio estuvo muy triste, «sin saber por qué, ni por qué sé yo», repitiendo entre clientes y a cada instante su estribillo.

Por la tarde hubo peleas de gallos. Demetrio y sus principales jefes se sentaron bajo el cobertizo del portalillo municipal, frente a una plazuela inmensa, poblada de yerbas, un quiosco vetusto y podrido y las casas de adobe solitarias.

—¡Valderrama! —llamó Demetrio, apartando con fastidio los ojos de la pista—. Venga a cantarme *El enterrador*.

Pero Valderrama no le oyó, porque en vez de atender a la pelea monologaba extravagante, mirando ponerse el sol tras de los cerros, diciendo con voz enfática y solemne gesto:

—«¡Señor, Señor, bueno es que nos estemos aquí!... Levantaré tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

—¡Valderrama! —volvió a gritar Demetrio. Cántame *El enterrador*.

—Loco, te habla mi general —lo llamó más cerca uno de los oficiales.

Y Valderrama, con su eterna sonrisa de complacencia en los labios, acudió entonces y pidió a los músicos una guitarra.

—¡Silencio! —gritaron los jugadores.

Valderrama dejó de afinar. La Codorniz y el Meco soltaban ya en la arena un par de gallos amarrados de largas y afiladísimas navajas. Uno era retinto, con hermosos reflejos de obsidiana; el otro, giro<sup>[257]</sup>, de plumas como escamas de cobre irisado a fuego.

La lucha fue brevísima y de una ferocidad casi humana. Como movidos por un resorte, los gallos se lanzaron al encuentro. Sus cuellos crespos y encorvados, los ojos como corales, erectas las crestas, crispadas las patas, un instante se mantuvieron sin tocar el suelo siquiera, confundidos sus plumajes, picos y garras en uno solo; el retinto se desprendió y fue lanzado patas arriba más allá de la raya. Sus ojos cíc

cinabrio se apagaron, cerráronse lentamente sus párpados coriáceos, y sus plumas esponjadas se estremecieron convulsas en un charco de sangre.

Valderrama, que no había reprimido un gesto de violenta indignación, comenzó a templar. Con los primeros acentos graves se disipó su cólera. Brillaron sus ojos como esos ojos donde resplandece el brillo de la locura. Vagando su mirada por la plazoleta, por el ruinoso quiosco, por el viejo caserío, con la sierra al fondo y el cielo incendiado como lecho, comenzó a cantar.

Supo darle tanta alma a su voz y tanta expresión a las cuerdas de su vihuela, que, al terminar, Demetrio había vuelto la cara para que no le vieran los ojos.

Pero Valderrama se echó en sus brazos, lo estrechó fuertemente y, con aquella confianza súbita que a todo el mundo sabía tener en un momento dado, le dijo al oído:

—¡Cómaselas!... ¡Esas lágrimas son muy bellas!

Demetrio pidió la botella y se la tendió a Valderrama.

Valderrama apuró con avidez la mitad, casi de un sorbo; luego se volvió a los concurrentes y, tomando una actitud dramática y su entonación declamatoria, exclamó con los ojos rasos:

—¡Y de ahí cómo los grandes placeres de la revolución se resolvían en una lágrima!...

Después siguió hablando loco, pero loco del todo, con las yerbas empolvadas, con el quiosco podrido, con las casas grises, con el cerro altivo y con el cielo inconmensurable.

## IV

Asomó Juchipila a lo lejos, blanca y bañada de sol, en medio del frondaje, al pie de un cerro elevado y soberbio, plegado como turbante.

Algunos soldados, mirando las torrecillas de Juchipila, suspiraron con tristeza. Su marcha por los cañones era ahora la marcha de un ciego sin lazarillo; se sentía ya la amargura del éxodo.

—¿Ese pueblo es Juchipila? —preguntó Valderrama.

Valderrama, en el primer periodo de la primera borrachera del día, había venido contando las cruces diseminadas por caminos y veredas, en las escarpaduras de las rocas, en los vericuetos de los arroyos, en las márgenes del río. Cruces de madera negra recién barnizada, cruces forjadas con dos leños, cruces de piedras en montón,

cruces pintadas con cal en las paredes derruidas, humildísimas cruces trazadas con carbón sobre el canto de las peñas. El rastro de sangre de los primeros revolucionarios de 1910, asesinados por el gobierno.

Ya a la vista de Juchipila, Valderrama echa pie a tierra, se inclina, dobla la rodilla y gravemente besa el suelo.

Los soldados pasan sin detenerse. Unos ríen del loco y otros le dicen alguna cuchufleta.

Valderrama, sin oír a nadie, reza su oración solemnemente:

—Juchipila, cuna de la revolución de 1910, tierra bendita, tierra regada con sangre de mártires, con sangre de soñadores... de los únicos buenos...

—Porque no tuvieron tiempo de ser malos —completa la frase brutalmente un oficial ex federal le va pasando.

Valderrama se interrumpe, reflexiona, frunce el ceño, lanza una sonora carcajada que resuena por las peñas, monta y corre tras el oficial a pedirle un trago de tequila.

Soldados mancos, cojos, reumáticos y tosigosos dicen mal de Demetrio. Advenedizos de banquetta<sup>[258]</sup> causan alta con barras de latón en el sombrero, antes de saber siquiera cómo se coge un fusil, mientras que el veterano fogueado en cien combates, inútil ya para el trabajo, el veterano que comenzó de soldado raso, soldado raso es todavía.

Y los pocos jefes que quedan, camaradas viejos de Macías, se indignan también porque se cubren las bajas del Estado Mayor con señoritines de capital, perfumados y peripuestos.

—Pero lo peor de todo —dice Venancio— es que nos estamos llenando de ex federales.

El mismo Anastasio, que de ordinario encuentra muy bien hecho todo lo que su compadre Demetrio hace, ahora, en causa común con los descontentos, exclama:

—Miren, compañeros, yo soy muy claridoso... y yo le digo a mi compadre que si vamos a tener aquí a los federales siempre, malamente andamos... ¡De veras! ¿A que no me lo creen?... Pero yo no tengo pelos en la lengua, y por vida de la madre que me parió, que se lo digo a mi compadre Demetrio.

Y se lo dijo. Demetrio lo escuchó con mucha benevolencia, y luego que acabó de hablar, le contestó:

—Compadre, es cierto lo que usted dice. Malamente andamos: los soldados hablan mal de las clases, las clases de los oficiales y los oficiales de nosotros... Y nosotros estamos ya pa despachar a Villa y a Carranza a la... a que se diviertan solos... Pero se me figura que nos está sucediendo lo que a aquel peón de Tepatlán. ¿Se acuerda, compadre? No paraba de rezongar de su patrón, pero no paraba de trabajar tampoco. Y así estamos nosotros: a reniega y reniega y a mátenos y mátenos... Pero eso no hay que decirlo, compadre...

—¿Por qué, compadre Demetrio?...

—Por yo no sé... Porque no... ¿ya me entiende? Lo que ha de hacer es dármele

ánimo a la gente. He recibido órdenes de regresar a detener una partida que viene por Cuquío. Dentro de muy poquitos días tenemos que darnos un encontronazo con los carranclanes, y es bueno pegarles ahora hasta por debajo de la lengua.

Valderrama, el vagabundo de los caminos reales, que se incorporó a la tropa un día, sin que nadie supiera a punto fijo cuándo ni en dónde, pescó algo de las palabras de Demetrio, y como no hay loco que coma lumbre, ese mismo día desapareció como había llegado.

## V

Entraron a las calles de Juchipila cuando las campanas de la iglesia repicaban alegres, ruidosas, y con aquel su timbre peculiar que hacía palpar de emoción a toda la gente de los cañones.

—Se me figura, compadre, que estamos allá en aquellos tiempos cuando apenas iba comenzando la revolución, cuando llegábamos a un pueblito y nos repicaban mucho, y salía la gente a encontrarnos con músicas, con banderas, y nos echaban muchos vivas y hasta cohetes nos tiraban —dijo Anastasio Montañés.

—Ahora ya no nos quieren —repuso Demetrio.

—¡Sí, como vamos ya de «rota batida<sup>[259]</sup>»! —observó la Codorniz.

—No es por eso... A los otros tampoco los pueden ver ni en estampa.

—Pero ¿cómo nos han de querer, compadre? Y no dijeron más.

Desembocaban en una plaza, frente a la iglesia octogonal, burda y maciza, reminiscencia de tiempos coloniales.

La plaza debía haber sido jardín, a juzgar por sus naranjos escuetos y roñosos, entreverados entre restos de bancas de hierro y madera.

Volvió a escucharse el sonoro y regocijante repique. Luego, con melancólica solemnidad, se escaparon del interior del templo las voces melifluas de un coro femenino. A los acordes de un guitarrón, las doncellas del pueblo cantaban los «Misterios».

—¿Qué fiesta tienen ahora, señora? —preguntó Venancio a una vejarruca que a todo correr se encaminaba hacia la iglesia.

—¡Sagrado Corazón de Jesús! —repuso la beata medio ahogándose.

Se acordaron de que hacía un año ya de la toma de Zacatecas. Y todos se pusieron más tristes todavía.

Igual a los otros pueblos que venían recorriendo desde Tepic, pasando por Jalisco,

Aguascalientes y Zacatecas, Juchipila era una ruina. La huella negra de los incendios se veía en las casas destechadas, en los pretiles ardidados. Casas cerradas; y una que otra tienda que permanecía abierta era como por sarcasmo, para mostrar sus desnudos armazones, que recordaban los blancos esqueletos de los caballos diseminados por todos los caminos. La mueca pavorosa del hambre estaba ya en las caras terrosas de la gente, en llama luminosa de sus ojos que, cuando se detenían sobre un soldado, quemaban con el fuego de la maldición.

Los soldados recorren en vano las calles en busca de comida y se muerden la lengua ardiendo de rabia. Un solo fonducho está abierto y en seguida se aprieta. No hay frijoles, no hay tortillas: puro chile picado y sal corriente. En vano los jefes muestran sus bolsillos reventando de billetes o quieren ponerse amenazadores.

—¡Papeles, sí!... ¡Eso nos han traído ustedes!... ¡Pos eso coman!... —dice la fondera, una viejota insolente, con una enorme cicatriz en la cara, quien cuenta que «ya durmió en el petate del muerto para no morir de un susto».

Y en la tristeza y desolación del pueblo, mientras cantan las mujeres en el templo, los pajarillos no cesan de piar en las arboledas, ni el canto de las currucas deja de oírse en las ramas secas de los naranjos.

## VI

La mujer de Demetrio Macías, loca de alegría, salió a encontrarlo por la vereda de la sierra, llevando de la mano al niño.

¡Casi dos años de ausencia!

Se abrazaron y permanecieron mudos; ella embargada por los sollozos y las lágrimas.

Demetrio, pasmado, veía a su mujer envejecida, como si diez o veinte años hubieran transcurrido ya. Luego miró al niño, que clavaba en él sus ojos con azoro. Y su corazón dio un vuelco cuando reparó en la reproducción de las mismas líneas de acero de su rostro y en el brillo flamante de sus ojos. Y quiso atraerlo y abrazarlo; pero el chiquillo, muy asustado, se refugió en el regazo de la madre.

—¡Es tu padre, hijo!... ¡Es tu padre!...

El muchacho metía la cabeza entre los pliegues de la falda y se mantenía huraño.

Demetrio, que había dado su caballo al asistente, caminaba a pie y poco a poco con su mujer y su hijo por la abrupta vereda de la sierra.

—¡Hora sí, bendito sea Dios que ya veniste!... ¡Ya nunca nos dejarás! ¿Verdad?

¿Verdad que ya te vas a quedar con nosotros?...

La faz de Demetrio se ensombreció.

Y los dos estuvieron silenciosos, angustiados.

Una nube negra se levantaba tras la sierra, y se oyó un trueno sordo. Demetrio ahogó un suspiro. Los recuerdos afluían a su memoria como una colmena.

La lluvia comenzó a caer en gruesas gotas y tuvieron que refugiarse en una rocallosa covacha.

El aguacero se desató con estruendo y sacudió las blancas flores de San Juan, manojos de estrellas prendidos en los árboles, en las peñas, entre la maleza, en los pitahayos y en toda la serranía.

Abajo, en el fondo del cañón y a través de la gasa de la lluvia, se miraban las palmas rectas y cimbradoras; lentamente se mecían sus cabezas angulosas y al soplo del viento se desplegaban en abanicos. Y todo era serranía: ondulaciones de cerros que suceden a cerros, más cerros circundados de montañas y éstas encerradas en una muralla de sierra de cumbres tan altas que su azul se perdía en el zafir.

—¡Demetrio, por Dios!... ¡Ya no te vayas!... ¡El corazón me avisa que ahora te va a suceder algo!...

Y se deja sacudir de nuevo por el llanto.

El niño, asustado, llora a gritos, y ella tiene que refrenar su tremenda pena para contentarlo.

La lluvia va cesando; una golondrina de plateado vientre y alas angulosas cruza oblicuamente los hilos de cristal, de repente iluminados por el sol vespertino.

—¿Por qué pelean ya, Demetrio?

Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero, y dice:

—Mira esa piedra cómo ya no se para...

## VII

Fue una verdadera mañana de nupcias. Había llovido la víspera toda la noche y el cielo amanecía entoldado de blancas nubes. Por la cima de la sierra trotaban potrillos brutos de crines alzadas y colas tensas, gallardos con la gallardía de los picachos que levantan su cabeza hasta besar las nubes.

Los soldados caminan por el abrupto peñascal contagiado de la alegría de la mañana. Nadie piensa en la artera bala que puede estarlo esperando más adelante. La

gran alegría de la partida estriba cabalmente en lo imprevisto. Y por eso los soldados cantan, ríen y charlan locamente. En su alma rebulle el alma de las viejas tribus nómadas. Nada importa saber adónde van y de dónde vienen; lo necesario es caminar, caminar siempre, no estacionarse jamás; ser dueños del valle, de las planicies, de la sierra y de todo lo que la vista abarca.

Arboles, cactus y helechos, todo aparece acabado de lavar. Las rocas, que muestran su ocre como el orín las viejas armaduras, vierten gruesas gotas de agua transparente.

Los hombres de Macías hacen silencio un momento. Parece que han escuchado un ruido conocido: el estallar lejano de un cohete; pero pasan algunos minutos y nada se vuelve a oír.

—En esta misma sierra —dice Demetrio—, yo, sólo con veinte hombres, les hice más de quinientas bajas a los federales.

Y cuando Demetrio comienza a referir aquel famoso hecho de armas, la gente se da cuenta del grave peligro que va corriendo. ¿Conque si el enemigo, en vez de estar a dos días de camino todavía, les fuera resultando escondido entre las malezas de aquel formidable barranco, por cuyo fondo se han aventurado? Pero ¿quién sería capaz de revelar su miedo? ¿Cuándo los hombres de Demetrio dijeron: «Por aquí no caminamos»?

Y cuando comienza un tiroteo lejano, donde va la vanguardia, ni siquiera se sorprenden ya. Los reclutas vuelven grupas en desenfrenada fuga buscando la salida del cañón.

Una maldición se escapa de la garganta seca de Demetrio:

—¡Fuego!... ¡Fuego sobre los que corran!...

—¡A quitarles las alturas! —ruge después como una fiera.

Pero el enemigo, escondido a millaradas, desgrana sus ametralladoras, y los hombres de Demetrio caen como espigas cortadas por la hoz.

Demetrio derrama lágrimas de rabia y de dolor cuando Anastasio resbala lentamente de su caballo sin exhalar una queja, y se queda tendido, inmóvil. Venancio cae a su lado, con el pecho horriblemente abierto por la ametralladora y el Meco se desbarranca y rueda al fondo del abismo. De repente Demetrio se encuentra solo. Las balas zumban en sus oídos como una granizada. Desmonta, arrastrase por las rocas hasta encontrar un parapeto, coloca una piedra que le defienda la cabeza y, pecho a tierra, comienza a disparar.

El enemigo se disemina, persiguiendo a los raros fugitivos que quedan ocultos entre los chaparros.

Demetrio apunta y no yerra un solo tiro... ¡Paf!... ¡Paf!... ¡Paf!...

Su puntería famosa lo llena de regocijo; donde pone el ojo pone la bala. Se acaba un cargador y mete otro nuevo. Y apunta...

El humo de la fusilería no acaba de extinguirse. Las cigarras entonan su canto imperturbable y misterioso; las palomas cantan con dulzura en las rinconadas de las

rocas; ramonean apaciblemente las vacas.

La sierra está de gala; sobre sus cúspides inaccesibles cae la niebla albísima como un crespón de nieve sobre la cabeza de una novia.

Y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa, como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...<sup>[260]</sup>

# Apéndice

## PRIMERA PARTE

### I

(Folletín núm. 1 de «El Paso del Norte», 27 de octubre de 1915.)	(Edición del Fondo de Cultura Económica, definitiva, 1958.)
Oye cómo ladra el «Palomo»...	Oye cómo ladra el <i>Palomo</i> ...
un hombre que en cuclillas yantaba en un rincón con una cazuela	un hombre que, en cuclillas, yantaba en un rincón, una cazuela
El hombre, sin alterarse acabó de cenar; se acercó a un cántaro y bebió agua a borbotones.	El hombre, sin alterarse, acabó de comer; se acercó un cántaro y, levantándolo a dos manos, bebió agua a borbotones.
—Tu rifle está debajo de la cuna.	—Tu rifle está debajo del petate.
El cuartito se encontraba alumbrado por una mecha de manteca.	El cuartito se alumbraba por una mecha de sebo.
Del techo pendía una cuerda sosteniendo un viejo molde de hacer adobes, que servía de cuna.	Del techo pendían cuerdas sosteniendo un viejo molde de adobes, que servía de cuna.
El «Palomo» enfurecido, había saltado sobre la cerca del corral.	El <i>Palomo</i> , enfurecido, había saltado la cerca del corral.
Unos hombres llegaron maldiciendo y vociferando.	Unos hombres a caballo llegaron vociferando y maldiciendo.
—Se perdería también, sargento, si viniera de borracho como nosotros.	—Se perdería, mi sargento, si viniera de borracho como tú.
—¿En dónde estamos, vieja?... Pero, ¡con un tal! ¿Esta casa está sola? Y entonces ¿esa luz? ¿y ese chamaco?...	—¿En dónde estamos, vieja?... ¡Pero con una!... ¿Esta casa está sola? —¿Y entonces, esa luz?... ¿Y ese chamaco?...
—¡Hombres malvados, me mataron mi perro! ¿Qué les debía, que les comió mi pobrecito «Palomo»?	—¡Hombres malvados, me han matado mi perro!... ¿Qué les debía ni qué les comía mi pobrecito <i>Palomo</i> ?
—¡Mira nomás qué chapetes, sargento! mi alma, no te enojés, te voy a convertir tu casa en palomar y te voy a servir hasta de rodillas; pero ¡por Dios!... «no me mires airada... no más enojos...» —«Mírame cariñosa, luz de mis ojos...» cantó el oficial con voz aguardentosa.	—¡Mira no más qué chapetes, sargento!... Mi alma, no te enojés, yo te juro volverte tu casa un palomar; pero ¡por Dios!... <i>No me mires airada...</i> <i>No más enojos...</i> <i>Mírame cariñosa,</i> <i>luz de mis ojos—,</i> acabó cantando el oficial con voz aguardentosa.

preguntó el sargento. —La mujer que soplabas las brasas del fogón y ponía más leña, contestó hosca, pero sin miedo	preguntó el sargento. —Limón —contestó hosca la mujer, ya soplando las brasas del fogón y arrimando leña.
si he de irme al infierno, me voy en buen caballo. Pero tú nos has visto cachetes como estos: sí parecen un peroncito en sazón... para morderlos.	si he de irme al infierno, nunca mejor que ahora..., que voy en buen caballo. ¡Mira no más qué cachetitos de morena!... ¡Un perón para morderlo!...
—Y usted ha de conocer al bandido ese... Hace mucho que yo lo conocí: estuvimos juntos en la Penitenciaría.	—Usted ha de conocer al bandido ese, señora... Yo estuve junto con él en la Penitenciaría de Escobedo.
he decidido pasar la noche en la amable compañía de esta morenita... ¿El coronel?... que vaya mucho a... Y si el coronel se enoja... pa mí... ¡plim! (...) Oye, chata, (...) y por eso también hablo un poco ronco: como que en Guadalajara dejé la mitad de la campanilla y por el camino vengo escupiendo la otra mitad... ¿Y qué le haces? es mi gusto. Sargento, mi botella de tequila. Chatita, estás muy lejos; arrímate a tomar un trago... ¿cómo que no? ¿Le tienes miedo a tu marido... o lo que sea? Si lo guardas por allí oculto en algún agujero como las ratas, dite que salga... pa mí ¡plim! Te aseguro que no nos estorba siquiera.	he decidido pasar la noche en amable compañía con esta morenita... ¿El coronel?... ¿Qué me hablas tú del coronel a estas horas?... ¡Que vaya mucho a...! Y si se enoja a mí... ¡plin! (...) Oye, chatita, (...) y por eso también hablo un poco ronco... ¡Como que en Guadalajara dejé la mitad de la campanilla y por el camino vengo escupiendo la otra mitad!... ¿Y qué le hace...? Es mi gusto. Sargento, mi botella, mi botella de tequila. Chata, estás muy lejos; arrímate a echar un trago. ¿Cómo que no?... ¿Le tienes miedo a tu... marido... o lo que sea?... Si está metido en algún agujero dile que salga..., pa mi ¡plin! ... Te aseguro que las ratas no me estorban.
Una sombra blanca llenó la boca oscura de la puerta	Una silueta blanca llenó de pronto la boca oscura de la puerta.
—¡Demetrio Macías! —pronunció el sargento. El teniente se puso en pie y enmudeció, quedando inmóvil como una estatua. —¡Mátalos, Demetrio! —¡Ah! dispéñeme, amigo...	¡Demetrio Macías! —exclamó el sargento. El teniente se puso de pie y enmudeció, quedóse frío e inmóvil como una estatua. —¡Mátalos! —¡Ah, dispense, amigo!
sino que también los admiro y los quiero... Aquí tiene la mano de un amigo... Está bien, Demetrio Macías, usted me desaira... Es que no me conoce, es porque me ve en este perro oficio... ¡Qué quiere, amigo, es uno pobre, tiene familia que sostener!...	sino que también los quiero... Aquí tiene la mano de un amigo... Está bueno, Demetrio Macías, usted me desaira... Es porque no me conoce, es porque me ve en este perro y maldito oficio. ¡Qué quiere, amigo!... ¡Es uno pobre, tiene familia numerosa que mantener!
—¡Qué susto, madre mía de Taipa!	—¡Madre mia de Jalpa! ¡Qué susto!
Ella quiso llorar, detenerlo, suplicarle;	Ella quiso detenerlo; suplicó, lloró; pero ét,

pero ei, apartandoia quicemente, agrego sombrío:	apartándola dulcemente, repuso sombrío:
—¿Por qué no los mataste? Demetrio alzó los hombros y con gesto fatalista, respondió: —Seguro que no les tocaría.	—¿Por qué no los mataste? —¡Seguro que no les tocaba todavía!
Y en la puerta misma se separaron en opuesta dirección.	Ya a la puerta se apartaron en opuesta dirección.
La luna poblaba la montaña de sombras vagas. En cada risco y en cada chaparro, Demetrio seguía mirando la silueta dolorida de una mujer con su hijo en brazos. Y cuando después de muchas horas de ascenso, volvió los ojos, en el fondo del cañón, cerca del río, se levantaban grandes llamaradas: ¡su casa ardía!...	La luna poblaba de sombras vagas la montaña. En cada risco y en cada chaparro, Demetrio seguía mirando la silueta dolorida de una mujer con su hijo en brazos. Cuando después de muchas horas de ascenso volvió los ojos, en el fondo del cañón, cerca del río, se levantaban grandes llamaradas. Su casa ardía...



MARIANO AZUELA GONZÁLEZ (Lagos de Moreno, Jalisco el 1 de enero de 1873 - Ciudad de México, 1 de marzo de 1952) fue médico de profesión que se destacó como crítico literario y escritor mexicano.

Recibió notoriedad por sus narraciones ambientadas en la época de la Revolución mexicana de 1910. Hizo estudios de médico cirujano en Guadalajara. Se inició en la escritura en los tiempos de la dictadura de Porfirio Díaz. A lo largo de su carrera literaria incursionó en el teatro, el cuento y el ensayo crítico además de la novela, género donde obtuvo mayor reconocimiento. Su primera novela fue *María Luisa* (1907). Después publicaría *Andrés Pérez, maderista* (1911). Fue designado jefe político de Lagos de Moreno y posteriormente director de Educación en Jalisco. Tras la caída de Madero, Azuela se incorporó a las fuerzas revolucionarias de Julián Medina como médico militar. Cuando las fuerzas carrancistas vencieron a Villa y Zapata, Mariano Azuela se exilió a El Paso, Texas, fue entonces cuando escribió *Los de abajo*, novela revolucionaria que le dio popularidad, publicada en fascículos en 1915 en el periódico *El Paso del Norte* y en forma de libro en 1916 cuando regresó a México; sin embargo, el éxito literario de esta obra no fue hasta 1925, cuando fue publicada a modo de folletín en el periódico *El Universal Ilustrado*.

Fue uno de los miembros fundadores del Seminario de Cultura Mexicana y de El Colegio Nacional. En 1942, la Sociedad Arte y Letras de México le otorgó el Premio de Literatura. El 8 de abril de 1943, ingresó como miembro fundador a El Colegio Nacional. En 1949 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura. Falleció en la Ciudad de México el 1 de marzo de 1952 y fue

sepultado en la Rotonda de las Personas Ilustres.

# Notas

[1] Azuela, Mariano, *Páginas autobiográficas*, México, F.C.E., 1974, página 25. <<

[2] Azuela, *Páginas...*, pág. 97. <<

[3] *Ibíd.*, pág. 74. <<

[4] *Ibíd.*, pág. 121. <<

[5] *Ibíd.*, pág. 273. <<

[6] Francisco Monterde, Prólogo a las *Obras Completas* de Mariano Azuela, pág. X.

<<

[7] Brushwood, John S., *México en su novela*, México, F.C.E., 1973, pág. 302. <<

[8] Azuela, *Páginas...*, pág. 34. <<

[9] Para ver la evolución de sus lecturas, recordemos que en una entrevista, en 1938, dijo que en ese momento sus autores favoritos eran Conrad y Proust. <<

[10] Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, F.C.E., 1970, pág. 441. <<

[11] Puede verse mi estudio *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1977, la parte VI del mismo: «Síntesis significativa de la novela de la Revolución». Nueva edición: Madrid, Espasa Calpe, Selecciones Austral, 1980. <<

[12] Monterde, Prólogo, pág. XIII. <<

[13] Anderson Imbert hace un juicio síntesis de Azuela, diciendo que enriqueció la novelística hispanoamericana al menos con dos obras: *Los de abajo* y *La luciérnaga*. De *La luciérnaga* dice Azuela que es la que tuvo mayor éxito literario y menor económico. Al menos, la editorial, Espasa-Calpe, sólo le liquidó mil y pico de ejemplares, lo que le reafirmó en la creencia de que él era novelista para el pueblo y no para literatos. En cuanto a *La malhora*, en opinión de Valery Larbaud es la mejor novela de Azuela hasta el año 30, *apud* Monterde, en el Prólogo a las Obras Completas. <<

[14] Dessau, Adalbert, profesor y crítico de Alemania Oriental; su obra *La novela mexicana de la revolución* fue su tesis doctoral en la Universidad de Berlín Este, publicada en 1967. En el 72 se tradujo al español y se publicó en el F.C.E. de México. Cito por esta edición. <<

[15] Brushwood, *ob. cit.*, págs. 374-375. <<

[16] Dice Monterde, en la pág. XIX de su Prólogo: «Leal para consigo, incapaz de transigir con actitudes o conceptos de los que discrepaba, cuando unas u otros se inclinaban abiertamente hacia derechas o izquierdas, el doctor Azuela determinó con sinceridad y honradez su punto de vista, aunque por eso se le tachara de enemigo de regímenes divergentes». <<

[17] Estas palabras las pronunció Azuela al recibir el Premio Nacional, el 26 de enero de 1950, dos años antes de morir, y bien pudieran ser epitáficas. <<

[18] Azuela, *Páginas...*, pág. 266. <<

[19] *Ibíd.*, pág. 134. <<

[20] Para una más detallada información, véase *El «descubrimiento» de Los de abajo*, de John E. Englekirk, México, 1935. <<

[21] Englekirk, *ob, cit.*, págs. 7-8. <<

[22] Azuela, *Páginas...*, pág. 264. <<

[23] Azuela, *ibíd.*, pág. 244. <<

[24] Azuela, Mariano, *Epistolario y Archivo*, recopilación y notas de Beatrice Berler, México, C.E.L. de la U.N.A.M., 1969. <<

[25] *Epistolario...*, correspondencia con G. Ortega. <<

[26] En diciembre de 1925, Valle-Inclán había comenzado a publicar en la revista *El estudiante*, los primeros capítulos de *Tirano Banderas*, novela que supuestamente se emplazó en el México revolucionario que derrocó a Porfirio Díaz. Y a esta tertulia del «Regina» asistía, asimismo, Martín Luis Guzmán, escritor mexicano exiliado, que en el año 1926 empezó a enviar a *El Universal* sus recuerdos revolucionarios novelados, que aparecerían, luego, en el 28, en forma de libro en España, *El águila y la serpiente*, la segunda gran obra de tema revolucionario después de *Los de abajo*. <<

[27] Barbusse es autor de una obra, *Le feu*. Premio Goncourt, 1916, a la que se le han encontrado características análogas a la de Azuela. <<

[28] Monterde, Prólogo, pág. XII. <<

[29] Fuentes, Carlos, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1969. <<

[30] Es, también, el medio por el que las nuevas generaciones acceden al proceso general. <<

[31] Brushwood, John S., *México en su novela*, México, F.C.E., 1973, págs. 352-396.

<<

[32] Su antecedente es la tradición realista del XIX, que pretendía ser «una pintura de vida» y quería «divertir enseñando». <<

[33] Magaña Esquivel, Antonio, *La novela de la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964, tomo I, pág. 16.

<<

[34] En 1919, Carlos González Peña y José López Portillo y Rojas, publicaron novelas, *La fuga de la quimera* y *Fuertes y débiles*, respectivamente, en las que está presente la Revolución, pero con valor circunstancial y episódico en la trama. <<

[35] También es significativo de esta «campana» indigenista y del apoyo de los intelectuales a la misma, el Premio Nacional de Literatura a una obra mediocre, *El indio*, del notable escritor López y Fuentes. <<

[36] Fuenles, Carlos, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1969, pág. 16. <<

[37] En *R.U.M.*, vol. XXI, núm. 9, mayo 1969, págs. 30-31. <<

[38] Magaña Esquivel, *ob. cit.*, pág. 15. <<

[39] La obra del norteamericano Lewis recoge de viva voz, al dictado de la cinta magnetofónica, las opiniones que de la vida y las circunstancias nacionales le dan cinco familias mexicanas interrogadas. <<

[40] Castellanos, Rosario, «La novela mexicana contemporánea», en México en la cultura, núm. 597 (21 de agosto, 1960). <<

[41] Paz, Octavio, «La máscara y la transparencia», prólogo al libro de Carlos Fuentes, *Cuerpos y ofrendas*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, págs. 7-15. <<

[42] Cassirer, Ernst, *Antropología filosófica*, «mito y religión», México, F.C.E., 1963, pág. 115. <<

[43] Levi-Strauss, Claude, *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1972, pág. 190. <<

[44] Prieto, Antonio, «La función mítica en *El Burlador de Sevilla*», en *Estudios de literatura europea*, Madrid, Narcea, 1975. <<

[45] Eliade, Mircea, Mito y realidad, Madrid, Guadarrama, 1968, página 211. <<

[46] Bobes, M<sup>a</sup> del Carmen, Comentario de textos literarios, Madrid, CUPSA, 1978, pág. 26. (Se refiere al modelo de secuencia elemental propuesto por Bremond.) <<

[47] Tesis de Joseph Campbell, desarrollada como método crítico por Juan Villegas, *La estructura mítica del héroe*, Madrid, Planeta, 1973. <<

[48] Seymour Mentón ve ya antes una alusión simbólica de la degradación: «El arrancar los grabados de la Divina Comedia en el segundo capítulo de la segunda parte señala el descenso al infierno de la barbarie», en *Hispania*, vol. L, núm. 4 (diciembre, 1967), ahora recogido en *La crítica de la novela mexicana contemporánea*. Prólogo, selección, notas y bibliografía de Aurora Ocampo, México, UNAM, 1980. <<

[49] Por otro lado, semánticamente, muy interesante, ya que anuncia, con muchos años de antelación, otro de los motivos que incorporará la narrativa mexicana: las guerras cristeras, inspiradas en los conflictos religiosos que desencadenó el proceso de desfanatización de Calles, 1926-1929. <<

[50] Es, quizá la frase de la novela que más se ha transcrito y la más repetida por críticos y comentaristas. <<

[51] «Si las fuerzas han bendecido al héroe, ahora éste se mueve bajo su protección; si no, huye y es perseguido (huida con transformación, huida con obstáculos). En el umbral del retorno, las fuerzas trascendentales deben permanecer atrás; el héroe vuelve a emerger del reino de la congoja (retorno, resurrección)», dice Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras, Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, pág. 224. <<

[52] Digo en el estudio que dedicó a Azuela en mi Proceso narrativo de la Revolución Mexicana, Madrid, ediciones de Cultura Hispánica, 1977. Ahora, nueva edición. Espasa Calpe, 1980. <<

[53] En el subtítulo de la edición de El Paso, «Cuadros y escenas de la Revolución actual», el calificativo actual indica la contemporaneidad: Revolución y discurso novelesco. Si actual se suprimió en ediciones posteriores, podría haberse sustituido por el de «en marcha», o cualquiera otro que definiera el dinamismo de los enunciados de acción, que aciertan a presentar una anécdota «en hechura» y a dar la impresión de lectura en movimiento. <<

[54] *federales*: soldados del Ejército Federal, porfiristas; por ser la tropa del gobierno, enemigos de los revolucionarios. <<

[55] *tortilla*: torta fina de maíz. «En taco», tortilla enrollada, dentro de la cual se ha colocado alguna carne o verdura. <<

[56] *petate*: estera de hojas de palma. <<

[57] *otate*: planta gramínea, de tallos duros y poco pesados, que, como vara se usa para golpear a los niños, azuzar el ganado y, en rodillos, para deslizar pesos. <<

[58] *manta*: tela ordinaria de algodón. La camisa y calzón de esta tela es el vestido usual del indio. <<

[59] *soyate*: hoja de palma de baja calidad con que se tejen sombreros y otras cosas.

<<

[60] *guaraches*: sandalias toscas de cuero. <<

[61] *blanquillo*: huevo de ave, generalmente, de gallina. <<

[62] *vieja*: voz genérica para designar a la mujer. Según la entonación y el contexto varía el matiz: desde apelativo cariñoso, hasta despectivo. <<

[63] *chapetes*: chapa de color en la mejilla; y también la misma mejilla. <<

[64] *ranchito*: aquí, pequeña comunidad de vecinos, aldea. <<

[65] *Limón*: rancho real, en el cañón de Juchipila, del municipio de Moyahua, estado de Zacatecas. Aquí, en el sentido comunal; la aldea llamada Limón. <<

[66] *perón*: manzana. <<

[67] *Penitenciaría de Escobedo*: penitenciaria de Guadalajara que lleva el nombre de un famoso general mexicano. Ya no existe. <<

[68] *tequila*: es la bebida más popular de México, destilada de una especie de maguey.

<<

[69] *gorda*: tortilla gruesa de maíz. <<

[70] *¡Madre mía de Jalpa!*: invocación a una imagen de la Virgen muy venerada por los habitantes del lugar. Jalpa es un pueblo, cabecera del municipio del mismo nombre, estado de Zacatecas. <<

[71] *Moyahua*: municipio del estado de Zacatecas. Pueblo cabecera del mismo. <<

[72] *Santa Rosa*: rancho real, como Limón, en los cañones de Juchipila. <<

[73] *tamaña*: muy grande. <<

[74] *pitahayo*: arbusto de la familia de los cactus, su ramazón toma aspecto de brazos de candelabro; da flores y fruto. <<

[75] *Julián Medina*: se levantó en armas en la prisión de Hostotipaquillo (Jalisco), con media docena de hombres, y se apoderó de la población que estaba en manos de los federales. En octubre de 1914, Mariano Azuela se incorporó a la facción revolucionaria de Julián Medina, como jefe del servicio médico, con el grado de teniente coronel. <<

[76] *pelado*: hombre del pueblo, de clase baja. Por extensión, pobre, sin recursos. <<

[77] *metate*: piedra cuadrangular, sostenida en tres patas desiguales y que sirve para moler los granos por deslizamiento de otra piedra cilíndrica sobre la cara superior; esta cara suele estar ligeramente abarquillada. <<

[78] *cuicos*: guardias o policías. <<

[79] *se los echó*: «se los cargó». <<

[80] *¿Qué tendrán?...*: «En el habla de todas las clases sociales de México, la oración interrogativa suele adoptar una *forma gramatical* propia equivalente a la francesa *est-ce que...* y a la inglesa *do you*. El *que* interrogativo mexicano funciona como simple partícula interrogativa, introductora de oraciones de esa clase. Se usa mucho asimismo precediendo al adverbio denegación». Juan M. Lope Blanch, «Estado actual del español en México», en *Presente y futuro de la Lengua Española*. vol. I, págs. 79-91. En el texto, seis líneas más abajo: «¿voy que no me lo crees?», ilustra plenamente el fenómeno. <<

[81] *zacate*: pasto, hierba, rastrojo, y a veces, forraje. <<

[82] *huizache*: arbusto de ramas espinosas, especie de acacia, frecuente en la altiplanicie, da hermosas flores. <<

[83] *treinta-treinta*: rifle militar muy usado entre los revolucionarios. <<

[84] *hora*: ahora. <<

[85] *chango*: «ser muy chango»: ser muy listo. «Ponerse chango», avivarse, estar alerta. <<

[86] *hasta entonces pudo verse*: La preposición *hasta*, más una expresión de tiempo, se usa con un verbo en sentido negativo, pero omitiendo el adverbio *no*, exigido por la idea. Hay desacuerdo entre la frase y el pensamiento, ya que «hasta entonces pudo verse», significa que «hasta entonces no pudo verse». Lo encontraremos más veces en la obra; en la pág. 193 lo usa Luis Cervantes en su carta. <<

[87] *ora*: ahora. Lineas abajo aparece la forma *hora* con el mismo significado. <<

[88] *nixtamalero*: expresión peyorativa con que los federales insultaban a los revolucionarios, por ser éstos de extracción humilde. *Nixtamal* es masa de maíz con que se hacen las tortillas. <<

[89] *comevaca*: insulto de los federales a los revolucionarios, por la costumbre o necesidad de éstos de robar ganado para comer. <<

[90] *pelón*: el soldado federal que llevaba el pelo cortado al rape, llamado así despectivamente por los revolucionarios. <<

[91] *mocho*: hipócrita, partidario de la Iglesia Católica; expresión peyorativa para designar la política de los conservadores (los *mochos*), especialmente por sus convicciones religiosas. <<

[92] *hilacho*: guiñapo, andrajo, ropa pobre y sucia. <<

[93] *Vengan a conocer a su padre*: la frase no tiene ninguna connotación paternal, al contrario, es un insulto; se profiere como amenaza de castigo, de superioridad, de capacidad de violentar al otro. Es expresión bastante usual. Octavio Paz dice: «La frase “yo soy tu padre” no se dice para proteger, resguardar o conducir, sino para imponer una superioridad, para humillar» (*El laberinto de la soledad*, pág. 73). <<

[94] *chicoteo*: de chicotear: azotar y dar golpes con el chicote o látigo; aquí, es el chasquido. <<

[95] *ya me quemaron*: «ya me dieron», «ya me hirieron». <<

[96] *charamusquero*: de *charamusca*: dulce de azúcar ordinaria, en forma de tirabuzón. *Charamusquero*, el que vende o fabrica *charamuscas*. <<

[97] *Juchipila*: municipio del estado de Zacatecas y ciudad cabecera del mismo. <<

[98] *mezquite*: árbol de poca altura, parecido a las acacias. <<

[99] *Otro día*: «Se usa sin artículo la locución otro día (“al día siguiente”), como en el *Cid* y en obras medievales y renacentistas», Juan M. Lope Blanch, «Estado actual del español en México», en *Presente y futuro de la Lengua Española*, vol. I, págs. 79-81.

<<

[100] *El judío errante*: novela del escritor francés Eugenio Sué, uno de los más famosos cultivadores del género folletinesco. <<

[101] *El sol de mayo*: novela muy popular del escritor mexicano Juan A. Mateos, de finales del XIX. <<

[102] *el dotor*: en la edición de El Paso dice: el doctor; en la de Biblos ya dice *el dotor*.

<<

[103] *jacalito*: de *jacal*, choza de adobe, techada de palma. <<

[104] *copeteada*: bien llena, hasta los topes. <<

[105] *chile*: ají, pimiento. <<

[106] *frijoles*: de *frijol*, fréjol, judía, alubia. <<

[107] *perro del mal*: hidrófobo, que padece rabia. <<

[108] *chomite*: especie de falda de lana sin costura, de tejido muy burdo, fabricado en telares a mano, muy usado por la gente pobre en las primeras décadas del siglo. Ya no se fabrican. <<

[109] *garra*: cualquier pedazo desgarrado, de cuero, lienzo, o cosa parecida. Aquí, de tela ordinaria de algodón. <<

[110] *¡Ya estás moliendo!*: estar incordiando, importunando, molestando, amolando.

<<

[111] *daca*: contracción de «da» y «acá»: da o dame acá. <<

[112] *curro*: de la gente pobre o de pueblo a las personas de un nivel superior o de ciudad, en el sentido de «señorito»; a veces, ligeramente despectivo, como «señoritingo». <<

[113] *vale, valedor*: amigo, camarada, compañero, compinche. <<

[114] *Carranza*: Pancracio no ha entendido la respuesta de Cervantes: «Carranza», consigna de los revolucionarios, que consideraban en ese momento a Venustiano Carranza, ex-gobernador de Coahuila, levantado en armas contra Huerta, como el Primer Jefe, aglutinador de las distintas facciones revolucionarias. La confusión de Pancracio indica la escasa información que en ese momento tenían los hombres de Demetrio. <<

[115] *mero, ra*: denota la proximidad, la exactitud de un punto o una acción; y afirma la identidad o pondera la calidad de una persona. En el sentido de «mismo» o «propio». A veces se usa en diminutivo, por ejemplo: «Ya mérito llega», «Es la mera patrona». Aquí, *en la mera chapa*: en el corazón. <<

[116] *mitote*: alboroto, lío. <<

[117] *tronar*: fusilar, pasar por las armas, matar a tiros. <<

[118] *latrofacciosos*: expresión compuesta de «latro»: ladrón, y «faccioso»; rebelde armado; vocablo muy utilizado en esos días por la prensa adicta al Gobierno para referirse a los revolucionarios. <<

[119] *Villa*: Francisco Villa, el famoso guerrillero. Fue general revolucionario con Madero, y cuando éste fue asesinado formó la temible División del Norte, que tuvo una actuación militar brillante y decisiva. Después, romperá con Carranza y, posteriormente, será vencido por Obregón en Celaya. <<

[120] *asesino*: se refiere a Victoriano Huerta, general del Ejército Federal. Traicionó a Madero, lo hizo preso y fue el responsable de su asesinato y del de su vicepresidente Pino Suárez. Después del magnicidio usurpó el poder, hasta que el movimiento revolucionario lo obligó a renunciar (el 15 de julio de 1914). <<

[121] *mano*: aféresis de «hermano», usado vulgarmente en el sentido de compañero, amigo, valedor. <<

[122] *agüerado*: que lira a *güero*: rubio, de pelo castaño claro o rubio. <<

[123] *untadas*: pegadas. <<

[124] *se achinaba*: de «achinar», «acochinar», acoquinar. «Ponerse la carne *china*»: ponerse carne de gallina, erizarse el vello por la emoción o el miedo. <<

[125] *popotes*: de *popotl*, especie de paja, parecida al bálago, de color dorado. <<

[126] *apastito*: de apaste, vasija o lebrillo de barro, poco honda, de boca ancha. <<

[127] *fregando*: de *fregar*: incordiar, molestar, herir. Tiene en toda América múltiples acepciones, algunas, ofensivas. <<

[128] *me late*: tengo el presentimiento. <<

[129] *Chihuahua*: estado del norte de México, limítrofe con EE.UU., donde se levantó en armas Pancho Villa. Ciudad capital de dicho Estado. <<

[130] *encuerados*: desnudos. <<

[131] *¡fuche!*: interjección de repulsión (muchas veces odorífera). <<

[132] *echada*: clueca. <<

[133] *le hagamos alguna lucha*: «hacerle la lucha»: hacer algún intento, esfuerzo o prueba por conseguir algo. Aquí, se refiere a alguna curación casera o ensalmo. <<

[134] *el cólico*: la menstruación. <<

[135] *ña*: alterna con «señá»: señora. <<

[136] *su* «*superior*»: otro modo de referirse a la menstruación. <<

[137] *tunas*: higos chumbos. <<

[138] *atejonados*: de tejón. *Tejonera*: madriguera de tejones. Amadrigados. <<

[139] *Durango*: estado del noroeste del país. Capital de dicho Estado. <<

[140] *botón de rosa de Castilla*: capullo o yema de rosa; «de Castilla», dicese en América de la variedad más fina de las cosas. Por ejemplo: «arroz de Castilla», «jabón de Castilla». <<

[141] «*La Adelita*»: famosa canción revolucionaria. <<

[142] *champurrao*: *champurrado*: bebida de atole con chocolate. *Atole*: bebida de maíz hervida hasta darle consistencia espesa. <<

[143] *pepena*: de *pepenar*: recoger lo esparcido por el suelo. Por intensión, tomar algo o coger a alguien. <<

[144] *desgarrado*: aquí no tiene la acepción de desvergüenza, sino que quiere decir «vestido de garras» (para *garra*, ver pág. 90). <<

[145] *repelar*: huir, escapar, escabullirse. <<

[146] *faceto*: amanerado, afectado, pretencioso, caradura. <<

[147] *El Grillo y La Bufo*: cerros que confinan la cañada en la que se encuentra la ciudad de Zacatecas, capital del estado del mismo nombre. <<

[148] *Pánfilo Natera*: general revolucionario. Participó en la lucha desde 1910: unido a los carrancistas en 1913, tomó Zacatecas. <<

[149] *Fresnillo*: municipio del estado de Zacatecas. Ciudad cabecera del mismo. <<

[150] *jitomates*: tomates. <<

[151] *golpeado*: amenazante. <<

[152] *lebroncito*: de lebrón, na, orgulloso, altanero. <<

[153] *que nadie le pele los ojos: que nadie lo mire mal.* <<

[154] *correr el gallo*: correr sangre. <<

[155] *Madero*: Francisco I. Madero se pronuncia en 1909 contra la reelección de Porfirio Díaz, que había gobernado durante treinta años. Ante la octava reelección de Porfirio Díaz, Madero hace un llamamiento a la nación y proclama el *Plan de San Luis*. El 20 de noviembre de 1910 estalla la Revolución maderista. A la caída de Díaz es electo Presidente. En febrero de 1913, una facción reaccionaria a la que se une Victoriano Huerta, general federal, lo hace prisionero en el mismo Palacio Nacional, junto a su vicepresidente, Pino Suárez. Cuatro días más tarde son asesinados Madero y Pino Suárez al ser trasladados a la Penitenciaría. Este doble asesinato desencadena la segunda etapa de la revolución, que durará hasta 1920. <<

[156] *Félix o Felipe Díaz*: es Félix Díaz, general, sobrino de Porfirio Díaz, que se rebeló contra Madero y tomó parte en los sucesos de febrero de 1913, que se conocen como la «Decena trágica», y que tuvo como colofón el asesinato de Madero. Pero Félix Díaz se expatrió cuando Huerta se adueñó del poder. Al decir Demetrio que mataron a Madero y a otro, «a un tal Félix o Felipe Díaz», demuestra confusión de hechos y nombres, que a la vez indica la ignorancia de los acontecimientos por el pueblo. <<

[157] *milpa*: tierra destinada al cultivo del maíz y otras semillas. Por metonimia, la cosecha, la misma plantación; el maizal. <<

[158] *mezcal*: bebida alcohólica muy fuerte, que se extrae destilando la penca o la cabeza de algunas especies de maguey. El maguey es la pita. <<

[159] *cacariza*: picada de viruelas. <<

[160] *rebozo*: chal o pañolón largo que usan las mujeres para cubrirse. Es prenda típica mexicana. <<

[161] *rumoreó*: en la edición de Biblos: rumoró. En la de El Paso: pensó. <<

[162] *barzón*: coyunda, correa o sogá fuerte con que se uncen los bueyes. <<

[163] *golpiza*: paliza, zurra. <<

[164] *Obregón*: general Álvaro Obregón. Se levantó en Sonora contra Victoriano Huerta. Cuando el rompimiento entre Villa y Carranza, se puso del lado de Carranza. Fue Secretario de Guerra en el Gobierno de Carranza, y Presidente de la República de 1920-1924. Fue asesinado al querer reelegirse en 1928. <<

[165] *Carrera Torres*: General Alberto Carrera Torres, maderista; se levantó en armas en la época de Carranza. <<

[166] *San Luis Potosí*: uno de los extensos e importantes estados del Centro de México. Ciudad capital del Estado. <<

[167] *perillas de latón*: remates huecos y en bola de las camas de latón. <<

[168] En la edición de El Paso: en los hijares de sus cabalgaduras y haciéndolas galopar. En la edición de Biblos: en los ijares enjutos de sus agotadas recuas, haciéndolas correr. <<

[169] *huizachal*: lugar poblado de huizaches. <<

[170] *albazo*: alborada, acción de guerra al amanecer. <<

[171] *tusero*: nido o agujero en la tierra, donde se recogen ciertos roedores, llamados *tusas*. Durante la Revolución se llamó *tusero*, igualmente, a las trincheras individuales. <<

[172] *jorongo*: poncho o capote, con una abertura para que entre la cabeza. <<

[173] *titipuchal*: multitud, muchedumbre; muchas cosas revueltas y desordenadas. <<

[174] *el cuartelazo*: la sublevación de los militares ex-federales, en 1913, contra Madero, ya mencionada. <<

[175] *La Ciudadela*: cuartel donde se hicieron fuertes los militares reaccionarios insurrectos contra Madero. <<

[176] *Aurealino Blanquet*: durante la «Decena trágica» capturó a Madero por orden de Victoriano Huerta. En el gobierno de Huerta fue Secretario de Guerra y Marina. <<

[177] *marrazos*: *marrazo*, hacha de dos bocas, machete corto. <<

[178] *juanes*: *juan*, soldado de línea, del ejército federal. <<

[179] *bigote borgoñón*: bigote al estilo borgoñón, de guías largas y ligeramente sinuosas. <<

[180] *avanzar*: de *avance*: robo, botín o despojo del que se benefician los soldados a costa del vencido; saqueo. La acción es *avanzar*, el objeto obtenido, *avance*. <<

[181] *cuereada*: zurra, paliza; de *cuerear*, azotar con correa o látigo de cuero. <<

[182] *Tepic*: municipio del estado de Nayarit. Ciudad cabecera del mismo y capital del Estado. <<

[183] *El País* y *El Regional*: periódicos enemigos de la Revolución; el uno de México, capital, y el otro de Guadalajara. <<

[184] *gorrudo*: soldado revolucionario que usaba sombrero de palma, de alta copa cónica y falda ancha (como lo describe el autor). *Los gorrudos*: hordas formadas por soldados ataviados así. <<

[185] *tibores*: vasos de barro de China o de Japón, decorados. <<

[186] *vaqueta*: cuero de ternera curtido. <<

[187] *Tierra Blanca*: municipio del estado de Guanajuato. Pueblo cabecera del mismo.

<<

[188] *Torreón*: municipio del estado de Coahuila y ciudad cabecera del Estado, importante centro ferroviario. La toma de Torreón fue una de las famosas victorias de Villa, en 1913. <<

[189] *parque*: municiones. <<

[190] *carros*: coches, vagones de ferrocarril. <<

[191] *restaurante*: en la edición de El Paso: restaurant; en Biblos: restorán. <<

[192] *cotona de gamuza*: chaqueta de piel. <<

[193] *mascada solferina*: mascada: pañuelo de seda que se lleva al cuello a modo de corbata en el uso ranchero (no es el paliacate). Solferina, de color rojizo. <<

[194] *copetones*: principales. <<

[195] *mantilla*: pieza de fieltro o lana gruesa, más o menos adornada, con que se cubre el lomo del caballo para evitar las mataduras de la montura. En el norte del país se dice sudadero. <<

[196] *cuaco*: caballo. <<

[197] *mesero*: persona que atiende las mesas en los cafés o restaurantes. <<

[198] *tendajonero*: de *tendejón*, tienda pequeña o cobertizo. <<

[199] *catrines*: de *catrín*, *na*, persona de clase acomodada, señorito. Castro Leal dice, además: «lechuguino», tipo cuidadoso en el vestir, elegante. Por oposición a los revolucionarios: *los de arriba*. <<

[200] *ya marcada con manchas cobrizas en la frente y en los brazos*: supongo se refiere a las manchas oscuras que son manifestación secundaria de la sífilis. En la llamada a la nota 211 insiste Azuela en «las manchas cobrizas de la avería», con lo que, a mi entender, se refuerza el sentido connotado más arriba. <<

[201] *elotes*: mazorcas de maíz tierno. <<

[202] *crudo*: dícese del que está amodorrado o entorpecido después de una borrachera.

<<

[203] *de pilón*: Santamaría dice de la expresión: «lo que da por añadidura el vendedor al comprador»; de yapa, de propina. <<

[204] *canasta pizcadora*: de *pizca*: recolección de frutos de cortar. <<

[205] *Delmónico*, en El Paso: del «Mónico»; en Biblos: de *El Mónico*. <<

[206] *aguilita*: insignia distintiva del generalato mexicano; se lleva en el uniforme y en el quepis. «Darle a alguien su aguilita»: ascenderlo a general. <<

[207] *zopilote*: aura, ave rapaz, que se alimenta de despojos o cadáveres. Demetrio hace la sustitución metafórica por «semejanza», refiriéndose a su *aguilita*, y queriendo quitar importancia a lo convencional que de signo icónico tiene la insignia.

<<

[208] *no te buigas*: «no te muevas». <<

[209] *mancuernillas*: gemelos, pasadores de camisa. <<

[210] *Antonio Plaza*: poeta mexicano (1833-1882) muy popular. <<

[211] *La avería*: ver nota 200. <<

[212] *banqueta*: acera. <<

[213] *costaI de raspa*: de yute. <<

[214] *trique*: trasto. <<

[215] *petaquilla*: *petaca* pequeña: maleta, maletín. <<

[216] *tanate*: o *tenate*: canasto cilíndrico tejido de palma. También puede ser de cuero: bolsa o zurrón. <<

[217] *batea*: bandeja o azafate de madera pintada o con el fondo de paja. <<

[218] *cotense*: tela burda de cáñamo, que sirve de ordinario para cubrir fardos y cosas bastas. <<

[219] *sarape*: frazada de lana, generalmente de varios y vistosos colores; se lleva como chal o como capa. <<

[220] *hidalgo*: moneda de oro de diez pesos, creada por Ley de 25 de marzo de 1905.  
Ya no circulan. <<

[221] *mango*: fruto tropical, de forma oval, arriflonado, de color amarillo, de pulpa muy sabrosa y aromática. <<

[222] *enchilada*: torta de maíz preparada con chile, cebolla, queso y algún agregado de carne o chorizo. <<

[223] *tamales: tamal*: masa de maíz, condimentada con manteca y sal, se rellena con carne de cerdo o de gallina y se condimenta con chile, cebolla, etc. Se envuelve en hojas de maíz o de plátano y se cuece. <<

[224] *bola*: desorden, bulla, alboroto; por extensión, motín, revolución. Fue el verdadero mote de la Revolución. <<

[225] *irnos a brillarla*: «a pasarlo bien». <<

[226] *valedura*: valimiento, favor. Servicio de amistad. <<

[227] *pinción*: punción, comezón. <<

[228] *latones*: los instrumentos músicos de latón. <<

[229] *tapatía*: mujer natural de Guadalajara. <<

[230] *guajolotes*: pavos. <<

[231] *Pascual Orozco*: revolucionario que ayudó eficazmente al maderismo; sus tropas tomaron Ciudad Juárez. En 1912, se levantó contra Madero por considerar que no se cumplían urgentemente las demandas sociales de la Revolución. Fue derrotado por Victoriano Huerta, con el Ejército del Gobierno, en Bachimba. <<

[232] *bimbalete*: equipo de bombeo de agua muy elemental. <<

[233] *¡újule!*: interjección de admiración, de ironía o de crítica. <<

[234] *Deque*: «de aquí» o «deme aquí». <<

[235] *Guadalajara chiquita*: nombre que se da a Tepatitlán. <<

[236] *Cuquío*: municipio del estado de Jalisco. Villa cabecera del mismo. <<

[237] *Lagos*: Lagos de Moreno, municipio del estado de Jalisco. Ciudad cabecera del Estado, cuna de Mariano Azuela. <<

[238] *Aguascalientes*: estado del centro del país y ciudad capital del Estado. <<

[239] *chivarros*: pantalón de piel de chivo que conserva el pelo. <<

[240] *cartucho*: vaso cilíndrico, alto y angosto, de un poco más de medio decilitro de capacidad. <<

[241] *tasajo*: pedazo de carne, seco y salado, acecinado. Aquí, insulto, algo así como: pedazo de tonto, o pedazo de bruto. <<

[242] *parada*: en pie. <<

[243] *Irapuato*: municipio del estado de Guanajuato. Ciudad cabecera del mismo. <<

[244] *bilimbique*: nombre despectivo del papel moneda lanzado por diversas facciones revolucionarias. <<

[245] *papalina*: borrachera. <<

[246] *la Convención*: la Convención de gobernadores y generales se reunió en Aguascalientes, del 10 de octubre al 13 de noviembre, de 1914. La Convención acuerda cesar a Carranza como Primer Jefe y a Villa como Jefe de la División del Norte. Se nombra al general Eulalia Gutiérrez presidente provisional. Con la renuncia y la huida de Huerta, la Revolución había triunfado; no hacía falta más que establecer el gobierno. Pero, entonces, surge la rivalidad de los caudillos y nuevas campañas seguirán hasta 1920, entre villistas, carrancistas y zapatistas. Este fragmento de la novela tiene una perfecta localización histórica. <<

[247] *apuñalado*: en El Paso; *apuñaleado*, en Biblos: *apuñaleado*. <<

[248] *Federación*: A partir de aquí se produce la más larga interpolación de nuevo material en la segunda versión de Azuela. El texto que sigue es nuevo hasta el capítulo IV. <<

[249] *frazadas musgas*: frazadas mugrientas. <<

[250] *nopal*: especie de cactus, de tallos ovals, pencas, erizados de espinas. <<

[251] *carranclanes*; *carrancistas*: partidario de Carranza. Aquí, carranclanes, ligeramente despectivo. <<

[252] *nos le cortamos*: «nos apartamos», «nos separamos». Azuela, en sus *Páginas autobiográficas*, al describir la vida ruda de las campañas y el espíritu de sacrificio de los hombres, también señala su libertad: «donde uno decía “aquí *me corto*”, ahí se quedaba». La cita refuerza el sentido de la frase y del contexto. <<

[253] *Celaya*; municipio del estado de Guanajuato y ciudad cabecera del mismo. Los días 6 y 7 y 13 y 15 de mayo de 1915, se dieron la primera y segunda batallas de Celaya, en que fuerzas constitucionalistas {de Carranza), al mando del general Obregón derrotaron a Villa. <<

[254] *Urbina*: general Tomás Urbina, primero constitucionalista y después uno de los lugartenientes de Villa. <<

[255] *pozole*: es un plato típico del norte del país. También se dice del grano de maíz que revienta al tostarlo. Aquí, en sentido figurado: no ha habido bulla, no hubo pelea.

<<

[256] *congregaciones*: pequeños villorrios. El artículo 27 de la Constitución considera: «Los condueñazgos, rancherías, pueblos, congregaciones, tribus y demás corporaciones de población...» <<

[257] *giro*: con plumaje de color amarillo dorado. <<

[258] *advenedizos de banqueta*: advenedizos. Banqueta es acera, la expresión parece reforzar la acepción de advenedizo en el sentido de «los que vieron los toros desde la barrera». <<

[259] *de rota batida*: de derrota irremediable. Huida con total pérdida o destrucción.

<<

[260] En la edición de Biblos, el texto se remata con la letra de la canción La Adelira y su página musical. En la edición de Aguilar, también las cuartetas de la canción concluyen la obra. <<